

Sylvia Iparraguirre

La orfandad



Lectulandia

En 1926, un convicto llega a San Alfonso a cumplir su condena; una chica vive allí la incógnita de su historia. Sonia Reus y Bautista Pissano recorren caminos distintos que terminarán confluyendo en las calles de San Alfonso: la causa anarquista marca la vida de Pissano; la carencia y la búsqueda, la de Sonia.

La orfandad es la entrañable historia de amor de dos seres solitarios, pero es además el relato de los modos de relación propios de un pueblo rural que deja oír las voces de sus habitantes —un universo de personajes visibles y anónimos, con sus peripecias y sus sencillas mitologías— y el imperioso rumor de los cambios que trae el avance del siglo.

Esta notable novela recupera la pasión por narrar un mundo que sigue siendo el nuestro: una Argentina interior, donde se gestaron las realidades y los mitos que acompañarían nuestra historia contemporánea. Explorando la dimensión política en lo hondo de los personajes, este nuevo relato de la autora de *La tierra del fuego* muestra cómo el amor puede transmutar la pérdida, el abandono o la opresión. Y confirma el lugar privilegiado que entre nuestros narradores ocupa Sylvia Iparraguirre, quien nos entrega en este libro una de las más conmovedoras y hermosas historias de amor de la literatura argentina.

Lectulandia

Sylvia Iparraguirre

La orfandad

ePub r1.0

Titivillus 01.03.16

Título original: *La orfandad*

Sylvia Iparraguirre, 2010

Imagen de cubierta: Laura Rudman Belmes, *El matecito de las siete*, acrílico

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Uno

Viajaba junto a la ventanilla abierta, esposado. Ráfagas de cardales color púrpura corrían junto al terraplén; al fondo, el horizonte se movía en una lenta curva hacia adelante. El aire caliente le daba en la cara y él entrecerraba los ojos sin poder apartarlos de los matorrales de pastos altos y amarillos, de las manchas oscuras de los montes, lejos. Bajo el sol de diciembre, el campo, que nunca antes había visto, le provocaba asombro; el estupor de que en esa inmensidad su padre no hubiera logrado, después de años de espera, una parcela. También era cierto que el viejo había sido siempre orgulloso y terco. Su padre, campesino, alentado por las promesas de los folletos oficiales repartidos en la Liguria, había terminado en una curtiembre y, años después, enfermo, en una casa de Barracas saturada del humo del brasero que su madre mantenía encendido. Recordó la puerta abierta y en el marco el oficial de justicia mostrando el despido. Sin saber cómo, a los catorce años, se encontró embistiéndolo a ciegas; su madre lo sujetó como pudo, mientras el otro gritaba en la calle: «A ver si les aplico la ley de residencia, gringos anarquistas», y levantaba el sombrero del barro. Algo encerrado en su interior, algo escondido que traía en la sangre había estallado aquel día, tan temprano en su vida; una fuerza oculta y quizás, pensaba ahora, malsana. Tenía razón don Miguel: la ira minaba todo lo que hacía. Acciones que creyó justas, como su casamiento con Antonella, habían sido proyecciones de su orgullo, de su rebelión, tal vez de su resentimiento. El día de su condena se había prometido cambiar. No sabía bien cómo, pero Bautista Pissano se regía por propósitos. El primer paso sería contemplar el campo sin rencor. Aflojó la mandíbula. Sus ojos chocaron con la mirada de uno de los custodios, fija en su cara. Por la ventanilla entró de golpe un enjambre de flores ingravidas y blancas que giraron enloquecidas sobre sus cabezas. Una vino a posarse sobre la gorra entre sus manos y la fuga de imágenes se cortó, devolviéndolo del todo al vagón de tercera. Iba rumbo a su condena en una cárcel de la que nunca había oído hablar, en San Alfonso, un pueblo desconocido. «Para quince minutos a cargar agua y sigue», le comentaba el guarda a uno de los custodios, el mismo que lo había estado mirando y que un momento después le ofreció un cigarrillo; un hombre flaco, de cara larga y huesuda, oscurecida por la barba. Los dos oficiales venían de civil. Pissano aceptó y fumó apoyando los codos sobre las rodillas. El otro hombre, de cara colorada y cuerpo macizo, sacó un pañuelo del bolsillo trasero del pantalón y se secó el sudor del cuello. Cuando apagó el cigarrillo, Bautista volvió a su postura anterior. Con la gorra entre las manos, hubiera costado darse cuenta de que viajaba esposado. Pero si había algo que el viajero no pretendía ocultar era su condición de preso.

El campo se hizo arboledas, cercos y casas dispersas. El tren frenó un trecho largo, entre el estruendo de hierros y explosiones que resonó vibrante en el aire lleno de humo. Un resplandor agudo se alzaba de los rieles y hería los ojos. En la puerta del vagón, con el atado de ropa bajo el brazo, Bautista leyó en letras blancas sobre fondo

negro: San Alfonso. La estación era grande, en el estilo de los ingleses; las paredes mostraban avisos de propaganda: *Compre usted en la mejor casa de Buenos Aires: A. Cabezas*. Largos bancos de madera contra la pared. *Hierro Quina Bisleri*. Puertas de postigos verdes daban al *hall* central y sala de espera. A Pissano le gustaron el andén y la estación, tan amplios, pensados para el desplazamiento fácil de gente y equipajes. El custodio flaco fue a averiguar los horarios de regreso; él y el otro oficial esperaron. Unas señoritas se dijeron algo al oído. La poca gente que había advirtió su situación. Dos años más tarde, Bautista leería en *El Imparcial*, el periódico local, la escena de su llegada al pueblo y la versión a la que había quedado reducida su historia. Pero en aquel diciembre de 1926, bajo el sol de las cinco de la tarde que aplastaba las sombras contra la tierra dura, levantó la cabeza y se dispuso a enfrentar esa nueva etapa de su vida.

La entrada de la estación daba a una placita triangular. Pissano vio un paisano a caballo, un coche de plaza con la capota subida y dos sulkys atados al palenque. A un costado, un Ford negro, cubierto de polvo, los estaba esperando. Fue la primera vez que Bautista vio a la Garza Guzmán, el guardiacárcel; su cara sumida y ratonil se le volvería tan familiar en los años siguientes como los horarios de las comidas y la puerta de su propia celda. Traía una carabina y estaba de uniforme, lo mismo que el chofer. En ese momento, con un estampido el tren se puso en marcha y fue como si exhalara una ola de pánico: el caballo del paisano costaleó hacia la zanja, y blanquearon los ojos de los caballos atados al palenque, que arrastraron los sulkys sobre la grava. Más allá, el hombre sujetó las riendas con mano segura y el desorden se apagó. En la quietud restablecida, los hombres volvieron a moverse. Un pueblo de campo, pensó Pissano mientras subía en la parte trasera del automóvil seguido por los dos custodios de la capital. El interior de cuero caliente olía a nafta, a sudor y a polvo. Bautista aferró con las dos manos la correa que colgaba junto a la ventanilla. Los custodios se quitaron los sombreros. El de cara colorada volvió a secarse el sudor.

—Qué calor pesado, ¿irá a llover?

—No, qué va a llover —contestó la Garza con una sonrisa ladeada—, acá aprieta el verano. Seguro que en Buenos Aires no hace un calor así.

Se dio vuelta. Los ojos astutos miraron al preso.

—Vas a tener que acostumbrarte, Pissano.

Nadie dijo más nada. Dejaron atrás la estación con su deslucida placita y enfilaron por una calle que se internaba en el pueblo y que parecía su eje principal. Pocas cuadras más adelante, Pissano tomaba nota de la plaza central, con su municipalidad y su iglesia, y de los plátanos de las calles, cuando la orilla de una multitud les entorpeció el paso. El auto fue aminorando la marcha y el chofer esperó a que la gente se apartara, pero al fin tuvo que detenerse. Entre murmullos, el cortejo fúnebre se desplazaba incorporando gente de las veredas. Unos pocos prestaron atención al coche y a sus pasajeros; la mayoría estiraba el cuello intentando ver lo

más solemne del cortejo, un centro donde, antes de que desapareciera tragado por los cuerpos que se movían, Pissano alcanzó a ver el féretro de madera pulida y manijas plateadas sobre una cureña. Lo empujaban hombres de levita. Detrás del féretro se veían la cabeza calva de un sacerdote, el sombrero negro con plumas de una mujer gorda y las tocas blancas de las monjas; las seguía un grupo compacto de hombres con el sombrero en la mano. Cerrando el cortejo avanzaban filas ordenadas de niñas y jóvenes con guardapolvos grises y moños de luto en la cabeza rodeadas por un heterogéneo grupo de chicos y de gente del pueblo. Una oleada de rezos y perfume rancio de flores agostadas por el calor inundó el auto y alcanzó a los cinco hombres del Ford. El chofer y la Garza se habían quitado respetuosamente las gorras. Pissano miró pasar los guardapolvos grises y las cabezas con moños negros flotando en la reverberación del sol. Le pareció una demostración apropiada a las circunstancias, algo bien armado. Era reconfortante ver en medio de esa luz cegadora, la ceremonia del luto, el negro en trajes, hábitos, moños y medias.

—La hermana directora del Asilo de huérfanas —había informado la Garza, orgulloso de que el pueblo mostrara, así, espontáneamente, a los porteños que sin duda disimulaban su desdén, un espectáculo tan importante—. Murió ayer. —Esperó un momento y agregó—: Una personalidad.

Giró la cara y clavó los ojos en el hombre esposado. Pissano advirtió una chispa astuta bajo la visera. Como si se le hubiera ocurrido algo notable, dijo:

—No es muy buen augurio, ¿no, Pissano?

Ninguno de los hombres dijo nada. Pero él, ni siquiera pareció oírlo. Bautista Cristóbal Pissano no creía en augurios.

—San Alfonso... —le dijo Bautista veinte años después, cuando su condena estaba cumplida y olvidada y había decidido vivir allí, cuando ya la había elegido a ella, a Sonia, su mujer, y permanecían sentados en la galería, conversando toda esa larga tarde y noche de su primer día juntos en la casa, contándose los recodos de su historia, tratándose de usted, como desde el principio lo habían hecho—. Nunca había oído nombrar a este pueblo. —El sol daba de lleno sobre las plantas del jardín y armaba un juego de luz y de sombra en la galería a través del enrejado de madera, el enrejado construido por él, por Bautista—. Quiere decir —volvió a hablar después de un largo silencio—... que fue esa tarde la primera vez que la vi, claro que sin saberlo; después la vi una mañana, caminando por la vereda, sola, tan... —se interrumpió—, pero la primera vez fue la del cortejo, usted era una de las chiquilinas.

Junto a él, a menor distancia que un brazo extendido, Sonia se recostó en el respaldo del otro sillón de mimbre.

—Aquel verano de tanto calor. Usted me dijo que el auto tuvo que pararse por el cortejo... fue en diciembre de 1926, me faltaba poco para cumplir doce años —lo miró con una sonrisa—. Y a usted, para los veinticuatro.

—Nunca creí en augurios —dijo Bautista de un modo íntimo, como si no hablara ya con ella sino con la pipa, a la que había empezado a cargar con gestos pausados—.

Ni buenos, ni malos.

En los corredores de mosaicos brillantes, donde se veían las marcas de ese largo día, flotaban un sofocante olor a flores mustias, casi podridas, y un zumbido lejano, como de abejas. Delia había dicho:

—Se va de cabeza al infierno.

Era una de las más grandes, con cuerpo de mujer y ganas de abandonar el Hogar de cualquier manera. La secundó la risita tonta de Ramona, que hacía todo lo que le mandaban las grandes. Sonia se había sentido inquieta por esa idea. En el Hogar aprendían que las monjas se iban al cielo, nunca al infierno. Pero ahora la preocupaba otra cosa, algo que había dicho la hermana Clara: Se suspende la Navidad. Justo tenía que morirse una semana antes de Navidad. A Sonia le pareció un castigo, algo arbitrario que administraba la muerte desde el más allá. Delia repitió desafiante, como para que alguien la contradijera:

—La vieja se va directo al infierno.

Otra vez las risitas de Ramona y el olor a podrido de las flores y el calor sofocante. Que se vaya al infierno porque por culpa de ella se suspende la Navidad, pensó Sonia. Se velaba el cuerpo en la capilla. El entierro sería a las seis, el horario de verano del cementerio.

—No digas eso delante de las más chicas —opinó otra de las mayores.

Delia se encogió de hombros. Las caras de las huérfanas, exhaustas y pálidas por el aburrimiento y la espera, se destacaban como manchas claras en la penumbra del corredor. Sonia hizo el gesto de qué me importa, pero estaba asustada. El castigo del infierno la aterraba. Diablos echando fuego y los pecadores retorciéndose en el aceite hirviendo. Como cuando la hermana Clara hacía torta de chicharrones. Los trocitos blancos de grasa volcados en la sartén se quedaban quietos, como asustados, después se retorcían y chirriaban, se volvían negros y largaban un olor que le daba arcadas. Así debía quemarse la gente en el infierno.

—Sonia, estás en Babia... —Delia le hablaba—. Andá a ver qué pasa. Hasta cuándo nos van a tener acá paradas.

Los cachetes ardiendo de calor, aquella tarde de diciembre, un poco antes de Navidad, dirá Sonia en la galería, cuando ella caminaba por el corredor rumbo a la capilla porque había muerto la hermana María Escolástica; tenía sesenta y seis años. A Sonia le parecían cien. La noticia de la muerte, la noche anterior, justo después de la cena, había volado como un fantasma por los corredores. Apuros, susurros, corridas, puertas que se cerraban y volvían a abrirse, la brisa nocturna que de pronto intervenía y volaba los camisones. La hermana Clara pasaba entre las camas diciendo Dios mío y cierran la puerta hasta que las llamemos y que una de las grandes se quede a cargo del dormitorio de las más chicas. Sonia, en su cama, se había asustado. Se murió. A la mañana estaba viva y ahora estaba muerta. ¿Cómo podía ser? Apagaron la luz. Se tapó con la sábana hasta los ojos. En los vidrios esmerilados, las copas de los paraísos iluminadas por la luz de la luna vibraban movidas por el viento.

Les daba un efecto muy lindo, pensaba Sonia. Pero la luna no se veía. La luna estaba arriba de todo, como colgada sobre el techo del Asilo. Una de las grandes caminaba por el pasillo del dormitorio apantallándose con una revista. Era Ester. Cuando pasó al lado de su cama, se agachó y le dijo: El diablo anda por la casa, Sonia. Cuidado que no te lleve junto con la vieja. Sonia apretó las rodillas contra el pecho debajo del camisón y hundió la cara en la almohada. Las manos negras con uñas negras agarradas al borde de la ventana y un jadeo como de chanco pero más fuerte, a punto de asomar la cara de un muerto del cementerio, toda comida por los gusanos; cuidado, dijo Ester, y ella se preguntaba ¿de dónde salían los gusanos que se comían a los muertos?, ¿vivían debajo de la tierra o se hundían desde arriba hasta abajo, hasta encontrar al muerto y metérsele por los ojos y la nariz? Sacó la cabeza de debajo de la sábana porque se ahogaba. El dormitorio respiraba en calma, debía de haber pasado un buen rato porque habían cerrado la ventana.

Con un ademán de impaciencia, Delia la chistó. Sonia no sabía cómo se había distraído; se apuró por el corredor en busca de noticias. Los zapatos rechinaban, uno más que el otro. Dobló al final y se asomó a la capilla, repleta de gente. Nada había cambiado: veía el cajón con la muerta frente al altar, los velones ya consumidos y las monjas y toda la gente llenando la doble fila de bancos; muchos parados. Con disimulo, apoyó la cara en la pila de agua bendita; era lindo el frío de la piedra, en un cachete y en el otro. Volvió casi corriendo y dio las novedades. Todo estaba igual. Faltaba todavía para el entierro.

—Qué esperan, con el calor que hace.

—Me descompone el olor a flores.

—Es olor a muerto.

—No va a haber Navidad.

Luto riguroso había dicho la hermana Clara. *Deben ser más bajas que la hierba*, decía la muerta. *Más que humildes, humildísimas*, con la boca chingada. Ahora no lo diría más. Medias negras, zapatos negros, moño negro en la cabeza, guardapolvos grises con tablas y un lazo que anudaba atrás. No eran feos sus zapatos, pensaba Sonia, un poco adormecida por el calor y el zumbido de las moscas revoloteando sobre las coronas de flores, sólo que se les notaba la tintura negra de apuro. Con el luto no podían reírse ni hablar alto ni cantar, ya lo había advertido la hermana Clara. De repente, el fondo del corredor entró en movimiento. Las hicieron formar contra la pared, bien derechas. Apretadas para hacer espacio. A lo mejor a la vuelta servían chocolate, como los domingos, se le ocurrió a Sonia. Qué era aguantar el calor y el olor a podrido si seguramente, con toda esa gente importante, a la vuelta iban a tomar chocolate. Vos estás loca, chocolate con este calor, dijo Ramona. Ruidos de zapatos arrastrándose sobre el mosaico, viniendo desde la capilla. Las personas más notables del pueblo están acá, dijo la hermana Clara, hasta el intendente y la señora, una gorda con sombrero de plumas que las había llevado una vez a pasear en automóvil. Pasaron hombres que Sonia nunca había visto llevando el ataúd. De trajes oscuros y

uno con una cadena de oro que le cruzaba la panza; adelante iba el capellán con la cara transpirada leyendo en voz alta. El cajón con la muerta hacía un ruido raro y era el chirrido de las ruedas debajo del paño negro, que llegaba casi hasta el suelo. La monja a cargo dijo: «Media vuelta» y todas giraron, con torpeza pero giraron. Se abrieron las dos hojas de la puerta principal del Hogar, las que nunca se abrían. La luz fue tan cegadora que los hombres y el cajón se adelgazaron y hundieron en el resplandor, así los recuerda Sonia después de tantos años, volviéndose invisibles. Hasta que ellas mismas llegaron a la puerta grande, se hundieron en la luz y salieron a la calle, deslumbradas por el sol y la multitud que esperaba afuera. No había coche fúnebre con los caballos negros con penachos en la cabeza que ella esperaba. El camino hasta el cementerio, ocho cuadras, se haría a pie. Los hombres empujaban el cajón puesto sobre el paño negro que cubría la cureña, así les había explicado la hermana Clara en un momento de la larga espera, y abajo del paño negro las patas de hierro con las ruedas, que Sonia vio y que le parecieron como las de la camilla de la enfermería, y que hacían un quejido oxidado. Cruzaron el paso a nivel y el cajón con el paño y todo lo demás traqueteó fuerte al pasar sobre las cuatro vías con los durmientes y la tierra desapareja. Lo peor fue la cuesta abajo del terraplén. Ahí los hombres se habían apurado y con disimulo hasta el capellán había sostenido el cajón que se les iba. La hermana Clara se puso una mano sobre la boca. Pero no pasó nada y siguieron. Todo el pueblo había salido a las veredas de las casas y los miraba pasar; los hombres se descubrían y las mujeres se persignaban. Cuando cruzaron la calle principal, Sonia se sintió importante. Era importante ser huérfana y estar en el Asilo porque la muerta era importante. Y las huérfanas tenían que marcar el paso, no demasiado pero tampoco ir como a cada una le daba la gana. Sonia bajó la cabeza para que los que miraban apreciaran su aflicción, ella, que era del Asilo casi desde que nació. Un asilo ejemplar en la República Argentina, decía la muerta en los actos, con la boca torcida. El sol pegaba con fuerza, como a propósito; un perro amarillo se unió a la fila, justo al lado de Sonia. Le pareció que no estaba bien que el perro fuera en el cortejo, lo vigiló de reojo pero iba bien, ni se apuraba ni se atrasaba. Ya llegaban a la rotonda del cementerio y al portón de entrada. Ahí se quedaban los muertos hasta que los gusanos empezaran a comerles la ropa y después la carne ¿y los huesos? Sonia sacó el pañuelo doblado en cuatro escondido en el puño de la manga y se sonó la nariz, aunque su nariz estaba reseca y ardiendo. La marcha se detuvo. Allá adelante disponían algo antes de entrar, pero desde donde ellas estaban no se oía nada. Sonia se dio un susto cuando vio a Biasi, el loco del cementerio, recorrer las filas de las huérfanas, pidiendo *mananas*. Las más grandes se rieron y empezaron a codearse. *Mananas*, repetía el tonto, bajo y compacto, la cara violácea, el saco con lamparones, las mangas muy por arriba de las muñecas; la cabeza subía y bajaba siguiendo la flexión de las rodillas, característica de Biasi. El corazón de Sonia saltaba de miedo, pero Biasi pasó a su lado sin mirarla y siguió hacia atrás, hacia las filas de las más grandes. Adelante, junto a la reja del portón, Labocachiquita extendía un brazo rígido

con un ramo mezcla de yuyos y flores de zanja, que nadie recibía. Sonia intentó ver la boca que le había quedado como moneda de diez cuando se cayó del carro, pero el pañuelo anudado a la cabeza le hacía una visera casi hasta la nariz y la cara estaba en sombras. Labocachiquita seguía ofreciendo el ramo en vano, explicó Sonia a Bautista en la galería, hasta que una de las mujeres viejas, como para terminar con un problema, se lo aceptó y ella se quedó tranquila, esperando que todos pasaran para unirse, con ese fantasmal e imprevisible caminar de los locos, al final del cortejo y acompañar a la muerta hasta la tumba.

Habían pasado el portón cuando Ramona le tiró de la manga y con un cuchicheo le dijo:

—Mirá allá, ¿ves?

—¿Qué cosa?

—Allá, contra el tapial, la cruz torcida.

Sonia miró un rincón del cementerio en completo abandono. La hiedra del muro reptaba sobre la tierra y trepaba a una cruz torcida junto a la hilera de cipreses.

—Qué pasa —dijo con la intuición de algo de miedo.

—En esa tumba vive la Viuda, sale del cementerio a las doce de la noche.

—¿Quién dijo? —bajo ese sol parecía imposible.

—Me dijo Ester. Ahí está enterrado el marido, ella lo mató de una cuchillada. Cuando el reloj de la iglesia da las doce, la Viuda sale a dar una vuelta por el pueblo, el que se la cruza cae fulminado.

La hermana Clara se les acercó con cara de enojada, les dijo que qué estaban pensando, que fueran con las otras. Cuando se reunieron con las demás alrededor de la sepultura haciendo un semicírculo, como lo había indicado la hermana, la formación se rompió. Por aquí y por allá se abrieron huecos y se mezcló toda la gente que no quería perderse el entierro desde la primera fila. Entonces, mucho más cerca que lo que nunca iba a tenerla, Sonia vio a Labocachiquita, su cara de pasa, las manos inquietas y flacas que se acomodaban una y otra vez el batón y debajo del batón tenía otra cosa, como una tricota. No le había dado miedo, recordaba Sonia, ni la cara oculta, ni las piernas secas como palos ni los pies descalzos del color de la tierra. Guardaba una imagen alegre del cementerio: bajo el cielo brillante, el cortejo con sus contrastes de trajes negros y tocas blancas, de vestidos de colores de las mujeres del pueblo y de sus guardapolvos grises y, muy arriba, detrás de los cipreses y detrás de la tapia del cementerio, bien alto, un pájaro que daba vueltas en círculo, una y otra vez. Tan alto que Sonia había entrecerrado los ojos para poder verlo.

No hubo chocolate. Tampoco hubo festejo de Navidad. El luto debieron llevarlo un año. Cuando se lo sacaron, Sonia ya había cumplido los doce.

Si en aquellos primeros tiempos algún improbable viajero hubiera detenido su marcha en ese punto perdido en la llanura, habría contado más tarde que todos los pueblos de provincia se parecen: lugares monótonos, donde nunca sucede nada. Habría contribuido a esa visión el conocimiento superficial de los pobladores,

semejantes a una familia numerosa deslizándose en armonía por el manso río del tiempo. De esta imagen idealizada y fugaz estaban excluidos aspectos menos bucólicos del pueblo. La crueldad de una muerte violenta, la desconfianza hacia los forasteros, la condena perpetua a una madre soltera, la impunidad de un caudillo local, la explotación que unos hombres ejercían sobre otros muchas veces descubrían a la luz del día la maldad inocente pero feroz con la que los habitantes castigaban el pecado. O la indiferencia cómplice con la que permitían maledicencias y abusos. Una lucha tenaz entre el bien y el mal ocupaba el espacio celeste del pueblo, lucha que terminaba dirimiéndose abajo en fábulas que rodaban de una generación a otra. Porque como en toda historia mitológica, en la de San Alfonso el imperativo de transmisión se imponía sobre el de veracidad y atendía a lo principal: perpetuarse en el tiempo.

San Alfonso, entonces, semejante a tantos otros pueblos de provincia en sus plátanos, su plaza con su héroe largamente llovido y sus veredas altas como barrancos, se distinguía de sus gemelos de la llanura porque había en él un asilo de huérfanas y una cárcel. Hermanados por la vetustez y el estilo, los dos edificios habían sido construidos hacia 1880, años antes que la municipalidad y la iglesia. El propósito del doble emplazamiento, pergeñado desde la capital y disimulado bajo la consigna del gran futuro de la localidad, cumplía con un criterio porteño de la época que consideraba a huérfanos y a convictos como seres que debían ser apartados de la sociedad, cuanto más lejos, mejor. Como la distancia es un valor relativo, la lejanía de Buenos Aires fue, para la aldea naciente, pura cercanía, y el efecto de la construcción, el opuesto. Si hasta ese momento el paraje había sido un huidizo montón de casas y ranchos que se deshacían en la reverberación de la tarde, los edificios altos y rojos hicieron sonar en los vastos campos desiertos el primer aldabonazo de la modernidad. Ajenos a cualquier especulación sobre huérfanos o convictos, antiguos vecinos y pobladores recién llegados seguían con expectativa orgullosa el avance de las construcciones.

El arquitecto había sido, en realidad, un ingeniero. Por más que se buscara en las fachadas no había lugar donde se perpetuara su nombre. En aquellos primeros y nebulosos tiempos, fueron, al fin, la curiosidad popular y la maledicencia las que guardaron el nombre de Ulriko Schmidt en el intangible limbo de la memoria colectiva. El apellido italiano del constructor, en cambio, figuró con ahincados caracteres en dinteles y frentes, y continuó vivo y prolongándose en varias familias del lugar. El tiempo, la economía de los relatos y una creciente actitud de confianza campechana fueron despojando al nombre del ingeniero primero del título, luego del apellido y por último de la k, hasta convertirlo en Ulrico, a secas. Se hablaba de «la cárcel de Ulrico» o de «el Asilo de Ulrico» cuando se mencionaban los edificios. Cosas excéntricas e imprecisas se contaban sobre este hombre singular: que era austríaco o alemán, que se decía descendiente, aunque con cambio de letra, de un tal Ulriko Schmidl, viajero de no se sabía cuándo, que su presencia en estas latitudes se

debía a una amistad bullanguera con el más tarde presidente Juárez Celman (otra versión apuntaba que se había tratado de una broma del ministro Wilde, que cumplía dos propósitos: desembarazarse del ingeniero y, de paso, devolver a la embajada alemana un favor otorgado al coronel Mansilla), que tenía seis dedos en una mano, no se podía precisar en cuál, que estaba enfermo de sífilis y que un día, revuelta al viento la melena germánica, se había precipitado al vacío desde uno de los altos andamios adosados a la garita vigía del edificio de la cárcel, en ese momento en construcción. Lo sucedido en el andamio a persona tan principal, sobre todo cuando el pueblo estaba en sus albores y sus habitantes eran respetuosos de todo lo que viniera de la capital, siguió siendo un misterio desde entonces. Unos decían que, habiendo conocido el diagnóstico de su mal, se arrojó al vacío. Otros, que estaba enamorado de una mujer casada del pueblo que no le correspondía. La mayoría sospechaba que perdió pie y cayó en estado de ebriedad, condición en que se lo había visto, aunque envarado y distante, más de una vez. Lo cierto es que su melena rubia quedó aquel día señalado desparramada sobre la tierra floja en el extremo sur de una calle de lo que empezaba a ser un pueblo. El telégrafo recién instalado avisó a Buenos Aires el desgraciado suceso. Dos días más tarde, una comisión enlevitada de la capital se presentó en San Alfonso. Lo cambiaron de ataúd y lo depositaron en un carricoche donde, fuertemente sujeto con sogas, Ulrico fue llevado entre barquinazos, por caminos de tierra dura, de regreso a Buenos Aires. Para aquel momento, el Asilo estaba concluido y la cárcel, muy avanzada. Antes de partir, la comisión dejó expresas órdenes oficiales: la construcción debía finalizarse tal como lo había dispuesto el difunto. Por una inexplicable pero piadosa inclinación necrófila, el pueblo incipiente, que hasta entonces había llevado el nombre de La Colorada por el almacén esquinero que parecía estar allí desde el principio de los tiempos, pasó a llamarse San Alfonso, día que, en el santoral católico, correspondió al que Ulrico se despeñó del andamio.

Con sus gruesas paredes de ladrillo a la vista de un rojo de óxido y sus puertas y ventanas catedralicias, los edificios de Ulrico tenían un aire indefinible, de cosa sajona, alemana o bávara, definitivamente extranjera. En el norte del pueblo, mandaba el Asilo; en el sur, la cárcel, cada uno levantado en los extremos de una calle de tierra que corría a lo largo de veinte cuadras. En un plano invisible, los edificios obraron cuestiones más sorprendentes, si se quiere, ya que su ubicación entrañó una especie de principio teológico en la topografía original del pueblo. Porque hacia 1885, cuando el ferrocarril llegó a San Alfonso, las vías cortaron transversalmente la calle larga marcando una neta forma de cruz, y se erigieron desde entonces en inocentes y definitivas divisorias de aguas. A partir de ese momento circuló, ambiguo al comienzo, pero preciso después y tomando forma de piedra fundacional, un plano moral del pueblo: hacia el norte de las vías, reinaban el Asilo de Huérfanas y el bien, lugar natural de la gente decente; hacia el sur, campeaban la cárcel, los hábitos del mal y la gente poco recomendable. Es casi seguro que esta

versión se difundiera en el barrio del norte, cimentada en la visión de los continuos reverberos del fuego vislumbrados más allá de las vías. Las chispas de las primitivas locomotoras encendían los pajonales y en los ranchos miserables los braseros ocupaban los patios de adelante; estos fulgores rojizos más ciertas legendarias peleas a cuchillo que se sucedían en aquellas cuadras desmanteladas le dieron al sur categoría de adyacencias del infierno. Las señoras del norte difundían que en esa dirección perduraban, además, efluvios malignos de los herejes, hacía ya mucho exterminados. Todo lo cual fue motivo más que suficiente para que el plano moral persistiera hasta mucho tiempo después que estos rasgos primitivos del barrio de abajo hubieran desaparecido.

Siguiendo hacia el sur, después del cruce de las vías, las casas se volvían más modestas, luego se hacían precarias, hasta terminar con lo que, desde el principio de los tiempos, se llamó «la fila de ranchos». Lugar agreste donde la columna vertebral del pueblo volvía a la tierra elemental y las lamparitas municipales, cuando las hubo, apenas alcanzaron a disipar la oscuridad de las esquinas, pobladas de paraísos y ladridos de perros. En una de esas cuadras cribadas de baldíos, señalada por la música de guitarras y acordeones que en las noches de verano fluía de su interior, se destacaba una casa de ladrillo sin revocar y con zaguán que proyectaba un rectángulo de luz en la vereda empinada: «Lo de Elvira», prostíbulo oficial del pueblo, hospitalario y sin pretensiones, visitado de manera clandestina por muchos jóvenes del norte, conservaría su nombre décadas después de la desaparición de su dueña y animadora. Sólo una vez lo de Elvira conoció el esplendor de un momento de gloria y alcanzó fama simultánea en los dos bandos del pueblo. Fue en 1915, cuando pasó por San Alfonso un coronel retirado que concentró por un momento las esperanzas del pueblo con la promesa de instalar una fábrica de embutidos. Fábrica que lanzaría a la localidad y a todos sus habitantes hacia un futuro de prosperidad sin fin. Hasta se llegó a hablar de exportación de embutidos a Chile y al Paraguay, países, dijo el coronel, en los que una vaca holando-argentina de las más comunes y corrientes, habría causado asombro, cuanto más, los cerdos extraordinariamente desarrollados de la localidad. Nadie supo de qué cerdos hablaba, pero no importó. Estos y otros detalles comentaba el huésped la única noche de su estadía en el pueblo, en casa del intendente municipal, donde se le daba una recepción. Más tarde, y en un aparte de hombres, demostró vivo interés por visitar lo de Elvira. Con una diligencia digna del fin que se perseguía, las autoridades vecinales hicieron una rápida requisa consiguiendo muebles y alfombras de las casas decentes para hermohear el prostíbulo, sólo por esa noche. Fue la única vez que los barrios de arriba y de abajo estuvieron de acuerdo; el fin lo valía. El coronel retirado se llevó una buena impresión y partió, satisfecho, reafirmando promesas. Nunca se supo, sin embargo, que alguien tuviera la menor intención de levantar en aquel punto perdido de la provincia una fábrica de embutidos. Pero el momento se había vivido, los planes se habían hecho, Elvira había cumplido y hubo un alivio general cuando el personaje

subió al tren y dejó atrás los saludos de sus huéspedes, que agitaban pañuelos en el andén de la estación.

Más allá de lo de Elvira, la fila de ranchos languidecía, el pueblo se volvía campo y sobrevinía la oscuridad total. Antes de que ganara la cósmica negrura de la pampa, en la luz de la última lamparita, alzaba su vacilante sombra el almacén ya mencionado, que no lindaba con nada y hacía su propia esquina. De ladrillos carcomidos por la lluvia y el sol, paredes altas y azotea coronada con ruinosas ánforas de mampostería, La Colorada había sido pulpería visitada por gauchos, indios y soldados antes de cualquier otra cosa que se hubiera levantado en el desierto amarillo y verde. Vecina a esas cuadras desmadejadas, empinaba su sombría silueta la cárcel, de la que sobresalía, en lo alto, la garita, desde donde Ulrico se había precipitado al vacío, encontrando la muerte.

Terminó de pasar el cortejo, dejando un reguero de murmullos y flores pisoteadas, y el Ford remontó despacio la calle principal. La Garza y el chofer se encasquetaron las gorras. En tres cuadras, el empedrado del centro quedó atrás y la calle se hizo de tierra. Un poco más afuera, la humildad del pueblo en casitas de emparrados y ligustrinas, casi en el límite con el campo, le gustó a Pissano, y por un momento disipó la reflexión en la que venía sumido en el tren y que ahora volvía a asaltarlo, como si la novedad del campo, del sol y del pueblo la echaran afuera, a plena luz, para dejarla expuesta. La contradicción entre un carácter violento y la elección pacifista, aquello no resistía el menor examen, tenía razón don Miguel. Aferró con fuerza la correa de cuero. Recorrían una última cuadra, cuando Bautista vio erguirse adelante la silueta rojiza de la cárcel. Los ladrillos a la vista y las torretas de vigilancia le llamaron la atención, como algo antiguo y de un estilo extraño.

—Tu nueva casa, Pissano. ¿Qué te parece? —La Garza se había ladeado para hacer la observación. La ironía no iba dirigida a él, sino a los custodios de Buenos Aires, ante los que el gendarme parecía sentir la necesidad de mostrarse en pleno dominio de la situación. Se abrió el enorme portón de rejas con ruido de goznes viejos y se cerró tras ellos. Poco después, escoltados por la Garza, caminaban por un oscuro y abovedado pasillo hasta el despacho del director. Una habitación de techo alto, con la luz encendida. El escritorio, lleno de papeles y carpetas, no estaba en el centro sino hacia un rincón, cerca de una caja fuerte de hierro, alta y angosta; todo a lo largo de una pared, gruesos archivos de madera oscura. Un gran crucifijo colgaba a espaldas de la silla del director y presidía el recinto. El personaje que los esperaba le inspiró a Pissano un rechazo instintivo. Bajo, vestido de civil, el chaleco cruzado por la cadena del reloj, bigotes aceitados de puntas vueltas hacia arriba y el pelo engominado dividido por una raya nítida. Con las manos en la espalda, Pardeiro, el director de la cárcel, se le acercó. Pissano le llevaba más de media cabeza, pero no era algo que pareciera inhibir al hombre. Los ojos oscuros, bordeados de negro por pestañas cortas y tupidas, lo miraron directamente a la cara. Sacó la mano de la espalda, sostenía un papel.

—Pissano, Bautista Cristóbal. Veintitrés años, viudo. Ácrata, indocumentado. Sedicioso, vinculado a la voladura de la embajada de los Estados Unidos... —Hizo una pausa, un marco para lo que iba a venir—. Nosotros te vamos a enderezar. Tenemos mucho tiempo. Te advierto solamente una cosa: acá no se jode; estamos lejos de la Capital pero tenemos nuestros métodos, estas paredes son muy gruesas.

Pissano tuvo la misma impresión que con Guzmán. Se representaba una escena destinada, más que a él, a los oficiales de Buenos Aires. Pardeiro le ordenó a la Garza: «Lléveselo». El oficial de cara colorada le abrió las esposas. El director se despidió de los custodios, a quienes invitó a pasar por la cocina del personal a tomar algo; ya iría él por allá a saludarlos, dijo, y cerró la puerta.

Dos años después de aquella escena inicial, el director, imbuido, como le gustaba decir, del mandato de autoridades superiores —mandato inexistente ya que una arcaica burocracia había enterrado en el olvido la provincial cárcel de Ulrico—, le permitió a Bautista Pissano leer. Un mediodía del verano de 1928, uno de los guardias lo llamó aparte y le entregó un recorte del diario local *El Imparcial* junto a un atado chico de cartas. «Dice el director Pardeiro que ahora podés leer». También se le autorizaba a recibir y contestar cartas. El preso había mantenido una conducta intachable y ya no parecía revestir ningún peligro de sedición, fuga o motín, miedos que habían precedido y acompañado su llegada a San Alfonso. El director había guardado el recorte del diario porque, de un modo difícil de explicar —nadie hubiera podido encontrar las palabras—, Pissano era un orgullo para la cárcel. En un lugar donde purgaban penas cuatrerros, homicidas rurales, ladrones de gallinas, crotos y locos mansos, la llegada de un preso político puso a todos en un estado de quisquillosa alarma a la vez que de franca expectativa. Pissano tuvo la virtud de sacudir la interminable siesta del edificio de Ulrico. Se pensó —se tuvo la esperanza— que la institución iba a poder demostrar su capacidad para una emergencia. Al cabo de unos meses, la silenciosa reserva de Pissano, su puntualidad para lavarse la única muda de ropa que poseía, terminaron por tranquilizar y, de algún modo, defraudar al personal. Debió admitirse que el ácrata no producía disturbios, que no iba a ser necesario hacer sonar la sirena, usada por única vez en 1904, cuando un conato de incendio amenazó propagarse por el edificio, ni pedir refuerzos de personal. El preso no dio motivos para el celo carcelario. Y fue en esa dirección, la de su comportamiento tranquilo, que poco tiempo después Pardeiro empezó a albergar sus propios planes para el recluso.

Esa noche en su celda, Pissano desdobló el recorte de *El Imparcial* y lo aproximó a la vela. Los pobladores de San Alfonso no prestaban atención a los sucesos de afuera, absorbidos por cuestiones domésticas de compra y venta de vacas, adulterios sospechados y heladas tardías. Dentro de esa monotonía, apareció en su dimensión de verdadera noticia, en *El Imparcial* del 17 de diciembre de 1926, la nota sobre su llegada a San Alfonso como nuevo residente de la cárcel. El título decía: «Escarmiento. Un sedicioso llega a nuestra ciudad». Sobrevoló el escrito. «Bautista

Pissano, de veintitrés años de edad, viudo, trasladado ayer por ferrocarril procedente de Buenos Aires... alojado en la cárcel de nuestra ciudad por los delitos de sedición, desorden, resistencia a la autoridad y participación en los sonados incidentes de mayo próximo pasado contra la embajada de los Estados Unidos de América en Buenos Aires... agravados por el hecho de que el ácrata es “indocumentado” y desertor del Ejército Argentino... de oficio carpintero... asiduo concurrente al local de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), panfletista, orador y asistente a mitines...». La nota seguía a toda página. Su mirada fue al párrafo final, donde el cronista anónimo se preguntaba —haciéndose eco de lo publicado en su momento por un diario de Buenos Aires— si no habrían sido las ideas desviadas y ateas de Pissano las que habían llevado a su joven esposa a quitarse la vida.

Retorció el recorte como si fuera una mecha y lo quemó en la llama de la vela. Por unos segundos, el fulgor iluminó algo más allá la oscuridad de la celda. Revisó las cartas, todas abiertas. Dos de su hermana María, una de su padre con su tosca letra de campesino: se alarmaban por su silencio. Dos del abogado. Tomó una al azar. Era la primera, llegada poco después de su ingreso. Nada que él no supiera: había que esperar, la causa estaba demorada en una de las dependencias judiciales. La dejó sobre la litera. La otra era de escasos dos meses atrás. No lo olvidaba, pero una apelación se hacía difícil. Los tiempos estaban revueltos. Bautista recorrió las líneas. Un sentimiento de furor le tensó los músculos. Cuando se serenó volvió a leer: finalmente, los habían ejecutado en la silla eléctrica; habían ejecutado a Sacco y Vanzetti. Le pareció imposible. Pensó en los compañeros, en las reuniones que seguramente se habrían hecho, en lo que habría publicado *La Protesta*, y aunque eran hechos ya sucedidos y clausurados, por primera vez lo aplastó la impotencia del encierro. Apagó el pabilo entre el pulgar y el índice y se echó en la litera. Estuvo muchas horas despierto, las manos bajo la nuca, la mirada fija en los barrotes de la ventana, recordando lo que le dolía recordar. Cinco meses después de su llegada, un día le anunciaron que tenía visita. Su hermana y su padre lo esperaban en la sala enorme y helada. Ni siquiera habían atinado a sentarse. Desconcertados por su silencio, sin saber que le habían prohibido escribir, habían temido lo peor. Veía el gesto de su hermana María cubriendo los hombros de su padre con una chalina, y a su padre, tan viejo ya y tan gastado, próximo a la muerte que sobrevendría pocos meses después, intimidados, empequeñecidos entre las gruesas paredes rojizas, obligados al viaje interminable, a la fonda de la estación. Su padre, que había tomado un tren y, a la vejez, había confirmado la injusticia cometida viendo aquel campo interminable e inculto. No habían hablado del campo en la visita, pero Bautista lo vio en sus ojos. Trataban de encontrar algo para decirle de su expediente, pero los tres sabían que no había nada que decir; no había expediente. Su caso quedaría enterrado para siempre en un archivo.

En ese pueblo dormido en el polvo, los sucesos en los que se había visto envuelto se volvían remotos, se despojaban de la resonancia que habían tenido en los

tribunales de Buenos Aires y en boca del abogado de oficio. Aquella mañana, en el Departamento Central de Policía, la imagen de su padre con la gorra entre las manos se superponía a la de su única visita a la cárcel de Ulrico. Las últimas veces que vio a su padre, reflexionó Pissano en la litera, había sido entre las paredes de una celda. «Anarquista, participante de los disturbios en el atentado contra la embajada de EE. UU. y en el acto de protesta por la condena a Sacco y Vanzetti», había leído el abogado al mismo tiempo que le ofrecía un cigarrillo. «¿Antecedentes?», preguntó. Pissano fumó en silencio. No tenía antecedentes, pero no había contestado nada; igual lo iban a condenar, iban a inventar antecedentes, iban a inventar pruebas. A la hora de la bomba puesta por Di Giovanni, él estaba en la otra punta de la ciudad, en un mitin de estibadores, domingo a las once de la noche. Lo habían tenido desnudo en el patio durante horas bajo la lluvia y después todo lo demás. El abogado lo miró; miró el corte profundo que le abría la ceja izquierda, el ojo cerrado, los moretones en la mandíbula y en el cuello, el golpe en la clavícula y sacudió la cabeza. «Por el boquete que dejaron en la puerta pasa un hombre sin agacharse. Menos mal que no hubo heridos ni muertos; por la hora» —comentó—. «¿Conoce a Di Giovanni, tiene algo que ver con él, con los que lo siguen o con el periódico *Culmine*?». Pissano lo miró directo a los ojos, con cara impasible. El abogado le devolvió la mirada. Con un soplido de impaciencia dijo: «Escuche: esto no es un interrogatorio, no soy la policía, soy su abogado; si no me dice algo, le va a ir mal». Bautista al fin abrió la boca. «No comparto la táctica del atentado; le hace mal al movimiento anarquista. A las once de la noche del domingo yo estaba en un mitin en Barracas; doscientos estibadores se lo pueden decir». Como si por ahí fueran a un callejón sin salida, el abogado cambió de tema. «Pero estos días hizo la huelga de hambre con los otros presos». Como Pissano no abrió la boca, el abogado dijo: «Lo peor es el asunto de la libreta de enrolamiento, eso complica todo. Cabe la figura de desertor». Se hizo un silencio largo. Como él seguía sin hablar, el abogado concluyó, fastidiado: «¿Me puede explicar por qué carajo está indocumentado a los veintitrés años?». «Mi hijo está contra la guerra», intervino la voz ronca de su padre, con el duro acento italiano, «no va a dejar que lo metan en el ejército, que lo manden a matar inocentes». El abogado volvió a sacudir la cabeza: «Ahora no hay ninguna guerra», dijo condescendiente, sin mirarlo. «Siempre hay una guerra», sentenció su padre. Bautista pidió al viejo que se fuera a la casa. Pero su padre no se movió y así había continuado la entrevista. «Tal como están las cosas, con Alvear en persona metido en el asunto y los de la embajada supervisando los procedimientos, con *razzias* hasta en Rosario, podían haberte dado, fácil, veinte años», dijo el abogado, tuteándolo. Lo que le imputaban era falso, habló al fin Bautista; había pruebas y cientos de testigos de que él estaba en una asamblea de estibadores, en Barracas. Les había venido bien lo de la embajada, dijo, se habían llevado a cientos de compañeros. «Nadie quiere testificar», dijo el abogado, tirándose hacia atrás en la silla, «hombres con familia. Las cosas están pesadas. La Liga Patriótica se puso a disposición de la embajada, hay caza de brujas. Hay mucha gente

marcada que mejor ni aparezca». Le habían dado diez años. «El juez Bonifatti quiere hacer ver que escarmienta. Quieren aleccionar: nada menos que un boquete de dos metros en la puerta de los norteamericanos. Y vos sin documento. Te salvaste de que te aplicaran la ley de residencia», concluyó el abogado. «Te van a mandar bien lejos, seguramente a Ushuaia», fue lo último que había dicho. Algo, sin embargo, había logrado el escrito presentado por el abogado ante el juez. La pena, excesiva en años en relación con una causa no probada, sin testigos y resuelta confusamente, se atenuó con el lugar: en vez de confinarlo a Tierra del Fuego lo habían mandado a San Alfonso, un pueblo olvidado en el oeste de la provincia, cerca del límite con La Pampa. No era un mal hombre, el abogado; la había sacado lo más barata posible.

Siguiendo la curva del sol, la luz atraviesa el enrejado de madera y dibuja rombos de sombra, alargados y nítidos, sobre los mosaicos amarillos. El gato atigrado se despereza sin apuro y busca su lugar entre las macetas con geranios; al fin, se echa junto a la pared. Sonia detiene su mano sobre la de Bautista. En el follaje de los árboles y plantas del jardín culmina el verano y se insinúan los colores del principio del otoño.

—Mire cómo brilla el verde del azarero, las hojas parecen de esmalte —dice Bautista, y hace un gesto benévolo mirando a Sonia, animándola a que hable—. Cuénteme del Hogar, cómo fue para usted vivir ahí...

—Lo primero que recuerdo es el tañido de las campanas —dijo Sonia desviando los ojos del jardín—. Como si lo escuchara flotar en el aire siguiendo la dirección del viento. En el principio de todo está el tañido de las campanas. Yo me levantaba al alba. Invierno o verano me levanté siempre a primera hora. Me lavaba la cara con agua helada, en un baño frío y enorme, blanco como un hospital. Desde que me acuerdo me gustó la limpieza, hasta la exageración. Aunque había capilla en el Hogar, los domingos íbamos a misa a la iglesia del centro, que llamaba con un repique muy lindo. Teníamos que cruzar las vías. El Asilo estaba en las afueras del pueblo, no como ahora, que lo rodean casas con jardines y el barrio de los ferroviarios. Caminábamos de a dos, en fila; las más chicas adelante, las monjas atrás, con las más grandes. Los guardapolvos grises, medias tres cuartos y los mejores zapatos que cada una tenía. Zapatos negros. Si no eran negros, había que teñirlos de negro. Un domingo tomé con otras compañeras la primera comunión. Ese día, la iglesia estaba adornada desde la entrada hasta el altar con flores blancas. Las del Hogar nos sentamos en los bancos del fondo, igual que cualquier domingo. No sé por qué, esa vez yo había esperado algo, no sé, otra cosa. En los bancos de adelante se sentaban las chicas de familia, con vestidos immaculados hasta el piso, llenos de puntillas y volados. Pasada la misa y de vuelta al Hogar, una de las hermanas dijo: «Parecían ángeles». ¿Y nosotras? ¿Qué parecíamos? No lo dijeron. En la mesa del comedor nos sirvieron el chocolate, lo más esperado del día. Como era chica, el chocolate y el olor a torta me hicieron olvidar lo que yo había esperado durante meses: sentarme en los bancos de adelante, ver qué hacía el cura, qué eran esos

movimientos que sucedían allá lejos, delante de todo, y que apenas alcancé a ver cuando me dieron la comunión, pero apenas, porque debía mantener los ojos bajos.

Las monjas andaban por los corredores hablando solas. Los corredores daban a una galería en forma de herradura que bordeaba el patio central. Ellas les decían claustros; nosotras, la galería. A ellas les gustaba decir los claustros. En el comedor nos ordenábamos según las edades, en mesas largas y bancos de madera oscura. Las más grandes cuchicheaban, querían irse, apurarse a cumplir veintiún años, salir del encierro. Las más chicas nos poníamos contentas con poca cosa. Aquel día de la comunión, como otras tardes de domingo, nos visitaron las señoras de la Comisión de Damas; se turnaban. Nos traían pasteles, tortas fritas, ropa lavada y adecentada, juguetes arreglados a medias. Me sentía incómoda en esas visitas; no sabía qué esperaban que hiciera, y me quedaba tiesa en la silla. Las señoras se cansaban de sonreír y de acariciarme el pelo y después se iban, suspirando. Hogar de Niñas y Ancianos Desamparados, así se llamó siempre. Nos unía eso de desamparados. Felizmente estábamos aparte, las niñas y los ancianos. (La mano de Bautista describió un giro y se posó sobre la de Sonia en el borde del sillón). A los doce o trece años, las monjas nos ofrecían a casas de familia para cuidar a los chicos cuando los padres no estaban. Igual nos venían a buscar sin que nos ofrecieran porque el Hogar tenía fama de limpieza y educación. La mitad de lo que nos daban era para las monjas, la otra mitad para nosotras. Era justo. La mayoría de las veces traíamos revistas viejas o ropa usada. Si nos daban plata, que era lo que todas queríamos, la despedida se hacía más difícil. Había que decir unas frases aprendidas de memoria. Nos daba vergüenza, pero las monjas nos obligaban y las teníamos que repetir: «Lo que usted considere será bienvenido. Gracias y que Dios bendiga su hogar. Rezaremos por su familia». Así teníamos que decir.

La primera vez que salí tuve miedo. No sabía si haría bien las cosas. Los chicos eran un varón de nueve y una chica de trece, de mi edad. Eran grandes y se podían cuidar solos, pero a esas señoras les gustaba que fuéramos a sus casas. En San Alfonso eso daba tono. A la hija también le gustaba que fuera una de nosotras. Yo la conocía de la escuela; era presumida igual que la madre, la presidenta de la Comisión de Damas. Se daba aires de señorita. En cuanto nos quedamos los tres solos en la casa, me dijo:

—Tus padres quiénes son, dónde están.

—Murieron.

—Pero, ¿quiénes eran?, ¿no tenés parientes? ¿Por qué te dejaron en el Hogar de las monjas?

Como yo no tenía respuestas, traté de cambiar de conversación, no quería que la presidenta de la Comisión de Damas presentara alguna queja, sobre todo en mi primera salida. Para cambiar de tema le dije que sabía coser, que el vestido que llevaba puesto me lo había hecho yo.

—Está pasado de moda —dijo—. Esas tablas no se usan más.

Había ido al baño y se había pintado los labios.

—Esas trenzas tampoco se usan más —siguió—. Ahora se usa así, a la *garçon* —se tocaba el pelo cortísimo—. Va a cuarto grado con trece años —le explicó al hermano, sofocando una risita.

Aunque la cara me ardía no pude decir nada porque era verdad. A pesar de ser huérfanas teníamos un privilegio: íbamos al colegio de las monjas, el mejor del pueblo. Si no había banco, las del Hogar teníamos que repetir el grado o ubicarnos donde pudiéramos para dejar lugar a las chicas de familia. Las monjas decían: «Mal no les va a hacer». La mayoría se cansaba y les pedía a las monjas de abandonar, que no querían seguir. Yo hice dos veces tercero y dos veces quinto, pero terminé.

De a ratos me miraban y cuchicheaban con el hermano; se reían. Tuve la impresión de que el chico se reía a la fuerza. Después se cansaron. Me senté en la cocina a esperar que llegara la madre. Me dieron unas revistas viejas y una pollera usada.

De vuelta era casi de noche y corrí todas las cuadras. Corría desahogada, de rabia. Hubiera querido pegarle una bofetada. Dos o tres bofetadas hasta dejarle la cara violeta, hasta que le sangrara la nariz y le salieran moretones. Trepé el terraplén en dos saltos y bajé de las vías dejándome ir por la pendiente. Cuando vi las paredes altas con ese color de cuero y las ventanas enrejadas y la puerta alta cortando la esquina, corrí más rápido. Ése era mi lugar. Me gustaba volver. Me gustaba, sobre todo cuando se hacía de noche, correr esas cuadras como si alguien me persiguiera, cruzar las vías, llegar sin aliento, pegar la cara a la puerta y tocar la campanilla que sonaba lejos, como en el medio del campo muerto. Apretaba los ojos con terror: ¿y si no me abrían? ¿A dónde iría si no me abrían la puerta? Con la cara pegada a la madera, los golpes del corazón me volvían sorda. No sé por qué me gustaba, pero lo hacía. Correr y la espera, los pasos que se acercaban y después el alivio de la puerta cerrándose a mi espalda, dejando afuera la oscuridad.

El Hogar era mi lugar y hasta que pasó lo que pasó no me sentía mal ahí. La cama de hierro y la mesa de luz que me correspondían, entre otras camas y otras mesas de luz, eran mis cosas, aunque no fueran mías. De chica me había costado entenderlo; nada de lo que usaba era mío y si alguna vez me iba, las que habían sido mis cosas serían de otra. No me gustaba para nada la idea, pero me acostumbré. Entonces no sabía, no me imaginé que iba a cambiar, porque cuando crecí, cuando fui grande, necesité desesperadamente tener algo, que algo fuera mío. Me di cuenta mucho después de que era así; brotaba aquí y allá esa necesidad, un ansia que no podía sofocar, como un incendio en el pasto seco. Lo único mío eran mis cosas de bordar y un cuadro que había colgado sobre la cama. Esas cosas sí eran mías y si algún día salía las podía poner en una valija y llevármelas conmigo; las monjas me habían dejado comprarlas con mis ahorros. El cuadro era una lámina recortada de la revista *El Hogar*: una casa con techo de tejas en medio de la montaña, de la chimenea salía humo y tenía todas las cosas que una hermosa casa debe tener, hasta una casita en

miniatura para los pájaros, en la parte más alta de un poste, en el jardín. Mirarla me daba algo raro, unas ganas locas de meterme dentro de la casa. Si me pasaba algo feo o triste miraba la casa y me animaba.

Esa noche, la de mi primera salida, no pude dormir. Esperé con los ojos abiertos; cada tanto los apretaba porque me parecía que se me agrandaban en la oscuridad. Con la primera luz me levanté, dejé el dormitorio general descalza para no despertar a mis compañeras y fui a la cocina. La hermana Clara estaba encendiendo la cocina a leña. Se asustó al verme de golpe.

—¿Qué hacés levantada tan temprano?

De un tirón le dije que quería saber quiénes eran mi madre y mi padre, quién me había llevado al Hogar. Se sentó junto a la mesa. Yo me quedé parada, los pies desnudos sobre las baldosas heladas, pero no me importó. Conocía esa mesa de memoria, hasta la última veta, hasta la más mínima herida, hasta el borde suave que doblaba hacia abajo; mis dedos la habían recorrido desde que tenía memoria. No podía levantar los ojos de la madera, como si las vetas fueran a decirme algo. Sin darme cuenta, había empezado a pasar el dedo por la juntura de las tablas. La monja me tomó la mano.

—Te trajeron unos vecinos. Tus padres murieron en la epidemia, cuando el brote de cólera, uno enseguida del otro. Vivían en una chacra. No tenían parientes. Parece que tu mamá era muy bonita. Tenías un año y medio.

Sólo eso. Pero fue suficiente para mí; tan pocos datos y el alivio fue enorme: yo tenía un pasado. Y hubo algo más; algo extraordinario, que fue como una dádiva, no sé. La hermana Clara salió de la cocina; a los pocos minutos volvió, me tomó la mano y en la palma depositó una cadenita de oro con un crucifijo. Me cerró los dedos. «Era de tu mamá, la tenía puesta cuando murió», dijo. «Te la guardábamos para cuando fueras más grande. Ahora la podés tener». La misma hermana me la pasó por el cuello.

(Sonia llevó una mano al pecho, sacó la cadenita y el crucifijo y los dejó caer sobre el vestido).

La hermana Clara siguió con el trajín del desayuno y no me mandó a vestirme; de vez en cuando me miraba de reojo. Me senté en el banco al lado de la ventana, encogí las piernas y apoyé la cara en las rodillas. Sentí el contacto de la cadena debajo del camisón y me pareció que la había llevado toda la vida: ahora tenía un pasado. En el porvenir no pensaba porque yo no tenía porvenir. Dependía de las monjas y más allá de ellas no era capaz de imaginar nada. Eran ellas las que decían cómo era yo: que era despierta, que podía enseñar el catecismo, que nadie bordaba como yo, y ellas eran las que decían que era modesta a pesar de tener lindos ojos y lindo pelo. Yo me miraba en el espejo para ver si era cierto pero no veía nada. No sabía cómo era. Veía lo que ellas decían que veían, pero yo no me veía. Tampoco alcanzo a saber cuándo aprendí a bordar, cómo me enseñaron; para mí fue desde siempre. Cuando cumplí los catorce años me encargaron el ajuar de la capilla; las monjas se dieron cuenta de que

tenía idea, me dejaron hacer. Bordé pájaros. Bandadas de golondrinas de menor a mayor realzando las esquinas y flores muy chicas, apretadas como botones, rodeando ramos de rosas, el ramo principal estaba en el centro, atado con un moño, y de ahí salían dos cintas onduladas que recorrían el borde del mantel. Todo en blanco, alternando hilo de seda con hilo opaco. En el centro de cada rosa tracé unos puntos de color matizado. La Comisión de Damas me dio un premio por el trabajo. Era un libro de tapas duras y en las páginas traía motivos para bordar. No dije que a mí no me gustaba copiar los motivos, que me gustaba inventarlos. No sabía de dónde los sacaba, pero me gustaba inventarlos.

Sentada en el banco de la ventana de la cocina pensé en mis padres muertos en la epidemia, en una chacra, en una casa de la que salía humo por la chimenea y, por primera vez, intenté imaginar a mi madre. Era bonita, había dicho la hermana. Sentí el calor de la cocina en la espalda y no me importó ser huérfana y que otros me lo dijeran. Tuve ganas de bordar los olmos y los cipreses que veía por la ventana y hubiera seguido en el banco todo el día escuchando los ruidos de tazas y cucharas si no hubiera sido porque la hermana Clara dijo:

—Andá a vestirme que en quince minutos se desayuna.

FOTOGRAFÍAS DE UNA EXPOSICIÓN

«Campamento del ferrocarril», 1884

Y fue hacia 1884, cuando la memoria de Ulrico y la caída del andamio estaban aún frescas en la memoria colectiva que llegaron desde el este las vías del ferrocarril. Se levantaron campamentos parecidos a los de los gitanos, se acarrearón durmientes y se ajustaron los rieles para seguir siempre hacia el oeste, dejando cada vez más atrás el pueblo, cuya imperceptible giba en la llanura se iba perdiendo, día tras día, hasta desaparecer. A veces, al costado de la vía, entre caballos y pilas de durmientes, morían hombres que nadie sabía quiénes eran. Hombres de acentos extraños, llegados de países distantes. Sus compañeros les encontraban un retrato borroso envuelto en un pañuelo o un crucifijo en el bolsillo interior del saco de brin que la empresa vendía a los obreros. Objetos que no proporcionaban ningún indicio sobre la identidad del fallecido. El capataz revisaría entonces la lista de los contratados por el Ferrocarril del Oeste y tacharía un nombre. Y tal vez, obligado por las circunstancias, diría que aquel hombre había sido fuerte como un buey para atornillar los rieles a los durmientes. Haría este comentario mirando el horizonte, frente a las caras terrosas de los otros peones. Y esas palabras serían una especie de réquiem ante el muerto, para quien sus compañeros cavaron una tumba al costado de las vías. Las circunstancias habían decidido que sus huesos quedaran allí, para toda la eternidad, llevado, quizá, por el cólera o la tuberculosis. No obstante, semanas antes de ese día, hubo un momento en que la energía de la luz estuvo por encima de enfermedades y desgracias

y decidió que la imagen del hombre perdurara en el tiempo. Una mañana fría, entre el sonar de los picos de la cuadrilla, un hombre joven, de traje negro gastado y sombrero raído, llegó en un sulky, montó sobre un trípode una cámara, desapareció bajo un paño negro y levantó un soporte que explotó provocando un segundo de luz blanca enceguecedora. La luz atravesó la lente, impresionó la placa de vidrio cubierta por una emulsión con haluro de plata y produjo el fenómeno de oxidación. Gracias a este prodigio o milagro, indescifrable para los obreros del ferrocarril, el hombre anónimo, que poco después moriría, quedó para siempre, o al menos hasta tanto durase el soporte de cartón, junto a sus compañeros aquella mañana del último tercio del siglo diecinueve.

En la vitrina del Museo Municipal, cien años después, lo que llama a mirarlo es la mínima cruz en vacilante tinta negra que alguna mano también anónima ha trazado sobre su cabeza. Bajo la luz dicróica será esa cruz la que salte como un suave zarpazo a los ojos del espectador, capture su atención y haga que demore la mirada sobre el hombre. De pie, serio, con los ojos fijos en el ojo de la cámara, el saco de brin abotonado hasta el vértice de las solapas cortas, los pantalones deformados por el uso y los botines gruesos, cubiertos de polvo. El hombre, reducido a sus atributos visibles, es pura imagen plana; la mano izquierda cuelga al costado del cuerpo, ahuecada en la costumbre de la herramienta, la mano derecha se apoya en el cabo del pico, la barbilla encajada un poco hacia abajo, en instintiva defensa de alguna sorpresa que pudiera venir del fotógrafo o de la máquina. Como los demás, vive la ceremonia de la foto como un acto solemne. Rodean al grupo los bienes del ferrocarril que los enmarcan con la enumeración de lo concreto: caballos, durmientes, herramientas, vehículos. Cada hombre está de pie junto a los otros y, a la vez, solo y erguido contra el cielo. Aquel día sin fecha, el artilugio de la luz derrotó provisoriamente al tiempo y fue el portal por donde el presente se escurrió hacia el futuro llevando un fragmento de hombres y vidas desconocidos.

«Descanso de domingo», 1912 (Vecinos de una chacra)

Desde los campos circundantes, por encima del lote de trigo, San Alfonso era una línea apenas quebrada sobre el horizonte. A veces, los domingos, se escuchaban traídas por el viento las campanas de la iglesia. Entonces la gente giraba la cara. Es lo que se ve en la fotografía: una mujer joven de pie, junto a los que están sentados contra la pared, en el frente de la casa. La mujer joven no mira a la cámara sino hacia arriba y hacia un lado, como si en el aire vibrara, sostenido, un sonido y como si ese sonido fuera más importante que la ceremonia de la foto. Y era así porque aquel tañido de campanas les daba la señal de que pertenecían a algo, de que no habían venido a esta tierra baldía para vivir como herejes; les fomentaba la esperanza y mitigaba la desazón, que se rumiaba a solas. Aplacaba la nostalgia de las montañas. Cuando el sonido, fragmentario pero inconfundible, cruzaba los campos, hombres y

mujeres se quedaban mirando en dirección al pueblo; desconcertados en el ocio del domingo, sintiendo la inutilidad de la vida sin el trabajo embotador. En los jóvenes, el tañido despuntaba la nostalgia indefinible de algo desconocido, tal vez ligado al pueblo, al tren, a la compra de un pasaje. Más allá del pequeño abismo de pensamiento en medio del cual las caras de los retratados muestran una expresión atónita, la boca un poco abierta y los oídos ávidos recibiendo el último eco de campanada distante, no hay nada. Tal vez ráfagas de algún recuerdo, pero sobre todo esa liviandad, ese suspenso del séptimo día sin el contrapeso del trabajo, el ancla que los ataba a la tierra. Hombres serios y mujeres con el pañuelo en la cabeza, sentados junto a las puertas de las casas blanqueadas, se dejaban estar, mudos, mirando la altura del maíz, el patio de tierra, los perros echados bajo la sombra de los sauces. Las manos de esas personas son algo notable. Para el que las mira décadas más tarde, cuando el centenario de San Alfonso, en una ocre fotografía del Museo Municipal, aquellas manos impresionan. Manos que sólo habían descansado en la enfermedad. Manos que habían lavado, atado, anudado, martillado, matado animales, roto la escarcha del invierno; manos lastimadas por espinas, alambres, mordeduras, hachas, hierros candentes, tenazas, astillas de leña; manos que habían segado la espiga de trigo, escarbado la tierra dura, que habían sostenido la cabeza del niño sobre el pecho, que habían levantado la horquilla y el pico y la pala, que habían cocinado, amasado el pan y el barro, que habían dado de comer a los animales, que habían trenzado tientos y curado heridas y atajado golpes. Manos grandes, tostadas por el sol, llenas de venas como sogas, desproporcionadas con respecto a los flacos antebrazos, manos de dedos grandes, abiertos, de piel agrietada y uñas romas, manos que apenas podían adoptar la actitud de entrelazar los dedos; manos quietas, como objetos inútiles sobre el regazo, o colgando al costado de la silla. Quedarían en el papel, impresas por el precipitado químico, iluminadas por el haz de luz que apunta a la vitrina cuando el Museo ya no fue más el viejo Museo Municipal y fue el moderno Museo Nuevo, cuando hubiera sido inconcebible para esos hombres y esas mujeres sentados en el frente de la casa, y para la muchacha de pie con la cara levantada hacia el sonido de las campanas, que sus imágenes anónimas fueran exhibidas entre luces y ocuparan un lugar en un edificio tan importante como aquél.

—Hábleme de sus padres... —Sonia acerca algo más el sillón de mimbre; le parece casi milagroso que Bautista pueda recuperar un pasado tan largo, que se pierde más allá de padres y abuelos; la posibilidad de restablecer hacia atrás una cadena, de revivir nombres de personas y de lugares.

Bautista está distraído; mira un gorrión que en el jardín se baña en la tierra floja. El sol de la tarde brilla en las plantas y se cuele por el enrejado de madera, adueñándose de la galería y del piso de mosaicos amarillos.

—¿De qué tamaño será el corazón de un gorrión? —dice Bautista y se ríe. Sonia también sonrío y vuelve a pedir: «Cuénteme de sus padres».

A los cuarenta y dos años Bautista puede sentir que el pasado ha tomado una

forma, casi un sentido, no está roto en pedazos como le pareció, a veces. Buscó las palabras y el hilo de su historia, más que por el gusto de recordar, para complacer a Sonia.

—El cura de la aldea le había dicho que era peligroso aprender a leer y a escribir, que le traería problemas. Pero el viejo insistió; por orgullo no quería llegar a América analfabeto, con mujer y cuatro hijos. Porfiaron los dos, porque el viejo no quería saber nada con la religión, pero el cura puso la condición de que los libros fueran los evangelios. Y aprendió. Siempre fueron campesinos, toda la vida, él, mis abuelos y mis bisabuelos. La mayoría vivía en la ignorancia, pero mi padre vino esclarecido. Iba a encuentros clandestinos donde se discutía su situación, la de todos. Nos contaba estas cosas a mí y a mis hermanos cuando pudimos entender, cuando vivíamos en Buenos Aires y la Liguria era un lugar dejado atrás hacía años. Siempre me pregunté cómo pudo hacerlo, trabajar de sol a sol, ahorrar centavo tras centavo para traernos, y quitarle horas al sueño para aprender a leer. Demasiado esfuerzo. A los cincuenta años envejeció de golpe. Entre 1900 y 1901, la idea de venir a América empezó a trastornarlo. Uno de *i compagni*, un paisano, le pasó un folleto del gobierno argentino. Un gaucho a caballo mostraba el campo sembrado, horizontes de trigo y maíz; el país nuevo no hacía más que esperarlos, decía. Yo vi el folleto, el viejo lo conservó. Se hablaba de esta tierra, allá, en Italia. Desde que supo que esperaban un cuarto hijo, que fui yo, ahorró cada centavo para la compañía naviera. Recién pudo hacerlo en 1905. Nunca confió en los agentes oficiales, algunos eran estafadores que se hacían pasar por agentes oficiales. Pululaban por las aldeas, ofreciendo servicios y ayuda para todo tipo de cosas en América. Decían que representaban al gobierno argentino, pero eran parásitos que estafaban a los campesinos. Cuando le mostraron un papel al viejo y le señalaron dónde debía firmar, supo que vendría por su cuenta. Si el campesino era tozudo y desconfiado, como él, le pintaban un panorama negro del viaje y la llegada a Buenos Aires. El viejo no cedió. No confiaba en los pantalones a cuadros y el bigote aceitado del agente oficial que se paseaba entre los pobres con ojos de lobo, decía. Se sentía orgulloso de no haber caído en una trampa en la que cayeron muchos. Pero cayó en otra, tal vez por cabeza dura no quiso ceder y se enredó, junto con otros, en los trámites de un contrato de arrendamiento de tierras que nunca se cumplió; y él, que había venido a sembrar el campo, por necesidad terminó viviendo en la ciudad, trabajando en una curtiembre. Contaba que en el viaje, después de Gibraltar, cuando se abrió el Atlántico, ya parecía otra cosa, otro mundo; hicimos dos escalas, una en una isla en el medio del océano, el viejo no recordaba el nombre, y otra en Brasil. También contaba del cruce del Ecuador. Muchos creyeron que se iban a encontrar con una línea trazada en el mar, como una división, vaya uno a saber, y se pasaban el día y la noche mirando el agua por la borda. Los de primera clase festejaban con baile y música. Yo no me acuerdo de nada, tenía dos años, pero mi hermana María sí. En el viaje pasó algo inesperado, y esto, el viejo, cada vez que lo contaba, con mi madre se reían. En la escala de Brasil, las autoridades separaron a

los hombres de las mujeres y los chicos. Dijeron que los hombres debían bajar a tierra. Nadie explicó por qué. Los formaron en cubierta. Todos creían que los separaban para siempre; las mujeres y los chicos lloraban. Ella los abrazaba y me miraba desesperada, decía el viejo, señalando a mi madre. Mi madre nunca intervenía; siempre sonriente, le gustaba escuchar su propia historia contada por el viejo. De urgencia, los hombres tomaron una decisión: sortearon a tres para que se quedaran con las mujeres y con los chicos, por cualquier cosa que pudiera pasar. Uno de los sorteados fue mi padre. Se afeitaron, se pusieron ropas de mujer y pañuelos en la cabeza y se mezclaron con ellas. El viejo lo contaba serio, después se largaba a reír porque se acordaba de su compadre Giuliano, alto y flaco, vestido de mujer con tremendos bigotes, que no había querido afeitarse. Mi madre también se reía. Nadie nos miraba a la cara, decía mi padre, no éramos hombres, éramos un hato de gente, bestias de trabajo, *contadini*. ¿Qué pasó? Los hombres bajaron, y volvieron, y después bajaron las mujeres con los chicos y también volvieron. Más tarde les explicaron: era la vacunación. La orden de vacunar a todos los del barco había llegado desde Buenos Aires. En el puerto había habido casos de fiebre tifoidea y temían una epidemia. Si no estaban vacunados, no bajaban.

Pasaron los meses y no fuimos al campo. La decepción del viejo fue grande, pero la disimuló; no le alcanzó saber leer y escribir para los embrollos de un trámite que no entendía. Mi padre se encontró con una familia al borde del hambre. Recomendado por un paisano entró en una curtiembre, en Barracas. Yo comía la rabia de mi padre, lo veía consumirse víctima de la burocracia. Cuando yo tenía trece años se enfermó; tuvo que dejar de trabajar. No le dieron ni un centavo. Vino un cura a hablarle de parte de los patrones. Justo a él, un cura. Tuvimos que sujetarlo. Después vino el oficial de justicia con el despido. Yo conseguí trabajo en la carpintería de un vasco, don Miguel, a quien le había llegado la noticia de la mala suerte de mi padre. El viejo tenía metido en la sangre lo de la letra y nos hizo terminar la escuela, a todos. Si nos manteníamos en la ignorancia nos iban a someter, a estafar. Así decía, y nos obligaba a lavarnos la cara con agua helada y a agarrar los libros, siempre a la noche, también a María. Cuando estalló la gran guerra decía que, a pesar de todo, se felicitaba, se consideraba afortunado, porque ¿qué hubiera sido entonces de mi madre y de nosotros allá, con él en el frente, con la miseria de la guerra? El viejo siempre siguió en la causa. Mis hermanos mayores, aunque amigos de la idea, buscaron trabajo y no militaron; es a mi hermana María a la que siempre sentí más cerca. Será porque fuimos los que quedamos en la casa con los viejos. Yo seguí de aprendiz en la carpintería mientras terminaba la escuela. Un día, los compañeros me llevaron al centro, cerca de plaza Once. Fuimos en tranvía hasta la FORA, la federación obrera regional argentina. Era un hervidero de gente, de todos los oficios, peones portuarios, juntadores de maíz, casi todos analfabetos; me pedían que les leyera los panfletos, los contratos de la patronal. Ahí entendí el empecinamiento del viejo. Tenía catorce años y era la primera vez que iba tan lejos, al centro, quiero decir. Vivíamos en Barracas al

sur, que era como una frontera de Buenos Aires, un lugar donde la gente se encontraba. Los que bajaban de los barcos y los que venían del interior corridos por la miseria. Curtiembres y talleres metalúrgicos, eso era Barracas. Los domingos, en los galpones, se reunía mucha gente a escuchar a los oradores de la FORA. Eran hombres para aprender de ellos y yo aprendí. Gente abnegada. Hombres solos, no se casaban; no podían aceptar la responsabilidad de una familia. En una asamblea escuché hablar a don Miguel del dinero, del dinero que corrompe. Fueron cosas que me quedaron para toda la vida. Uno aprendía directamente lo que tenía que aprender: que un dirigente obrero no puede cobrar porque si cobra tiene un precio y en consecuencia cualquiera lo puede pagar.

—¿Y su madre? —lo interrumpió Sonia, como si temiera que se desviara y no volviera a hablar de ella.

—Mi madre... —dijo Bautista buscando la bolsita del tabaco y la pipa—, una mujer demasiado callada, vivió a través de su marido y sus hijos. Jamás la oí quejarse ni la vi enojada. Tenía un gesto...

Bautista se detuvo; Sonia insistió.

—¿Cuál?

—A la mañana, se arreglaba el pelo largo, suelto, tan fácil, en un santiamén lo sujetaba con horquillas, con un solo movimiento. Me acuerdo de su cara inclinada sobre mi cama, a la madrugada, despertándome. Abría los ojos y veía la cara de mi madre.

Hizo una pausa; exhaló una bocanada de humo.

—A veces, cuando algún mitin era en el local del centro me quedaba a dormir por ahí, en unos cuchitriles llenos de chinches. Mi madre se preocupaba. Cuando volvía a Barracas estaba parada en la puerta, mirando la calle, esperándome quién sabe desde qué hora, las manos envueltas en el delantal. En esos años yo no me daba cuenta de esos gestos, de esos cuidados, de lo que podían costarle; no me daba cuenta de nada, sólo quería actuar, quería acción. ¡Acción! Estuve más de un año pegando carteles y barriendo el piso, repartiendo panfletos, y después había que leer, instruirse. Era frío, cansancio y sueño, pero no importaba porque, como decía don Miguel, no es sólo lo que le pasa a uno, sino lo que les pasa a los otros; nunca es sólo lo que le pasa a uno, Sonia. (Bautista hizo un gesto con la mano derecha, como subrayando lo último que había dicho). Esto lo comprendí mucho después, porque, como ve, en esos años no podía pensar en mi madre; ella era alguien que estaba ahí y que estaría ahí para siempre.

La voz grave de Bautista se apagó, como si hubiera ido demasiado lejos. En el silencio de la tarde, una bandada de gorriones busca el follaje de un plátano con un revuelo seco de aleteos. El sol inicia su declive y alarga los rombos de sombra en el mosaico de la galería. Sonia ha quedado pendiente de la primera parte del relato; su voz, aunque baja, suena con algún apremio cuando se decide a hablar después del silencio, como si deseara desprenderse de las imágenes que nombra.

—Yo tuve alguien, una vez, que fue como de mi familia. Fue en 1929, cuando cumplí quince años y me hice mi primer vestido, como decíamos, de señorita. Ya me había cortado las trenzas; mi pelo siempre fue un poco rebelde, y Ramona, que era habilidosa con las tijeras, me dio una forma de melena corta. Me acuerdo muy bien: ése fue el año que trajeron a la Nené. Cuando alguna nueva llegaba, la presentaban de golpe, sin aviso, a la hora del desayuno. Una de las monjas la acompañaba y le indicaba su lugar en la mesa. Nunca venía nadie al Hogar a traer a una huérfana durante el día, como si las monjas las encontraran de noche, dejadas ahí por alguien sin cara ni nombre, en el umbral, después de sonar una y otra vez la campanilla, para salir huyendo a esconderse en la oscuridad. Llegadas del aire, como por arte de magia, las descubrían cuando se abría la puerta. Así me lo imaginaba yo, y algo parecido debió pasar conmigo aunque nunca me lo dijeron, hasta que yo se lo pregunté a la hermana Clara. Mi primer recuerdo es estar sentada en una silla alta mientras una monja me enseña a sostener la cuchara.

Dijeron que la Nené tenía siete años, pero parecía menos porque era muy delgadita. Vino con unos zapatos grandes para ella, se le salían cuando caminaba, le comían los zoquetes. Cuando le preguntaban cómo se llamaba, ella decía:

—La Nené.

Lloraba de noche contra la almohada. Tenía miedo. Yo sabía que tarde o temprano se iba a acostumbrar, pero una noche no aguanté más, me levanté y fui hasta su cama. Le agarré la mano. Un rato después se había dormido. Desde esa noche me siguió a todas partes. Estaba cambiando los dientes, le dije que los pusiera debajo de la almohada, que un ángel le iba a dejar algo. Yo se los cambiaba por caramelos. Eso lo había hecho conmigo la hermana Clara. La Nené se empezó a reír. Cuando llegó no se reía nunca. Era de lo más habilidosa. Le enseñé a bordar. Pedí permiso y le compré un par de zapatos. Dios mío, cuando los vio no entendía que fueran para ella; después de un rato me abrazó por la cintura. No imaginé que pudiera tener tanta fuerza; era algo como yo nunca había visto, ese sentimiento en un cuerpo tan frágil. Sentí que me ahogaba y corrí a encerrarme en el baño. En el espejo me vi la cara desfigurada, yo, que nunca lloraba. Empecé a pensar que tal vez un día, con mi mayoría de edad, podríamos salir como si fuéramos hermanas y tener una casa. Una casa propia, con cosas nuestras, mías y de ella, yo cuidaría de la Nené hasta que se hiciera grande. Le mostraba mi cuadro de la casa de la que salía humo por la chimenea y me hacía ilusiones. A la siesta, en el verano, nos sentábamos en las baldosas frescas del corredor y hablábamos de la casa. Mejor dicho, ella me preguntaba cómo iba a ser la casa y dónde iba a estar. Y yo (Sonia se llevó la mano a la boca. Después de un momento continuó)... por primera vez inventé algo, le decía cómo era cada una de las partes, la cocina, los dormitorios, el jardín, y cómo íbamos a vivir. Pero las cosas no son como uno quiere. Cuando la Nené cumplió diez años una familia que se mudaba del pueblo y que había venido a verla varias veces se la llevó. Una mañana no estaba más. Corrí por los pasillos. La busqué. Grité. ¿Por qué no me lo dijeron?

¿Acaso no se podía hacer nada? ¿No se daban cuenta de que no se iba a acostumbrar? Gritaba sin poder parar. Las monjas querían contenerme, hacerme callar; cuando pudieron, me agarraron entre dos y me llevaron al baño. Me echaron agua fría en la cara.

—Va a estar mejor que acá —me decían.

Desde el piso grité que no, que era mi hermana más chica, que la dejaran conmigo, que yo la iba a cuidar. Que un día íbamos a salir. En ninguna parte había aire suficiente para mis pulmones; nada en el mundo me podía consolar.

—No era tu hermana —me dijo una monja—. Ya deberías saber que las que pasan por acá a veces se van. Va a estar bien, la adoptaron.

Quería saber a dónde había ido, con quién estaba, en qué lugar la podía encontrar. Hablaba y lloraba al mismo tiempo y cada palabra me sacudía el cuerpo entero. Mis compañeras espiaban desde la puerta entornada del baño; las monjas se agarraban la cabeza, se tapaban la boca.

—¡Quiero saber! —les volvía a gritar—. ¡Díganme dónde fue! ¡Dónde la llevaron!

—Para qué —dijo la monja, tal vez temía que yo me escapara—. Ella ahora tiene una familia. Te vas a acostumbrar.

Estuve en cama una semana. No podía levantarme. Me obligaron a sentarme, a vestirme, a comer. Las piernas me pesaban y los párpados se me cerraban solos en los bancos del comedor. Igual no comía nada, solamente quería dormir. Un día me levanté distinta. Había adelgazado y me rodeaban los ojos unos bordes violetas. Los ojos estaban fijos. Me bañé, me peiné; supe que nunca, jamás, me iba a acostumbrar, entonces guardé a la Nené en el fondo de algún lugar dentro mío, tan en el fondo, que muy pocas veces la volví a encontrar. Ése fue un invierno muy largo.

(En el posabrazos del sillón, la mano de Bautista se ha crispado alrededor de la pipa).

Para no caer en la desesperación, me puse a bordar un lienzo. En el centro tenía un ramo grande de flores rojas circundado por un halo de espinas. En la línea de abajo había pájaros vueltos hacia arriba, con las patitas encogidas y el pico entreabierto, como había visto una vez en invierno, un gorrión muerto bajo los árboles. Bordé un cielo con el sol y la luna juntos donde los rayos oro y plata se entrelazaban. Los colores eran rabiosos, los pájaros verdes, colorados, azules. De las rosas caían gotas de sangre como las del Sagrado Corazón, pero lo que había hecho no tenía nada que ver con la religión. Las monjas me miraron; me dijeron que era hermoso pero que no servía para la capilla. Lo compró una de las Damas de la Comisión, la misma que unos días después me preguntó si yo quería bordar para una casa de Buenos Aires. A mí me daba todo igual y dije que sí.

Unos meses después pasó algo, no tiene mucha importancia pero para mí fue como si el destino quisiera ayudarme o de algún modo compensarme por lo de la Nené. Fue cuando vinieron los Benefactores de la Orden y supe lo de mi apellido.

La escena había quedado fija en su memoria, como si pudiera verla desde afuera.

... porque cuando no hubo más bronce que pulir ni zapato que lustrar, llegó el día en que los Benefactores de la Orden, trasladados desde Buenos Aires, llegaron de visita al Hogar. El grupo, severo y circunspecto, pasó a tomar café en el despacho de la hermana directora. Inmóviles para no estropear el planchado de los guardapolvos, las huérfanas formaron fila en el salón y esperaron. Una hora más tarde, los señores entraron a verlas. Uno de ellos, el señor García, presidente de los Benefactores, extraordinariamente bajo sin ser enano, de bigotes engominados sobre labios rojos, ojos húmedos y afligidos, caminó a lo largo de la fila; cuando llegó a la altura de Sonia, se detuvo, la miró y se acercó más. Lo suficientemente cerca como para que ella percibiera el aroma a agua de Colonia. A Sonia la desconcertó saber que los hombres se perfumaban. El señor García la observó, levantó una mano y comenzó a pasarle el dedo índice por la cara, delineándola de un lado a otro. Lo que vio el benefactor fue una chica delgada, de tez pálida, melena castaña tumultuosa sobre la cara, ojos grises, muy claros, de forma tártara.

—Linda muchacha. ¿De dónde es?

El hombre la miraba fijo. Sonia se sintió molesta, pero no supo qué hacer. Bajó los ojos y, sin que ella misma lo notara, su nariz realizó un leve aleteo de nerviosismo.

—De una chacra de los alrededores, señor García. —contestó la monja celadora.

—¿Edad? —el hombre le hablaba a la hermana celadora pero miraba los ojos de Sonia que, sin saber cómo controlar el malestar, empezó a enrojecer.

—Dieciséis —señor García.

—¿Nombre?

—Reus, Sonia Reus —replicó la hermana, incómoda por tanta curiosidad dedicada a una de las huérfanas. El lema era: *más bajas que la hierba, todas*.

—Catalán —dijo inesperadamente el hombre. Como si frente a ella un mago sacara de golpe una paloma de la galera, Sonia en el acto prestó atención—, apellido catalán. Tus padres deben haber sido catalanes, criatura, o tus abuelos. —Le había dejado la mano pesada sobre el hombro y se daba vuelta para mirar a la monja. Con un amago de sonrisa agregó—: Los catalanes suelen tener estos ojos, tan claros. Algunos originarios del Cáucaso, georgianos, también... —el hombre suspiró ante la cara bovina de la hermana como el entendido que acaba de malgastar un dato inestimable en alguien obtuso. Volvió a pasar el dedo por la mejilla de Sonia. Fue visible que le costaba apartarse de ella y seguir el ritual de la inspección. Se hizo un silencio que nadie osó interrumpir. Al fin, la solemne comitiva de hombres de negro, con las manos tomadas detrás de la espalda, dejó por ya vista la formación de las huérfanas y continuó la visita a las instalaciones del Hogar. Al día siguiente, habían partido de regreso a Buenos Aires.

—Entonces tuve, además de la cadena de mi madre y de mis cosas de bordar, algo más que me pertenecía: el origen de mi apellido.

La sombra de la tarde ha caído sobre la calle. La silueta de Sonia se inclina sobre la mesa ovalada. Ha servido un vaso de vino tinto a Bautista y otro de limonada para ella; busca con la mirada al gato que ya no está entre las macetas y lo encuentra echado en el pasto del jardín, luego se acomoda otra vez en el sillón y cruza las piernas. Los rombos de sombra han trepado por la pared creando un curioso friso a punto de desaparecer, quebrado sobre el ángulo del techo.

—De a poco fui encontrando otra vez el gusto por bordar y charlar con mis compañeras. A los dieciocho años me sentía muy bien, salía y entraba sola del Hogar las veces que quería. No cuidaba chicos. Desde lo de la Nené las monjas me lo prohibieron; tenían miedo de que me encariñara otra vez. Iba al centro sola a entregar bordados, a comprar hilos, a dar una vuelta, sólo tenía que avisar. Un día, a la siesta, me demoraba en la plaza esperando que abrieran los negocios cuando vi una gitana. Estaba sentada en un banco, con las polleras encimadas que le caían hasta los pies y cantidad de collares y pulseras. Los aros eran los más extraordinarios que yo había visto en mi vida y le llegaban hasta los hombros. Se echaba aire con un abanico. Cuando estuve cerca me miró. Las monjas nos habían advertido sobre los gitanos —a veces, de chicas, nos habían aterrorizado con eso de que los gitanos robaban chicos—, pero yo no sentí ningún temor. Al contrario, me hubiera gustado sentarme con ella en el banco, tocar la tela de sus polleras. Los colores chillones de la ropa me fascinaban. Era una mujer gruesa, de unos cuarenta años, y no era fea. Me hacía señas de que me acercara. Yo me quedé parada, sin saber qué hacer; entonces fue ella la que se levantó del banco y se acercó. Hacía calor y no había nadie en la plaza.

—Te digo la buenaventura, bonita.

Sin darme cuenta, yo me había llevado la mano al pecho. La gitana sonreía.

—Dame la mano. No te va a costar nada. No tienes que darme nada, lo hago por gusto. Quiero mostrarte el futuro.

Me quedé como un animal encandilado. Me dejó sin aliento que me hablara del futuro. Yo no tenía futuro. En el presente y en el pasado yo veía la puerta del Hogar, pero en el futuro no veía nada. En el momento supe que era lo único que me interesaba en la vida. La gitana me inspiraba cada vez más confianza, como si la conociera desde siempre. Miraba mi palma entre sus manos, toscas y llenas de anillos. Frunció el ceño y quedé en suspenso. Desarrugó la cara y sonrió otra vez.

—Eres muy habilidosa, muy calladita, pero por debajo hay un volcán. Aquí está, aquí está lo que buscamos —su dedo seguía una de las líneas—. ¿Has conocido el mar? ¿No? Aquí está que conocerás el mar muy pronto y el mar trae un muchacho hermoso como un príncipe. Sí, aquí están. Muy pronto, el muchacho y el mar. Para tu perdición o para tu salvación, pero aquí están. Lo demás vendrá por añadidura.

Me soltó la mano.

—Adiós, rica —dijo y volvió, contoneándose despacio, al banco. En los días que siguieron no pude pensar en otra cosa que en la gitana. Quedé esperando alguna señal de lo que me había dicho. Pero, ¿cómo iba yo a conocer el mar? No hubo ninguna

señal.

Pasó octubre, pasó noviembre, llegó Navidad y pasó el Año Nuevo. Me sentaba a las siestas sobre las baldosas frías de la galería, como lo habíamos hecho con la Nené. A veces con Ramona, pero yo no tenía ganas de hablar. Ni siquiera tenía ganas de bordar. Para Reyes, la Comisión de Damas vino a traer juguetes para las más chicas. La secretaria de la Comisión, Marta Rossi, se encerró con la monja. Después me mandaron llamar.

—La señora Marta sale de vacaciones —dijo la hermana—, se va por un mes y medio a Mar del Plata y quiere una muchacha de total confianza para que los acompañe y se haga cargo de los chicos. Como te conoce bien pensó que sos la más indicada.

La hermana Clara me miraba con una gran sonrisa.

Debí poner una cara muy rara porque Marta dijo:

—También para vos van a ser unas vacaciones, Sonia.

—Nunca fui al mar —dije sin darme cuenta de lo que decía.

La monja y la señora Marta se rieron. Dijeron que había puesto una cara muy rara, y que justamente eso era lo bueno, que iba a conocer el mar, algo que me gustaría mucho.

Sonia se detiene, hace una pausa, pero no escucha el compás de los grillos que se han puesto a cantar; está ensimismada en lo que cuenta, en la urgencia de encontrar las palabras. Al contrario de Bautista, ella no medita, no piensa. Quiere que todo el relato salga rápido, afuera, que la abandonen las palabras que ha llevado tanto tiempo guardadas, sin compartir con nadie. Deja el vaso sobre la mesa y toma aliento.

—Los días volaron. Cuando quise acordarme estábamos en la estación, al lado del tren. Abracé fuerte a la hermana Clara, que había venido a despedirnos, y enseguida me dio vergüenza. Nunca había hecho una cosa así, o tal vez lo había hecho de chica, no sé. Estaba nerviosa. Cuando el tren se movió me quedé pasmada. Ahí estaba mi valija entre las demás valijas, mi asiento entre los demás asientos y el campo que corría como loco hacía atrás. Iba a conocer el mar. Marta me había pedido que los llamara Marta y Oscar; a ella no me costaba, pero al marido me salía decirle «contador». Cada vez que la miraba, ella sonreía como alentándome o como queriendo decir algo, no sé qué. Yo tenía ojos solamente para mirar afuera, me comía el campo con los ojos y tenía que obligarme a vigilar a los chicos, a recordar para qué estaba en ese tren. Cayó la tarde, pasamos por pueblos y por estaciones con gente que se despedía, en medio de paquetes y valijas, como si fueran a una fiesta. En una estación, una chica de unos diez años se acercó a las ventanillas ofreciendo pasteles en una canasta. Tuve ganas de comprar y convidarlos pero no supe cómo lo iban a tomar, podían pensar que era un capricho. Antes de que pudiera decidir nada el tren se movía otra vez y la chica quedaba atrás, en el andén, y después se perdían la estación y el pueblo. Encendieron las luces del vagón y fue como estar en una casa abrigada. Los chicos se habían dormido, Marta y el contador cabeceaban contra el

asiento. Yo seguí mirando el campo con la cara pegada al vidrio. Hubiera querido que toda mi vida fuera ese viaje, nada más que ese asiento junto a la ventanilla. No sabía lo que me iba a pasar, no tenía idea de que ese viaje iba a cambiar todo para mí, mi vida entera.

De Buenos Aires conocí solamente las estaciones de trenes; llegamos a una, en Plaza de Miserere, nos bajamos, y debimos tomar un coche de alquiler para ir a la otra. El viaje por la ciudad fue largo, pero no vi nada porque iba entre los chicos y el equipaje. Cuando entramos a la otra estación, la estación Constitución, no me alcanzaban los ojos para mirar, nunca había visto nada tan grande, la inmensidad de ese edificio me impresionó, me asustó la idea de que podía perderme y no me moví del banco, donde el contador y un changarín habían acomodado las valijas. Esperamos una hora sentados y subimos a otro tren.

Oscar, el marido de Marta, era serio y hosco, con el pelo tirante para atrás y anteojos redondos, de contador. Como también era seco con sus hijos eso quería decir que no tenía nada contra mí, que ésa era su forma natural de ser, y me pareció mucho mejor que apenas se diera cuenta de mi existencia. La casa en Mar del Plata era grande y cómoda, aunque Marta dijo que no era lo que esperaba y encontró que el baño no tenía bien la ducha y que en el dormitorio de los chicos había poca ventilación; con una risita terminó diciendo que se iba a callar la boca porque se las había prestado un cliente de Oscar, de Buenos Aires, que tenía negocios en San Alfonso y que a caballo regalado... Yo tenía mi propio cuarto aparte y esto me produjo un alivio tan grande que debió notarse en mi cara porque Marta, que se había quedado en la puerta en vez de irse a deshacer las valijas, entró y me tomó de la mano y me hizo sentar en la cama al lado de ella y empezó a hablar. Dijo que quería ser mi amiga, que no había tanta diferencia de edad, que podía confiar en ella aunque sabía que yo era muy reservada, que estaba decidida a que me sintiera bien y que cualquier cosa que no me gustara debía decírselo, que yo tendría pocas obligaciones y que mañana mismo saldría a comprarme un traje de baño, que ya le había dicho la hermana Clara que yo no tenía, pero que no me preocupara por nada. Como pude retiré la mano; me producía incomodidad estar mirándola hablar mientras me sostenía apretada la mano y mi mano iba sintiendo el calor de la suya ahí, sobre la cama, hasta que al fin la liberé. Cuando salió sentí que debía decirle algo; Marta tenía buena intención, era yo la que debía acostumbrarme a vivir con gente que apenas conocía. Lo que quería decirle era que no iba a ponerme una malla. Sin embargo, no supe decirle nada. Saqué las cosas de mi valija y las fui colgando en el ropero. Los vestidos me parecieron feos y las voces que escuchaba en la casa, desconocidas. De golpe, hubiera dado cualquier cosa por estar otra vez en mi cama de hierro junto a las camas de mis compañeras. No lograba componerme y a la hora de la primera cena en esa casa de vacaciones todo me chocaba, hasta los chistes que Marta hacía y en los que quería hacer participar al marido, como si quisiera romper la cáscara antipática de su carácter para que yo me sintiera mejor. Por suerte, con el café el marido abrió el

diario y se puso a leer, lo que me dio un gran alivio porque ella lo dejó en paz. Justamente lo que yo no quería era familiaridad, eso me intimidaba; los gestos entre ellos, la cabeza de la nena sobre la falda de Marta, la cercanía de su dormitorio con la cama grande, todo me incomodaba.

—Oscar es un hombre un poco serio pero muy bueno. Ya vas a ver.

Terminábamos de secar los platos. Le dije que para mí estaba muy bien como era. Me vencía el sueño por el viaje y por el nerviosismo acumulado en ese día que me pareció interminable.

Al día siguiente Marta me hizo probar un traje de baño.

—Te queda muy bien. Tenés una figura delgada, unas piernas regias.

Hizo una broma hablándole en voz alta al marido, que estaba en el comedor conectando la radio. Por suerte no nos prestó atención. Pensé que me tenía que acostumbrar ya que iba a pasar un mes y medio con ellos y me tragué la vergüenza. Sin embargo, hasta que dejaron de mirarme, me pareció un suplicio estar medio desnuda frente a gente a la que no conocía.

El mar fue algo... asombroso. Marta me preguntaba sin cesar qué me parecía y yo no encontraba palabras para decirle. Quedé aturdida y la primera noche no pude dormir. Al amanecer me desperté acongojada, me temblaban las manos, tanto que si hubiera llevado algún bordado no habría podido sostener la aguja. El ruido del mar se me había metido dentro de la cabeza y pensar en esa inmensidad me produjo terror. Al día siguiente me animé a que el agua me llegara a las rodillas. En una semana me había acostumbrado pero, sin saber por qué, a la noche me despertaba con esa extraña congoja en el pecho. El mar me daba congoja, como unas ganas extrañas de irme lejos, de estar en otra parte, pero ¿dónde? Por la mañana era como si nada hubiera pasado. Un mes y medio me empezó a parecer un tiempo muy largo. No me iba a acostumbrar.

De la serie «Casas de San Alfonso», 1925-1935

La serie de quince fotografías muestra el frente y los interiores de distintas casas, residencia de las familias destacadas de San Alfonso. Comparten rasgos generales de estilo y mobiliario. Casas de largos zaguanes, con cuartos alzados y varios patios con árboles europeos y enormes magnolias que perfumaban con ahínco las tardes de las galerías. Se ven dormitorios con roperos de lunas biseladas, cocinas amplias como salones y patios colmados de helechos. Las ventanas de visillos bordados se cierran por la noche con postigos de madera. Comedores para veinte o más comensales, relojes de péndulo, cepillos de mango de plata. Tarjeteros donde se anunciaban las visitas. A la noche, se trancaban las puertas y se encendían las velas de las palmatorias. Casas pioneras, hondas y hospitalarias, de familias numerosas, con la entrada empedrada para carruajes, de gran portón, por donde salían las señoritas de la casa rumbo al baile anual. Más tarde, cuando esa entrada fue cruzada por el Buick, el Packard o el Nash, la americana y el *break* quedaron arrumbados en un rincón de la

cochera. Sin embargo, ni las casas hospitalarias ni el Buick ni el Packard ni los cuartos ni los espejos ni la fresca oscuridad ni el baile anual ni los edificios rojos de Ulrico alcanzaban a dar la medida de un pueblo. O era una medida muy precaria, porque San Alfonso, al atardecer, volvía a ser campo. Como si luchara de manera desigual contra la fuerza centrípeta de la tierra que, al anochecer, imponía cíclicamente su dominio sobre todo lo que se alzara sobre ella. Los trémulos faroles a kerosén de las esquinas desafiaban la noche durante un momento y luego languidecían y morían tragados por la oscuridad. El pueblo sucumbía. Con la inauguración de la usina, en 1912, la llegada de la luz eléctrica abolió ese sentimiento tácito de derrumbe nocturno, y fue motivo de celebración sin precedentes. La luz eléctrica marcó un antes y un después en la historia de San Alfonso y le dio una definitiva e irreversible conciencia de civilización. Podía caer la noche pero los puntos de luz lo clavaban a la existencia, trazaban un signo en la tierra negra, desafiaban al campo, decían que allí habitaban hombres y mujeres, no meras bestias cuyas vidas eran sepultadas cada noche, barridas de la existencia por la oscuridad universal. Aquella red trémula de minúsculos puntos luminosos fue lo que lo separó para siempre del miedo a desaparecer.

«Casa de la familia Zuloaga», 1933

En la fotografía «Casa de la familia Zuloaga» se ven cuatro mujeres jóvenes —tal vez de los veinte a los treinta y cinco años—, sentadas en una glorieta en el patio interior de una casa. En los rasgos se advierte el aire de familia —ojos chicos, frente alta, boca fina—, suavizado en la que sin duda es la más joven, la única que sonrío a la cámara. Están sentadas en un juego de sillones de varillas de madera, entre grandes macetas de helechos; sobre la mesita alta se alcanzan a ver la pava, la azucarera y el mate de plata.

—Doña Elisa tuvo que hacerle unas alforzas debajo del busto para que no se notara. Ayer Sarita me mostró el vestido, cuando doña Elisa dormía la siesta.

—Otra que alforzas, tablas tendrían que ser.

—Qué barbaridad... Para mí ponele más azúcar.

—Nunca estás conforme cómo cebo.

—Dicen que a él se le presentó el padre exigiendo el casamiento. Un viajante, nada menos. Parece que tenía la valija preparada. Hablaron solamente los hombres, ella y la madre se quedaron en el auto. ¡Lo que habrá sido eso! Pero después la gente se olvida y Santas Pascuas.

—Tales palabras...

—Amanda me dijo que sacó el vals completo. Lo va a tocar el sábado en la tertulia. No sé cómo hace, con la asmática al lado. Le tiene que poner sordina. La vez pasada tuvo que atar el pedal. Qué cruz lleva.

—¿Te contó Amanda lo de la Biblioteca? Me dijo que el otro día fue a sacar un libro para don Bartolo y vio a un hombre que no conocía, bastante interesante, un

morocho alto, tipo italiano pero bien, no tosco... y ¿quién era? Juanita le dijo: el anarquista.

—¡Si está preso!

—Parece que el director lo deja salir. Dice Amanda que dice Juanita que es de lo más correcto, pero que un día se levantó de la mesa y se le acercó, y que ella no sabía qué iba a hacer y se puso nerviosa porque estaban solos en la Biblioteca y que le pidió permiso para fumar la pipa en el patio.

—¡Y encima fuma! ¿A dónde vamos a ir a parar con el ácrata en la Biblioteca? Y vos no digas que es interesante, mirá si te oye papá...

—Dicen que los ácratas son capaces de cualquier cosa, que si no venía Urriburu, al país no lo salvaba nadie, que estaba infestado de anarquistas.

—Dice papá que el general Justo va a enderezar el país.

—Con tal que no se despierte el Peludo... En Martín García hasta había ratas en la celda donde lo pusieron, salió en *La Nación*. Qué querés, a mí no me parece bien, al fin y al cabo Yrigoyen fue un presidente de la república.

—Dejá la política que es aburridora. Me mostró Sarita el vestido: alforzas desde abajo del pecho hasta la altura de la cintura, ahí se abren y quedan amplios, para disimular. Eso sí, en estado pero de blanco. El cura, ni mu.

—¡De blanco! Si fuera una de las huérfanas, que no tienen quién las aconseje o si fuera una del barrio de las morochas, pero una chica de buena familia.

—Dice doña Elisa que tomó el vestido porque le daba lástima la madre... porque ella, como una mula. No dice palabra.

—Por qué no se casará de negro y por el costado de la iglesia, digo yo.

—La casa Muriel trajo los figurines de temporada. Dice Amanda que hay unos trajes y unos sombreros regios. Parece que salen muchas mujeres fumando.

—Cosas de París y de Londres.

—Si papá nos viera con un cigarrillo en la mano... Ni los varones han podido.

—¿Y qué? Acaso la abuela Francisca no fumaba toscano, bien que se fumaba un charuto, como decía don Tiburcio. Pobre don Tiburcio, qué hombre tan bueno y cómo sabía de plantas... Se fumaba un charuto ahí, en la silla petiza, con el pañuelo en la cabeza y nadie decía ni mu.

—No digas charuto que queda feo, que lo dijera don Tiburcio vaya y pase, pero vos es otra cosa. ¿Cuándo la viste vos fumar, a ver?, si ni te debés acordar de ella.

—Decía el tío Pepe que era medio india la abuela Francisca, que lo había cazado al abuelo cuando llegó de España.

—Pavadas. No se te ocurra repetirlo... ésta es capaz de decir cualquier cosa delante de la gente.

—Pero si el tío Pepe decía...

—Tiene razón Adela. No repitas esas cosas. Desde que quedó viudo, el tío Pepe no anduvo bien de la cabeza, dormía sobre el mostrador abrazado a la escopeta... siempre tuvo algo con los indios. Acá ya no hay indios, a Dios gracias, y se acabó.

—Yo tendría ocho años. Cigarro de chala, dijo, ahora que me acuerdo.

—Si tenías ocho, hace doce. Justo un poco antes de que se muriera, cuando andaba peor que nunca.

—Acordate que una vez dijo que había visto al Hombre sin Cabeza.

—¡Cómo!, ¿cuándo?

—Una noche que bajó del tren, por el lado de los silos. A mí me hizo impresión. Así que no repitas.

—Sí, porque ésta es capaz de... che, este mate está frío.

—Seríamos medio indias... qué asco.

—¡Querés terminar con eso! Dice Sarita que las sábanas y camisones se los encargaron de apuro a Sonia, que hubo un revuelo en el Asilo. Las hermanas no se los querían dejar tomar, que una que se casa en estado es mal ejemplo para las huérfanas, pero después la dejaron, por la madre. Pero agarrate: Sonia borda a todo vapor porque la de Rossi se la lleva a Mar del Plata.

—Mirá vos, y yo en ayunas. Al final, la huérfana está mejor que nosotras, con esta canícula terrible...

—Yo creo que la de Rossi exagera, que la lleva para darse corte de que tiene personal. ¡Y a Mar del Plata, nada menos!

—Dicen que el contador está haciendo mucha plata. Yo no sé...

—La vez pasada la encontré a Sonia comprando hilos en lo de Yapur. Se nota la educación que les dan las monjas y qué lindos ojos tiene. Le pregunté si me tomaría la blusa blanca, y me dijo que sí, que en cuanto terminara con un trabajo urgente. Resulta que el trabajo urgente era éste, pero ella no me dijo nada. Ni una palabra. Menos que menos lo de Mar del Plata.

—Es algo que no sé si está bien...

—La cuestión es que borda día y noche. Parece que eligieron todo el ajuar entre la madre y Sonia.

—Casi le encargan el ajuar del chico.

—Ay, ésta me da risa... qué salvaje, qué cosas se te ocurren.

Sonia ha llegado a un punto difícil de abordar. Su voz adquiere una sonoridad metálica, como si quisiera ocultarse detrás de un tono impersonal. Es la parte central de su historia, la que se resiste a ser formulada y le causa inquietud. Bautista lo percibe: ahí está el gesto que lo prueba, el mínimo palpar de las aletas de la nariz, que ella ignora y que él quiere confiarle cuánto le ha gustado siempre; pero se contiene. Sonia está ahora sumergida por completo en su propia historia. Trata, entonces, Bautista, de que el relato de ella entre en un cauce más grande, más amplio, que se vuelva, en lo posible, más inofensivo.

—El amor puede asumir muchas formas. Es lo que creo —dice Bautista; deliberadamente le da un tono explicativo, casi impersonal a lo que dice—. El que ha sentido hondo una forma de amor, puede sentir las otras. Y no hablo solamente del amor entre un hombre y una mujer. Digo amores más anchos, como cuando uno llega

a comprender ciertas cosas comunes a todos los hombres, o amores más chicos, menos... por ejemplo, yo amo los árboles, soy carpintero y amo los árboles. Se va a reír, pero conozco todos los árboles de San Alfonso. Lo que hago tiene que estar bien hecho, hasta ser... digamos, de alguna forma, hermoso; como los árboles. Mire aquel fresno, qué copa imponente.

Anochece y los árboles son ya siluetas oscuras, pero Sonia entiende la intención y responde:

—Nunca supe los nombres de las plantas.

—Yo se los voy a ensañar —Bautista le toma la mano—. Hay muchas formas de amor, Sonia; yo creo que no hay que negarse a ninguna.

—Para mí tuvo una sola forma.

Se abrió un silencio en la galería. Dilatando el momento de seguir o tal vez para mitigar lo que acaba de decir, Sonia pregunta:

—¿Cómo fue su amor por Antonella?

Bautista piensa, después dice:

—Fue un amor hecho de amor y de aflicción.

Sonia busca en la voz de Bautista un tono distante, pero no encuentra nada que la inquiete.

—Quise decir que durante mucho tiempo el amor tuvo para mí una sola forma. No supe de otra cosa.

—Entiendo —dice Bautista—. Entendí lo que quiso decir.

Sonia siente que todavía falta algo:

—Aunque la noche que volvía en el tren a San Alfonso, sola en el vagón, sentí algo así, como lo que usted dice, algo distinto...

Se interrumpe y en un impulso dice:

—Quiero que me cuente de Antonella.

Antonella, frágil y arisca, corría a esconderse de todos. Con dieciséis años nadie sabía qué hacer con ella. Tantos hermanos, tanta pobreza, no parecían despertar piedad. Las mujeres del barrio, pobres inmigrantes todas, endurecidas por una vida de privaciones y celosas de alguien tan joven, opinaban que no era decente cómo Antonella andaba con el pelo suelto hasta la mitad de la espalda. Parece un animalito salvaje, decían. Unas señoras del centro que venían al hospital público de Barracas opinaron que estaba para el loquero. Ser testigo de estas miserias le generaba a Bautista aquella furia, la misma de cuando dejaron a su padre en la calle. Para un hombre de la causa, el casamiento era una claudicación, algo que le impediría tomar decisiones y actuar, pero en ese momento no lo pensó así; su acto impulsivo, que creyó justo y hasta noble, pretendía salvar a Antonella. Después comprendió que había tenido mucho de desafío, de orgullo, de insulto para los jefes del hospital, para las damas burguesas de caridad que miraban. La miseria había puesto a los padres de Antonella ante la decisión de internarla en la parte cerrada del hospital. Sería una boca menos, sin contar con que ya había intentado hacerse daño una vez.

Antes de que la internaran, Pissano se casó con ella. Los padres no habían disimulado el alivio: se la habían regalado. Él sabía que con ayuda Antonella habría podido salir adelante, vivir sin temor. A lo único que debió tenerle miedo era a ella misma, decía ahora Bautista. No hubo tiempo de que lo aprendiera y él tampoco pudo ayudarla. La entrega de Antonella había sido inocente y total. Con ella Bautista había sentido que tocaba algo que estaba por encima de sus vidas, de Barracas, de la locura, de la pobreza, algo que los envolvía y los elevaba a los dos.

—Saqué tijeras, cuchillos, todo menos lo que no sabía: la sogá escondida.

Se recordaba abriendo la puerta de la pieza. Abrir la puerta, se estremecía ahora al dejar fluir el recuerdo, y chocar con el desorden, las ropas y los trastos de la cocina por el piso, y verla ahí, en un rincón, semidesnuda, la cabeza entre las rodillas encogidas. Después de un tiempo que Pissano nunca supo medir, los ojos de ella volvían a la calma, al estupor, mirándose los brazos amoratados como si volviera de un lugar desconocido, inaccesible para él. En las treguas, Bautista la observaba desde la cama recogerse el pelo, la destreza para fijar las horquillas, que le recordaba a su madre, la nuca tersa y blanca, las orejas de criatura, tan joven. Luego ella salía de la pieza. Él tensaba el oído para escucharla intercambiar un saludo, ir a buscar agua, algo al almacén, para sentir la ilusión de que esta vez quizá la vida fuera posible. Porque hubo, sí, decía Bautista en la noche de la galería, algo peor o al menos tan tremendo como el final: eran los ojos de ella mirándolo desde ese borde incomprensible. Él le sujetaba las manos y ella lo miraba despavorida, pendiendo en el vacío, con una tristeza que le marchitaba los ojos y los párpados y la volvía otro ser, exhausta y desconcertada, una mirada fija, como de flor quemada, arrastrada hacia ese remolino al que caía. Seguía allí pero caía, tragada por el vacío hasta desaparecer. En su lugar quedaba un ser desconocido que aullaba y se sentaba en el rincón más oscuro de la pieza, donde los ojos fulguraban sin encontrar paz ni nada donde posarse, como si el mundo abrasara, sin sosiego. Pobrecita, esta palabra era la única que acudía cuando Bautista recordaba las manos de Antonella cosiendo sus ropas en las treguas o acariciándole la cara con aquella inocencia radiante. Su piedad, entonces, no conocía límites.

—Pobrecita —dijo Bautista.

Ya es de noche. Una brisa suave levanta un perfume indiscernible a rocío, a tierra húmeda, a flores nocturnas.

—Dejemos a los muertos en paz —habla Bautista. Con una voz animada que quiere clausurar definitivamente lo que acaba de contar, dice:

—Recuerdo la mañana, una mañana hermosa, de sol, temprano, la vi caminando sola por la vereda de la «Tokio», cuando se estaba construyendo; me quedé como paralizado —Bautista se rió—. Nunca había visto una chica tan linda, con su sombrerito, tan seria. Después me di cuenta de que verla ese día y decidir quedarme en San Alfonso fue lo mismo.

—Yo también me acuerdo —dice Sonia y le aprieta suavemente la mano—. Y el

día de la lluvia, en la puerta del Banco... Con usted todo fue tan distinto para mí, tan nuevo. Al principio le tenía un poco de miedo.

—Como la noche de la pérgola, me daba cuenta de que no quería quedarse a solas conmigo... —dice Bautista y se ríe otra vez, aliviado de que ella pueda hablar, seguirlo sin encerrarse.

Como si hubiera dado un cauteloso rodeo, vuelve al principio:

—Entonces, ¿no cree que el amor puede alcanzar muchas formas?

Absorta en la pregunta, Sonia repite:

—Sí, pero para mí, por mucho tiempo, tuvo una sola forma.

Surgiendo de la mansa oscuridad les llega el sonido apagado de música de radio.

—Yo lo vi a él antes de que él me viera a mí. Vi un muchacho alto, de pelo oscuro peinado para atrás, sentado solo en una mesa. Parecía un poco triste y tal vez eso fue lo que me dio en el corazón. Era hermoso. Sonia bajó la cabeza como si hubiera dicho una imprudencia pero se obligó a seguir, quiero decir delgado, con un traje como de sastrería, que le quedaba tan bien al cuerpo, tan bien cortado. Hubiera querido acercarme y preguntarle qué le pasaba, si podía hacer algo por él, cualquier cosa, le hubiera acariciado la cabeza y la cara, ahí mismo, sin conocerlo y delante de todos. Eso sentí la primera vez que lo vi, antes de que él me mirara por primera vez. Y recordé lo que me había dicho la gitana.

Dos noches atrás, Marta y el contador jugaban a las cartas con una pareja que había venido a cenar. Me llamaron al comedor. Habían tomado coñac y estaban muy alegres. En el sillón estaba sentada una chica de mi edad.

—Sonia —dijo Marta—, el sábado vas a ir al baile con María Luisa. Son jóvenes, tienen que divertirse. Es un club sobre la costa, acá cerca.

—Mi sobrina... —dijo el contador levantando el índice al techo.

Como Marta lo interrumpió hablando de los vestidos, no supe si lo que él quería decir era que dejaba ir al baile a su sobrina con una chica del orfanato, o como advertencia de que yo iba para cuidarla, lo mismo que a los chicos de la casa, aunque éramos de la misma edad. No pude saberlo porque la conversación pasó a otros temas y empezaron a hablar todos juntos sobre bailes y cómo se habían conocido mientras María Luisa y yo nos miramos un poco cohibidas, sin saber qué decirnos.

Entonces pasó. Ahí estábamos, y yo lo vi antes de que él me viera a mí. Sentadas un poco rígidas con María Luisa, en una mesa de la tercera fila desde el borde de la pista. Lo descubrí de golpe, un poco al costado de nosotras, más adelante, en la primera fila. Era un lugar al aire libre, con pérgolas que comunicaban con jardines así que se podía mirar el cielo, pero no las estrellas, que no se veían, lo que se veía eran banderines, triángulos de todos colores que cruzaban de un lado al otro sobre la pista y las mesas, y que suspendidos de hilos invisibles hacían un cuadrículado. Yo sentía el oscuro aire del mar en la cara y el ruido de las conversaciones y, más bajo, el ondear de los banderines en el viento, las risas y los sonidos de la orquesta que estaba por empezar a tocar y ahí, en ese momento, sentí una felicidad desconocida, dolorosa.

Miraba todo y volvía a mirarlo a él en su mesa porque no podía hacer otra cosa. Quiero decir la gente y las luces parecían con más brillo como después que se corre un velo y era porque lo había visto a él. Supe que me estaba pasando algo para toda la vida. Entonces el destino, como había dicho la gitana, quiso que él se diera vuelta, como el que mira alrededor sin esperar encontrar nada especial, solamente como el que está en un baile y quiere ver la gente que lo rodea, dio vuelta la cara con el brazo cruzado sobre el respaldo de una silla vacía y me vio. Y primero fue asombro, y después, la segunda vez que giró la cabeza, intriga, porque yo no había apartado los ojos ni había dado vuelta la cara. No podía hacerlo.

En ese momento María Luisa dijo:

—Allá está mi hermano —y le hizo señas de que se acercara a nuestra mesa.

Entonces él se levantó y vino y me sostuvo la mano y se sentó al lado mío y pasó un brazo sobre el respaldo de mi silla. Y lo demás no lo recuerdo, quiero decir lo de alrededor; ni siquiera a María Luisa.

Es como si ahora contara un sueño. Aquel verano después que lo conocí, viví aturdida. Por primera vez tuve un secreto, algo mío que no quería compartir con nadie. En la casa, Marta se daba cuenta de que algo me pasaba, era imposible no darse cuenta. El espejo, que nunca me había dicho nada, ahora me mostraba una cara que se había puesto más afilada, los ojos más brillantes; lo que antes no me gustaba empezó a gustarme nada más que porque él decía que le gustaba. Si no le hubiera gustado mi pelo —pero le gustaba— me lo habría rapado porque no era yo la que me veía sino él. Me decía que le gustaban mis manos y a mí empezaron a gustarme mis manos. Andaba como sonámbula, me ocupaba de los chicos pero casi sin saber lo que hacía. Él me decía que no dijéramos nada a nadie, que ése era nuestro secreto. Y era cierto, fue el gran secreto de mi vida.

Sonia se quedó en silencio. En la semioscuridad Bautista escuchó su respiración.

Un día le dije, sin vergüenza ni miedo:

—Soy huérfana, no conocí a mis padres, viví siempre en un orfelinato.

Él se quedó mirándome como el que mira al fondo de los ojos y dijo:

—Entonces te quiero más.

Sentí que podía morirme en ese momento, no sé. Creía que nunca en la vida volvería a sentir algo así, algo que te quema el pecho.

Sonia se detuvo. Bautista estaba inmóvil.

—Uno de esos días —siguió Sonia— Marta habló conmigo. Me dijo que estaba alarmada, ésa fue la palabra que usó; que me veía desconocida, que cómo había cambiado en unas pocas semanas, que hasta su marido lo había notado y le había preguntado qué me pasaba. Las palabras me salieron solas y mentí por primera vez en mi vida. Le dije que era el mar, que todo era nuevo para mí, que era la primera vez que conocía a tanta gente. Me acarició el pelo; se tranquilizó. Me dijo que me entendía perfectamente. Esa tarde pedí permiso para salir a caminar; quería ver el centro, volví a mentir. A Marta no le gustó, pero no pudo decirme nada; era la

primera vez que le pedía algo y en cuatro meses yo cumpliría diecinueve años. Me encontré con él. Se hizo de noche. El lugar donde nos habíamos conocido estaba cerrado y vacío; las sillas apiladas sobre las mesas. Los banderines ondeaban furiosos con el viento del mar. Caminamos por la costa y más tarde fuimos a la playa. Faltaba una semana para volvernos.

Aquel otoño, de vuelta en el Hogar, me di cuenta de que no había Dios. Fue algo inesperado y, al mismo tiempo, como un presagio que me hubiera estado esperando. No había Dios, ni santos, ni infierno, ni cielo ni nada. Solamente había hombres y mujeres. Todo lo que vivía desperdigado por el mundo lo encontraba en mí y a la vez yo era parte de todo lo demás. Es difícil de explicar. Fue un alivio. Al no haber Dios se me fue un peso de encima. No se lo dije a nadie. Estaba llena de secretos. Ya era una mujer que vivía en el mundo terrenal, y el mundo terrenal parecía más ancho, con más aire, más claro. Al revés, el Asilo se achicó y se oscureció. Se transformó en lo que era, un edificio antiguo y feo, triste y húmedo. Salvo la galería, donde de chica me sentaba a la hora de la siesta, buscando el fresco de los mosaicos.

Hace mucho que dejó de oírse la música de radio y la noche deriva lentamente hacia la madrugada. Han permanecido en silencio largo rato. Sólo los grillos persisten en el largo verano de San Alfonso. Bautista ha alcanzado la mano de Sonia y entrelaza sus dedos con los suyos. Sonia deja que el cuerpo se le vaya; se abandona y descansa en el respaldo del sillón con la seguridad de su mano en la de él, con la serena complacencia de los anillos nuevos. La quietud nocturna gravita sobre el jardín. La luna sube despacio por detrás del galpón de la carpintería y su luz empieza a diferenciar arbustos y plantas, que un momento antes eran sombras indefinidas.

—Con luna llena, el enrejado también va a hacer sombra —dice Bautista—. Los rombos son como un reloj, van corriéndose con las horas; tenemos un reloj de sol y de luna.

Se ríe bajo de lo que acaba de decir y sigue:

—Habría que tener en cuenta las estaciones, la inclinación del sol, la posición de la casa...

Sonia ajusta su mano en la de él y lo interrumpe:

—Cuénteme de los años que estuvo solo, de la cárcel de Ulrico.

Dos

Con el correr de los meses, Pissano se volvió silencioso. Consiguió hundirse en la rutina e impedir que la impaciencia de las primeras semanas lo venciera. Su relación con el tiempo experimentó una curiosa metamorfosis: ya no lo medía en días y meses sino en una sucesión de fragmentos, a veces muy cortos, a los que debía, uno tras otro, dominar. La única actividad que le interesó, a partir de que se lo permitieron, fue contestar las esporádicas cartas de su hermana María. Tomó algo del dinero con el que había ingresado y le pidió a uno de los guardias que le comprara dos libretas grandes, un portaplumas, plumas, tinta, un lápiz, una regla. Dos días después, tenía el paquete en la celda. Esa noche, a la luz de la vela, apoyado en el cajón que le hacía de mesa, Pissano abrió la libreta nueva y miró largo rato el blanco de la página como si allí se desarrollara una escena. Un silencio pacífico invadía el edificio de Ulrico por las noches, sólo interrumpido por los pasos monótonos del guardia, que terminaban también apagándose, vencidos por el sopor general, cuando el gendarme caía dormido en la silla. Rodeado de ese silencio, entintó la pluma y escribió: *La libertad, la moral y la dignidad del hombre consisten en que hace el bien, no porque le es ordenado, sino porque lo concibe, lo quiere y lo persigue*. Escribía con cuidado y delectación cada palabra. Miró lo escrito, reconoció su letra; recuperó el placer que le proporcionaba trazar cada palabra y lo tomó como la reconversión serena de un fracaso. En la escritura su cabeza se ordenaba. Agregó *Anarquista es aquel que no quiere estar oprimido ni quiere ser opresor, aquel que quiere el máximo bienestar, la máxima libertad, el máximo desarrollo para todos los seres humanos*. La definición de Malatesta salió sola como una prolongación de su memoria en cuanto apoyó la pluma en el papel. ¿Para qué escribía? Para obligarme a pensar, para evitar que me aniquilen, habló consigo mismo Pissano a la luz vacilante de la vela; para educarme. Los casi cuatro años de celda solitaria le habían demostrado una verdad simple: durante mucho tiempo pensó que vivía para la causa (se vio gesticulante, violento, activo, se vio casándose con Antonella; cada acto sostenido por ese convencimiento); la verdad llana era la inversa: había usado la causa para vivir. Se quedó un momento en suspenso, escuchando el débil rumor del viento en el patio, como si ahí se expresara la formulación de esa verdad. Leyó lo escrito y siguió escribiendo: la primera frase partía de una petición de principios: en tanto el hombre contenía el bien era capaz de reconocerlo fuera de él. También contenía el mal, es cierto, pero buscaba el bien voluntariamente. Era un principio como cualquier otro; una vez puesto en primer término, había que tomar la decisión de creer en él. El razonamiento le pareció inocuo. ¿Y si se volvía imbécil? ¿Si se le embotaba el cerebro? Carecía de datos. Para él, la realidad había quedado petrificada en 1926. Tenía el deber de pensar hacia delante, al menos de especular, para no mimetizarse con los muros del edificio. De un tirón, escribió un análisis de lo pasado en el año 26, las contradicciones en las que habían caído; el enfrentamiento entre los que adoptaban la violencia como método y

los que confiaban en la agrupación, en la acción colectiva; las insuperables diferencias entre Arango y Acha. Una época terminaba y no era fácil pensar en tiempos mejores por venir. Sólo doce años atrás la gran ola del movimiento obrero había recorrido el mundo impulsada por la revolución de octubre. Las huelgas para responder a la opresión se organizaban sin dificultad, como la del 19 convocada por la FORA por lo de los talleres Vasena, y daban una medida de la fuerza del movimiento. Pero había sido allí mismo, escribía Pissano con urgencia viendo consumirse el cabo de la vela, en el momento de la plena demostración de fuerza, cuando se hicieron evidentes los signos de la ruptura, de las luchas internas que presagiaban divisiones imposibles de superar. Tarde en la madrugada, se echó hacia atrás en la litera. Como después de un acceso de fiebre, le pareció que veía las cosas con mayor claridad y, de algún modo, se sintió aliviado. El pabulo se extinguía en el último brillo de la cera: arrancó las hojas escritas, hizo una mecha y las quemó.

Como si un pensamiento amargo tuviera la facultad de arrastrar a otro, el recuerdo de Antonella subió a la superficie produciéndole un dolor como de brasa sobre la piel. No experimentó la rabia del principio. El recuerdo se había apaciguado. Una de las cosas que la monotonía de la cárcel había conseguido aplacar era ese odio irradiante. En el fondo de su conciencia, había logrado darlo vuelta, revertirlo, mediante un minucioso trabajo invisible. Ahora podía dejar entrar otra vez aquella amarga piedad. Bajo el macizo edificio de Ulrico, entre paredes de extraordinario grosor, Pissano, por fin, se veía en el pasado.

Noche tras noche, escribía y quemaba lo escrito. Una mañana a primera hora, antes de que los sacaran para el baño, Pardeiro en persona se presentó en su celda. Sin decir una palabra, dio vuelta de un lado y del otro las escasas pertenencias del preso y revisó, minuciosamente, los papeles y la libreta, página por página. Fue evidente su sorpresa al encontrar dibujos detallados de muebles y listas de cálculos, y hasta tuvo que elogiar una representación del desmantelado comedor de la cárcel al que le había agregado una estantería larga y bien dibujada. «Así que ebanista», comentó. Sólo eso, pero Pissano se dio cuenta de que había entrado en una transacción con el director.

Pasó a escribir las cartas y solicitudes de los presos analfabetos; algunas, de los mismos guardias. Como si lo probara, Pardeiro le encargó la contabilidad del almacén de la cárcel, lo que, en pocos meses, le permitió a la administración ahorrar, disimulando la sangría constante ejercida por el director. Cuatro meses después, lo ponía a cargo de la carpintería, un lugar abandonado en el edificio de Ulrico. Pissano limpió rincones y paredes; recuperó las mesas de trabajo, arrumbadas y llenas de polvo, reparó y ordenó las herramientas. Previendo la codicia del director, construyó primero bancos y mesas para el comedor y un sillón de escritorio. Trabajaba con la imagen de un monje en la cabeza; su temperamento se había enfriado. En parte lo atribuía a la escritura nocturna, que quemaba; en parte, al contacto con la madera. Sentado en el flamante sillón, Pardeiro le comunicó una tarde que en el Hospital

Municipal, recientemente inaugurado, necesitaban un archivo grande, con cajones. Sin ningún miramiento, comentó que se los iba a cobrar muy bien. Con un resto de escrúpulo que lo enaltecía ante sí mismo, agregó:

—La plata se destinará a refacciones en nuestro edificio.

Pissano dijo que necesitaría salir a tomar las medidas. No había problemas con eso; saldría con el chofer como custodia.

A fines de 1929 entró un preso nuevo; era un linyera detenido por vagancia y supuesto desacato a la autoridad. En el comedor, mesa por medio, el nuevo lo miró. Pissano le devolvió la mirada, serio. Era un hombre bajo, redondo, un poco calvo, de apariencia inofensiva. Ameno y locuaz, contaba cuentos de su vida de croto, y de Mendoza y del Chaco, donde tenía, decía, innumerables amigos. Repetía sin cesar su cuento favorito: la reciente hazaña de dos caballos criollos, Gato y Mancha, que habían vuelto con su dueño a Buenos Aires después de recorrer América. ¡Veinticinco mil kilómetros!, exclamaba, e inmediatamente pedía cigarrillos, como si esperara que su interlocutor, distraído con la cifra, se los ofreciera sin resistencia. Un día, en el patio, el nuevo esperó un momento en el que estuvieron relativamente apartados, entonces abordó a Pissano, esta vez sin ninguna broma. Era un «hombre de los caminos», los que se canjeaban por los más comprometidos, y reemplazaba a un compañero. Conocía a Don Miguel, dijo, sabía lo que había pasado con muchos en el 26. Ahora estaba todo convulsionado: un mes y medio atrás habían asesinado a tiros a López Arango en la puerta de su casa. Muchos señalaban a Di Giovanni; no se sabía a ciencia cierta. No puede ser, articuló Bautista, bajo la fulminación de la noticia. Por la mano agarrotada del otro sobre la suya propia, se dio cuenta de que lo había aferrado por el cuello de la casaca de preso y casi lo sostenía en el aire. Un guardia los estaba mirando. El bárbaro Di Giovanni; no se sabe si fue él o mandó a alguien, susurró el nuevo. Di Giovanni no *manda a alguien*, dijo Pissano, recuperando el sentido y soltándole la casaca. No se sabe con seguridad, repitió el otro. Sin tener tiempo para preguntar todo lo que le surgía, inconexo y apremiante, Bautista apenas se hizo cargo de lo que acababa de escuchar y ya debía atender a lo que seguía diciéndole el nuevo preso, urgido porque en un momento debían volver a las celdas: que los compañeros no lo olvidaban. Se gestaban tiempos oscuros. Lo iban a contactar en la biblioteca del pueblo, en la Biblioteca Alberdi. López Arango, se repetía Bautista, el lúcido director de *La Protesta*, un hombre de paz, de letras, de estudio, el hombre que quería esclarecer, pensaba, tratando de reaccionar, uno de los hombres bajo cuya ayuda intelectual se había formado, el que condenaba la táctica de atentados en el movimiento libertario. ¿Era posible que Di Giovanni estuviera tan loco? Ahora el que los miraba fijo era la Garza; hizo sonar el silbato. El compañero se alejó y volvió a los chistes y al pedido de cigarrillos, mientras formaban las filas para entrar. Pissano procesaba la irrupción brutal de la realidad de afuera. Le llevaría varias noches asimilar la noticia.

Pocos días más tarde, el compañero recobraba la libertad, sin que hubieran tenido

otra ocasión de hablar. Pissano no pudo impedir que los hechos que anotaba y analizaba en las hojas luego destruidas de su libreta, como un rompecabezas desbaratado y disperso, volvieran a cobrar forma. Y esta vez era una imagen de corte siniestro, un telón negro sobre el que se recortaba un futuro imposible.

Ya había salido varias veces al pueblo por encargos del director cuando en 1930, con el golpe militar de Uriburu, un despacho del gobierno, en carta confidencial a la dirección de la cárcel, recomendó una mayor vigilancia sobre el preso del que alguien, asombrosamente, se había acordado en Buenos Aires. Estaban revisando las causas de los anarcosindicalistas y buscando a los cabecillas en la Capital y en Montevideo. No era nuevo que los ácratas, ayudados por cómplices del exterior, intentaran la fuga, decía la comunicación. Respetuoso de las órdenes, Pardeiro puso un custodia en la puerta de la celda de Pissano, y lo separó de las cartas y de la carpintería. También se acabaron las visitas al pueblo en el Ford A. Pronto el director vio que era una precaución inútil y, sobre todo, una medida que le causaba pérdidas. Tres meses después, Pissano volvía a salir a la casa del intendente o del comisario a hacer reparaciones o a entregar muebles fabricados en la carpintería de la cárcel, en una cadena de favores, influencias y corrupción que Pardeiro tejía con los notables de San Alfonso. El director tenía una sola pasión que Pissano llegó a conocer muy bien: la avidez por el dinero.

En el invierno de 1931, sucedieron dos cosas. No por azar, sino meditadas cuidadosamente por el preso. Por escrito pidió a la dirección permiso para visitar la Biblioteca pública Alberdi y retirar libros. Se lo concedieron, se lo había ganado. Solicitó, además, al muchacho de la celda contigua a la suya, que había entrado hacía unos meses y a quien le decían el Boyero, como ayudante en la carpintería. Aunque Pardeiro opinó que no le iba a servir para nada, que era, como dijo, «un guacho renegado e inservible», se lo concedió.

Con la visera hasta las cejas, el nuevo chofer, un gendarme muy joven, lo miró acercarse con recelo. Pissano acomodó la caja de herramientas en la parte de atrás y se sentó en el asiento del acompañante. Clavó la vista en el portón de salida. Terminado su trabajo, tenía permiso para bajar en la Biblioteca, le dijo al chofer. El muchacho, que había estado lustrando el auto, guardó el trapo y fue a corroborar la autorización con la Garza. Volvió, puso el cambio y salieron. Una hora más tarde, después de cumplir con el encargo del director, el chofer estacionaba en la Biblioteca. Antes de que Pissano pudiera pedir un libro, el muchacho entró a buscarlo: el Ford A no arrancaba. Le pidió ayuda, pero no pudieron solucionarlo. Nervioso por su inexperiencia —solo y a cargo de un preso—, el chofer le ordenó que se mantuviera dentro del edificio hasta que él fuera a buscar un mecánico y arreglara el desperfecto. Pissano obedeció. Miraba los libros en los anaqueles, cuando un hombre delgado y sólido, de boina ajustada a la cabeza, abrió la puerta de la sala que daba al patio. Pissano lo miró acercarse: de bombachas grises, una faja alrededor de la cintura y alpargatas manchadas de cal, como las manos, le dio diez años más que él. Cuando lo

tuvo cerca vio que estaba prematuramente envejecido; el hombre causaba una impresión de autoridad, pero la mirada era benevolente y comprensiva, lo que a Pissano le hizo bajar las defensas. La bibliotecaria, una mujer bastante sorda, tomaba mate mirando el aire. En voz baja y firme, el hombre dijo que se llamaba Rafael, que pertenecía a la sociedad de resistencia de obreros panaderos, que hacía una changa de albañil por las tardes en la Biblioteca y que los compañeros le habían encomendado que lo contactara. Bautista no abrió la boca. El otro dijo que trabajaría en la Biblioteca por seis meses y que esperaba poder conversar con él, más adelante. Debajo de la faja, doblados en cuatro, traía dos ejemplares de *La Protesta*. Antes de que Pissano pudiera darse cuenta, se los había puesto en las manos y salía otra vez al patio. La bibliotecaria, medio dormida en el sopor del silencio, no se había enterado de nada. Pissano leyó los ejemplares de cabo a rabo: el más viejo traía la noticia del fusilamiento de Di Giovanni por el gobierno de Uriburu. Los dobló en cuatro otra vez, se asomó al patio donde el otro revolvía la mezcla de cemento en el suelo y con un gesto rápido se los devolvió sin una palabra. En la sala de lectura, se sentó con *Recuerdos de provincia* abierto sobre la mesa y así lo encontró el chofer, que entró a la Biblioteca alarmado por su propia tardanza. En la vuelta a la cárcel, el muchacho le daba explicaciones a Pissano por la demora en la reparación, como si el preso pudiera acusarlo frente al director. Bautista pensaba en el hombre que acababa de conocer.

Ése había sido el primero de una larga serie de encuentros que mantendría con Rafael, el único amigo con el que contaría en San Alfonso.

Si a alguien le hubiera interesado hacer una investigación, la ficha correspondiente a los libros retirados por el preso durante el año 1931 en la Biblioteca Popular Alberdi habría arrojado lo siguiente: *Recuerdos de provincia*, de Sarmiento, *El crimen de la guerra*, de Alberdi, *Cuentos populares*, de Tolstói, *Martín Fierro*, de Hernández, *El apoyo mutuo*, del príncipe Piotr Kropotkin; este último, resabio inadvertido de los orígenes masónicos de la Biblioteca, fue pedido de forma ininterrumpida por Pissano durante años, único lector del libro desde su entrada en el inventario de la Biblioteca.

Cinco años después de su ingreso, pocos recordaban ya, entre guardiacárceles y prisioneros, el motivo por el que Pissano estaba en la cárcel. Fue entonces que Bautista emprendió la tarea con su vecino de celda. El muchacho, de unos dieciocho años, acusado de cuatrero, era duro y basto como un ladrillo; criado en el campo de cualquier manera, tenía una mirada huidiza de animal acorralado que, según la situación, se tornaba astuta. Su única manera de ser o de comunicarse era el alarde violento. Bautista averiguó que su nombre era Tadeo y a partir de ese momento lo llamó así y no «Boyero», como le decían todos. Una tarde, en la carpintería, Pissano lo presionó para que dejara de ser un bruto, así le dijo, y aprendiera a leer y a escribir. Ofendido, el muchacho levantó una estaca para partírsela en la cabeza. A Pissano, acostumbrado desde los catorce años a alzar vigas de cinco metros en la carpintería de don Miguel, le fue muy fácil doblegarlo. Estaban solos y el enfrentamiento había

sido una prueba buscada por Pissano después de meses de agresiva indiferencia por parte del Boyero: si el chico se resentía, nada podía hacerse. Pero no fue así y algo parecido a un sentimiento de amistad permitió, al fin, que el muchacho tomara el lápiz. A los ocho meses, podía leer y escribir algunas palabras.

Tadeo no tenía pasado, si es que pasado se consideraba un lugar o un estado en el que hubiera existido de algún modo positivo para él, reflexionaba Pissano, ni tampoco tenía futuro, salvo bajo la forma de la repetición de actos más o menos criminales que formaban el encadenamiento sin rumbo de su vida. Vivía a ciegas y no había resquicio por el que le llegara una luz. Su confianza enraizaba en sus aptitudes físicas; el más puro instinto estaba en él completamente despierto y tan alerta y centelleante como el de un gato montés.

Un año más tarde del día en que tomó un lápiz por primera vez, al muchacho se le había despejado la cara zorruna, se había vuelto más limpio y podía leer a tropezones líneas de un libro, lo que lo llenaba de una vanidad tan evidente como infantil. Poco después, estuvo en condiciones de escribir cartas, pero no tenía a quién. Bautista lo puso a contestar las cartas de los otros presos para que sintiera que la escritura era algo útil y apreciado. Pero los otros no lo aceptaron, querían que las cartas las siguiera escribiendo Pissano. Entonces lo puso a pasar números en el almacén. Le hizo leer partes del libro de Sarmiento *Recuerdos de provincia*, al que el muchacho encaraba con una concentración dolorosa, haciendo unos giros de cabeza y unos acomodamientos de brazos como si el trabajo de leer le crispaba todo el cuerpo. Para salir de la marginalidad, la instrucción era el único camino posible, murmuraba Pissano mientras trabajaban en la carpintería, confiando en que la repetición continua de ciertas verdades llegaría a dejar alguna huella en la mente evasiva del chico. Pero para el que ha vivido a ciegas es difícil discernir las formas de la sumisión, escribía Bautista a la noche, en su libreta; no estaba seguro de que el muchacho entendiera; ni siquiera estaba seguro de que lo escuchara. Su cara permanecía ceñuda y concentrada en la madera. Sin saber por qué, Tadeo le recordaba a Antonella; la misma juventud, el mismo desamparo.

Al final del segundo año, el muchacho estaba listo para empezar a entender su situación, igual a la de miles como él: quién era, por qué robaba, qué destino lo esperaba fuera de la cárcel. Bautista lo proveyó de una libreta y de un lápiz. De lo que iba a tratar de explicarle, le dijo, debía preguntar todo lo que no entendiera y debía cuestionar todo lo que fuera en contra de sus convicciones más profundas o de sus ideas. El muchacho lo miró con asombro o cierta alarma en los ojos. No estaba maduro todavía, pero saldría en libertad en unos pocos meses y había que aprovechar el tiempo con el que se contaba. Bautista empezó con la explicación de la palabra «libertad», que el muchacho anotó con cuidado en lo alto de la primera página de su libreta. La paciencia de Bautista era inacabable, como los minutos y segundos que todavía le faltaban vivir en el edificio de Ulrico. Nada lo hacía desistir ni retroceder. Aun si le hubieran dicho que tres años más tarde, una noche de fogatas y pependencias,

en un miserable boliche de las afueras de un pueblo anónimo, el muchacho iba a recibir un tiro e iba a morir desangrado en un galpón, entre bolsas y arneses polvorientos, Pissano habría continuado su trabajo. Muy de vez en cuando, Tadeo lo miraba con una chispa de entendimiento y eso bastaba. Nada justifica el robo. El robo no lo hacés contra el dueño de los campos y de las vacas, te lo hacés a vos, le repetía, porque dejás que te transformen en delincuente. El que quiere dominarte, lo consigue embruteciéndote. Tenés que educarte y salir de la marginalidad. Educarte y, en la medida de lo posible, educar a otros, ¿entendés? La marginalidad es un pozo en el que te hundís, no lo olvidés.

Pero marginalidad era una palabra demasiado difícil y Tadeo la había escrito mal. Dos semanas más tarde quedó en libertad. Cuando se despidieron, el muchacho realizó un torpe acercamiento afectivo: un abrazo desgarrado. El gesto regocijó a Pissano. Algo había roto la dura cáscara y había hecho asomar la persona que el muchacho llevaba adentro, aunque supo que le iba a ser muy difícil sobrevivir.

«Hospital», 1929

De trajes oscuros y cuello duro debajo de los guardapolvos largos, blancos y abiertos, los médicos posan junto a las enfermeras en la entrada del Hospital Municipal. Están formados en doble hilera, los cuatro médicos adelante, las diez enfermeras de rígidas cofias blancas atrás, sobre el primer escalón de la dilatada escalera que, en suave curva, sube hasta la entrada principal. A espaldas de los que posan, la puerta de gran tamaño se abre a un *hall* con mampara de vidrios de colores. A derecha e izquierda, se extienden los pabellones de las grandes salas comunes. Amplias escaleras de mármol dan al único piso de altos, donde se enfilan las cuatro habitaciones individuales que posee el Hospital. Bajo la luz cenital de la lámpara dicróica, el que mira con atención los personajes y la escena advierte que la armonía del encuadre se rompe en el ángulo inferior derecho, lugar en el que irrumpen en cuadro, de modo incongruente, el fragmento de la rueda de un sulky y parte de la cabeza del caballo. Estos elementos en primer plano desordenan la composición de la foto.

Son las seis de la tarde. La chica ha bajado del sulky, ha subido las escaleras y recorre ahora los metros de la galería sin levantar la mirada del piso. Esperando, quedaron su hermano de doce años y su padre. La chica ha tenido miedo todos esos días, pero ahora, desde que supo que no va a Buenos Aires, que se queda en el campo, el miedo ha desaparecido. Es una chica de cabello castaño claro y pecas sobre la nariz, de unos trece o catorce años, hija de unos puesteros de la estancia grande. La estancia, mucho antes de que las chacras parcelaran el campo para la inmigración, era posesión de gente que nunca se veía en San Alfonso. Remotos y poderosos señores de la Capital que empezaron alambrando legua tras legua, llenando de vacas aquellos campos interminables en los que construyeron mansiones fabulosas, a las que sólo muy pocos en el pueblo habían accedido alguna vez, como el intendente, para la

ocasión de un asado al que había asistido el patrón en persona.

Es ese hombre —el patrón—, aureolado por el misterio que da la riqueza en la imaginación de la gente sencilla, quien descansa tras la puerta del cuarto del Hospital. A los sesenta y cuatro años un ataque de apendicitis aguda lo ha postrado en cama, y puede ser mortal. Los médicos, conscientes de la indeseada responsabilidad, deliberan en el despacho del director. El viaje hasta Buenos Aires es imposible en el estado en que se encuentra el enfermo. La gravedad impide que se pueda esperar la llegada del médico personal del paciente. Habrá que operarlo aquí mismo, en el pueblo. El intendente ha venido dos veces a preguntar por su salud. Es una contrariedad que puede salir muy mal, consideran los médicos, si se llegara a producir alguna complicación. Mientras tanto, la chica camina sin producir ningún ruido sobre el piso de mosaicos ocres con una guarda de flores junto a la pared blanca. Algo incongruente salta a la vista entre su vestido a la moda, de talle ablusado a la cadera, y las alpargatas viejas y deshilachadas que calza. Frente a la puerta de uno de los cuartos individuales, la chica se detiene y con timidez golpea. La puerta se abre y ella entra. En la cama está el hombre que, cuando la ve, cambia el gesto de cólera y fastidio o dolor por otro gesto curioso, una posición de la boca cerrada estirada hacia delante que puede querer decir satisfacción y también gula. Dos hombres, que han estado hablando hasta ese instante con el enfermo, fuman habanos a pesar de la advertencia de la enfermera. Es uno de ellos quien ha abierto la puerta y ahora los dos miran irónicos a la chica que a su lado parece lo que es, una criatura disfrazada con un vestido de mujer. Se retiran a conversar junto a la ventana de visillos. El que abrió la puerta murmura: «Si la viera Delfina». Los hombros y el vientre de los hombres se sacuden por la risa apenas disimulada. Distendidos, dan la espalda a la cama y vuelven a hablar de vacas. El enfermo se endereza sobre las almohadas y le hace un gesto a la chica de que se acerque. Ella obedece y cuando la tiene al lado el hombre le acaricia el brazo y el antebrazo mientras la mira y repite el gesto de la boca, que indica ahora cierta ternura posesiva. Es un hombre delgado y distinguido. «Mi chiquita», dice, como si estuvieran solos, indiferente por completo a los otros dos, «¿te gustó el vestido?». La chica, sonriendo, dice que sí con la cabeza y acaricia a su vez la mano del hombre. «A ver cómo te queda». La chica retrocede un paso. El hombre da golpecitos con la mano sobre las mantas. La chica, dócilmente, se sienta a medias en la cama. El hombre le toca los pechos que apenas se notan entre los frunces ampulosos del vestido. «Parece que me voy a tener que quedar acá», dice. Una punzada repentina de dolor lo obliga a recostarse sobre las almohadas. La chica, alarmada, baja de la cama. «No vamos a ir a Buenos Aires, por ahora», continúa el hombre con los dientes apretados. «Me vas a venir a ver acá; decile a Terencio que te traiga, entendés, que deje en el puesto a tu hermano y que te traiga todos los días, que yo lo digo». La chica dice «bueno» y se queda parada junto a la cama, mirando con ojos asustados el gesto de dolor en la cara contraída del hombre. La mano reseca y ardiente vuelve a recorrer la piel fresca de brazos y cuello. Al rato, la hacen salir. Tan

silenciosa como ha llegado, la chica camina por el corredor, baja las escaleras y sale a la galería que bordea el patio delantero del Hospital, y luego afuera. Allí, en el sulky, están su padre y su hermano, tal como los dejó, sólo que ahora sus caras se pierden, desdibujadas en la oscuridad creciente del anochecer. En un impulso elástico, infantil, la chica corre los últimos metros y con el mismo empujón pisa el estribo y se sienta junto a su hermano. El padre tira de las riendas. Un rechinar de las ruedas sobre la grava, el sulky gira sobre sí mismo y sale a la calle de tierra. Pronto no se distingue en la oscuridad de las últimas calles del pueblo, salvo por el ladrido de los perros al trote del caballo.

«Frente del periódico *El Imparcial* y su director, el Sr. Bravante», 1936.

En esta fotografía (acompañada por un volumen encuadernado con los primeros 50 números) se ve el frente del viejo edificio, demolido en 1945, del único periódico de San Alfonso: *El Imparcial*. En la puerta, los pulgares en las sisas del chaleco, un habano entre el índice y el mayor de la mano derecha, posa, mirando directamente a cámara, su propietario y director. Espejo de los habitantes de San Alfonso desde 1918, nada sucedía grande o pequeño, importante o frívolo, que no quedara registrado en las páginas del único medio de prensa local; medio sin declarada opinión política, pero de explícita profesión católica. De esto último había dado muestra su director en 1934, cuando tiró la casa por la ventana cubriendo la llegada de monseñor Pacelli a la Argentina, a la que dedicó el ejemplar completo. El titular reproducía a toda página las pomposas palabras con las que el intendente de Buenos Aires había recibido al enviado papal: «Saludo en vos al soberano más poderoso de la Tierra». Algo que muchos habitantes de San Alfonso consideraron apropiadísimo.

El periódico dedicaba una atención casi nula a las noticias nacionales e internacionales, pero otorgaba gran espacio a los avatares de la existencia de los vecinos: los largos inviernos y tórridos veranos quedaban registrados en su inefable y desorientada columna «Estado del tiempo»; recepciones, matrimonios, bodas de oro, lista de invitados, cambios de domicilio, defunciones, viajeros, nacimientos y enfermedades, avisos de pérdidas de objetos o animales domésticos, menudencias sobre los rumores más destacados del pueblo, todo se publica. Muchos vecinos hacen una cuestión de buen linaje aparecer con frecuencia en *El Imparcial*. Llama la atención —al que se ha detenido y ojea los ejemplares— una época que, año tras año, queda profusamente registrada en *El Imparcial*: el carnaval. Sin duda, con este despliegue de fotografías acompañado de los comentarios de rigor, el señor Bravante complacía, una vez más, el gusto de sus fieles lectores.

El carnaval es el momento en que San Alfonso conoce la diversión colectiva. Se vivía en esas semanas de febrero un clima más distendido y permisivo, sobre todo para los jóvenes. Familias enteras de los campos vecinos venían al pueblo a participar del corso. Las serpentinas se lanzaban de un coche a otro formando una trenza de colores (varias fotografías). Se arrojaba mucho papel picado, signo de diversión. Los

jóvenes miraban audazmente a las muchachas, que reían ante la menor circunstancia sentadas desprejuiciadamente en los respaldos de los asientos de los coches sin capota. Se averiguaban nombres, familias y ascendencias, se acudía a lucirse en el baile de la Sociedad Italiana, el más animado y prestigioso, más tarde suplantado por el del Club San Alfonso, que modernizó las costumbres. En un momento de su historia, el destino demográfico del pueblo estuvo firmemente ligado al baile de carnaval. Para el corso, el barrio del norte presentaba carrozas alegóricas. No siempre los motivos son comprensibles al primer golpe de ojo. Podían ser de tipo alegórico sublime: *El amor a la Patria* o *La libertad*, o de tipo cómico grotesco: *La escuela*, donde los alumnos, de pantalón corto, y las maestras eran hombres de barba y bigote. Los del barrio del sur presentaban invariablemente murgas deslucidas y algunas máscaras erráticas y solitarias, que se repetían año tras año: «el bicho canasto», «el vigilante», «la suegra», «el penado 14», «Juan Moreira», y otros. De éstas, el señor Bravante publicaba una foto como jocosa nota de color. Los hijos pequeños de las familias acomodadas eran llevados al moderno Estudio Fotográfico de Fanussi Hnos., frente a la plaza principal, para participar en el concurso «Los infantes en sus disfraces», que organizaba y publicaba *El Imparcial*.

Cuando el paroxismo de la fiesta pagana había sido enterrado, los bailes, celebrados, las fotografías, sacadas y publicadas, los disfraces, colgados, y las serpentinas y el papel picado, barridos por el viento de marzo, se apoderaba de San Alfonso la irrevocable apatía del fin del verano, apenas distraída por el brillo verde y alto con que el sol señalaba un horizonte de hojas de maíz.

Entonces *El Imparcial* volvía a su tranquila rutina de los anuncios de la cuaresma, de nacimientos y defunciones, de casamientos y viajeros, inercia sólo sacudida de tanto en tanto por el relámpago fulgurante de una noticia verdadera: un ahorcado en un rancho en ruinas, el sepelio de una personalidad local o un nuevo preso en la cárcel de Ulrico.

Al regreso del viaje, aquel verano de sus dieciocho años, Sonia cambió por completo el sentido que hasta entonces le había dado a su vida. Ahora creía a ciegas en el destino, que había cumplido su vaticinio compensándola de años de indiferencia. Se sintió una elegida. En la distancia y en la ausencia, su amor secreto creció como un árbol joven e impetuoso del que brotaban ramas nuevas sin cesar. En cada cosa encontraba un eco que le confirmaba que aquél era, al fin, su amor, suyo, su único gran amor, la posesión de su vida, encontrado como un tesoro junto al mar, como le había profetizado la gitana. Ocupaba todas sus horas en perfeccionar su recuerdo, como quien adora un fetiche. Su cara en el espejo se transformó. Ella misma se volvió liviana y distante, casi invisible para las otras chicas, más de lo que siempre lo había sido. Empezó a bordar con devoción, su imaginación volaba. Las formas que aparecían en el subir y bajar de la aguja despertaban admiración. Una noche, encerrada en el baño, empezó una carta: *Mi amor adorado...* Que no tuviera dirección a donde enviarla no se le cruzó por la cabeza. Las palabras la sofocaron. No

eran como el bordado. Sus sentimientos no encontraban molde, no había motivo ni dibujo para lo que quería decir. Era como una exaltación, que descubría en todas las cosas y en ninguna en especial, y cuando quería atraparla y expresarla nada era suficiente. Ninguna palabra.

Siguió bordando para Buenos Aires. Siguió ahorrando todo lo que ganaba. En el pueblo se había abierto una nueva tienda, La Ideal, y pronto le hicieron encargos. Pudo ahorrar más. Aquel invierno recibió invitaciones de sus compañeras a dar una vuelta a la plaza los domingos, o a ver el desfile y la banda municipal para el 25 de Mayo, o a ir a la estación a ver la llegada del tren. Las rechazaba. Su pensamiento tenía un solo motivo, una sola obsesión: volvía incansable a su noche de amor; al baile, a la música, a cómo lo había visto por primera vez. Cómo él la había abrazado para bailar, la primera vez que había bailado en su vida. Pasaba por alto los momentos de la playa que la inquietaban —la cara de él sobre la suya, su aliento en su cuello—, que se le hicieron extraños, amenazantes. Su pensamiento iba a la escena en general y sólo se detenía en las imágenes que más la emocionaban. Habían acompañado a María Luisa y después él la había invitado a caminar por la playa. La salida del baile, la música, los banderines cruzando el cielo sobre la pista, su vestido que flotaba en el aire nocturno, el brazo de él sobre sus hombros. El momento —él le pidió que hiciera lo que él hacía— en que se habían sacado los zapatos en la arena. El ruido oscuro del mar que no le resultó temible porque estaba con él y no le tenía miedo a nada. El agua negra con una línea lívida de espuma que se perdía todo a lo largo, en la oscuridad. La línea de luces de la bahía y las estrellas silenciosas. El momento concreto en que sin saber cómo le había entregado su cuerpo, Sonia lo quitaba del medio como algo opresivo, molesto, algo que irrumpía de una manera que no hubiera podido nunca llamar brutal, pero lo era, en la armonía de esa noche. Fue el momento en que ella se había alejado de su propio cuerpo. Había experimentado un desdoblamiento lleno de consideración para con el cuerpo de él, que buscaba en el suyo un placer que ella ignoraba que podía darle. El goce de ella había sido intenso, pero no había estado en ese abrazo. Estaba en el descubrimiento y la confirmación del deseo que él expresaba por ella. Su cuerpo propio había permanecido, a la vez que distante y dormido, dócil a lo que él le pedía. Su cuerpo era, sobre todo, algo que él había deseado, entonces se le volvió diferenciado y visible. Al mismo tiempo, jamás había experimentado una cercanía tan violenta, una violación tan brutal de su persona, una intimidad tan humillante. Y este impulso de rechazo que su cuerpo inició instintivamente le había hecho cerrar los párpados con toda su fuerza; la arena se volvió extraña en sus pies y en su espalda, molesta en su pelo; el sonido del mar, áspero; el viento, demasiado fuerte, igual que la respiración de él. El mundo se cerró en un punto rígido y Sonia se volvió para dentro apretando los puños. Cuando él la dejó, ella abrió los ojos y el cristal de oscuridad y silencio bajo el que se había refugiado se quebró como el hueso de un pájaro. Hubiera querido desaparecer. Los segundos siguientes habían sido una prueba: un puente a cruzar para poder llegar a la

otra orilla, olvidar lo sucedido y recuperar para siempre la imagen de él, antes de la arena y el aliento caliente en su cuello. Pero así debía de ser el amor con un hombre, se decía Sonia, meses después, de vuelta en el Asilo, en la oscuridad del cuarto general, a salvo en su cama junto a las otras camas idénticas, los ojos clavados en el vidrio esmerilado de la ventana, mientras hundía esas imágenes y levantaba otras. Cuando bailaron y él la abrazó por primera vez. O el momento en que él se había reído de un recuerdo de cuando era chico. Ésa era la imagen que Sonia más amaba, la que borraba todo lo demás. Sonreía en la oscuridad del dormitorio general contagiada de la risa de él. Por primera vez tuvo algo verdaderamente suyo y no lo compartió con nadie. Le hubiera parecido blasfemo dejar que alguien siquiera rozara esas imágenes perfectas.

A principios de la primavera, en medio de una charla intrascendente con sus compañeras y de un modo inesperado, incluso para ella, dejó caer el comentario de que tal vez se casara el año próximo. Las exclamaciones y la incredulidad de las otras chicas la sorprendieron. La sorpresa dio paso al placer. Tenía algo propio, una historia personal, mejor todavía, una historia de amor con la que podía provocar interés, sorpresa y también la envidia de las otras chicas que no habían tenido esa suerte. Dos días más tarde, la hermana Clara le dijo que quería hablar con ella. En la cocina de su infancia y de su adolescencia, la monja habló de su posesión más secreta.

—Es verdad lo que dicen tus compañeras, que pensás casarte, pero ¿desde cuándo?, ¿con quién?

Sonia apretó los dientes y se quedó muda, sintiendo la profanación. Nadie debía inmiscuirse.

—Falta un año y medio, pero cuando cumpla los veintiuno, me voy. Quería avisarle.

—A dónde vas, qué vas a hacer.

—Voy a alquilar una pieza en la pensión Noguera.

Fue en ese mismo momento que lo decidió. Como una luz extraordinaria que iluminara su futuro, allí quedaba formulada la idea, la decisión. Se iba y se casaría con él, pero esto último no lo dijo.

—Tengo ahorros. Bordé mucho estos últimos años y puedo seguir trabajando para mantenerme.

Las manos cruzadas sobre el abdomen, la hermana Clara la miraba con curiosidad.

—Es verdad, te falta poco para cumplir veintiún años —dijo, como constatando con tristeza un dato que la sorprendía—. Hemos hecho lo mejor que pudimos, pero no podemos retenerte. Me gustaría que te quedaras.

—Mi lugar puede ser ocupado por alguna chica más necesitada.

—Es cierto —concedió la hermana—. Pero, ¿qué es eso del casamiento?

—Eso es algo mío —respondió evasiva Sonia, y tuvo por primera vez plena conciencia de que su posesión la salvaba, podía esgrimirla contra el mundo, podía

ocultarse en ella. Podía vivir para su historia.

Así fue cómo, mucho antes de dejarlo, el Hogar empezó a formar parte de su pasado. Faltaba todavía un año y medio. En el verano viajaría otra vez con Marta y su familia a Mar del Plata, se encontraría con él. Planearían toda su vida juntos.

En diciembre, Sonia se levantaba a las cinco de la mañana para bordar hasta las diez. Evitaba las horas de calor. Nunca había hecho cosas tan maravillosas, decían las monjas y sus compañeras. En esas horas su concentración era absoluta. Perdía la conciencia del lugar en que estaba. Desaparecían los contornos del mundo mientras los ojos seguían el movimiento de la aguja, que subía y bajaba como por propia voluntad. El blanco la enceguecía. Cuando dos o tres horas más tarde levantaba la cabeza, todo le daba vueltas y unos puntos blancos se movían frente a ella en el aire. La nuca le ardía. Era completamente feliz. Los motivos y detalles del bordado aparecían de no sabía dónde. Una aldea con árboles, animales y hasta una iglesia con su campanario rodeaban a una pareja de aldeanos que se iban por el camino enlazados por la cintura. El friso adornaba todo el dobléz de una sábana.

Una noche, se despertó gritando en la oscuridad. En algún lugar, una fuerza extraña y maligna había tocado el lugar sagrado e inaccesible. Su mundo era como esos esféricos mundos de vidrio donde una casa con sus habitantes, sus pinos en miniatura y su cerca quedaban cubiertos por una tormenta de nieve que estallaba en cuanto alguien invertía la esfera. Una criatura informe a la que no podía darle nombre había intentado un daño, que en el centro del sueño le resultó indeciblemente doloroso, como el desgarrar de un filamento nervioso cuyo dolor fulgurante le taladró la conciencia, despertándola con un grito.

Al día siguiente vio su palidez en el espejo. De mal humor y con sueño, Sonia ayudó a poner las mesas y se ubicó en los largos bancos del desayuno. Escuchaba los cuchicheos de sus compañeras. En el fondo del comedor, las más chicas no hablaban, sus caritas desaparecían detrás de los tazones apretados entre las manos. De golpe, en un lugar intermedio entre dos caras, como un hachazo, volvió la pesadilla. Una certeza la dejó sin respiración. Se llevó la mano a la garganta. Había sido un presagio, una premonición. Algo terrible le había sucedido a él. Se levantó temblando y recorrió a ciegas los pasillos. Entró en el dormitorio y fue a su cama. Se sentó en el borde tratando de dominar el temblor nervioso que la sacudía desde adentro. Algo le podía haber pasado a él. ¿Por qué no? ¿A qué se debía esa pesadilla si ella no soñaba nunca? Un accidente. Esta idea la tranquilizó y cesó el temblor. Como la idea de su muerte le era inconcebible, sencillamente la desechó por absurda. Pero alguna cosa podía haberle pasado. Tal vez en el intento de venir a buscarla. Esta verdad la dejó inmóvil y le levantó una tormenta en el pecho donde, remoto y agudísimo, el recuerdo de la Nené fulguró como un brote de sangre y desapareció. Lloró desconsoladamente agarrada a los barrotes de hierro de su cama. La ternura y la pena que experimentaba ante la visión de él buscándola y de que en ese intento le hubiera pasado algo doloroso, algún accidente, la desgarraban, le producían ramalazos de un

estremecimiento insoportable. Incapaz de dominarse se tapó la boca con la almohada y de su garganta salió un grito áspero, ronco. Después se calmó. Fue al baño y tomó un vaso de agua. En el espejo vio las ojeras oscuras, los párpados hinchados. Los azulejos blancos le rodearon la cara, apretándosela; el círculo se hizo cada vez más blanco. Cuando abrió los ojos estaba en el suelo. Despacio pudo pararse. Golpearon la puerta. Dijo que se sentía mal del estómago, que ya salía. Pasó la tarde en la cama. Una de las intermedias, una chica alegre de unos doce años, le trajo un té. Se sintió mejor, aunque no podía mover el brazo izquierdo. No dijo nada. A los pocos días, cuando lo peor del brazo había pasado, Sonia alcanzó la madurez de una idea: iría a la casa de Marta y le preguntaría por él. La sola formulación de este plan la dejó espantada. Todo se conocería, saldría a la luz. Su única posesión sería examinada y juzgada. Él y ella, los dos, analizados. Esa tarde dijo a la monja que necesitaba comprar unos hilos, y fue a ver a la gitana.

Al otro lado de la vía, en el extremo opuesto al del Asilo, estaba la casa miserable. La rodeaban perros y chicos descalzos y sucios. Al costado de la única habitación de ladrillos sin revocar, una lona remendada colgaba, a manera de toldo, sostenida en unos parantes oxidados. Formaba un alero contra el sol implacable del verano. Bajo la sombra, un hombre gordo en camiseta, con unas gargantillas doradas que se perdían en el espeso vello del pecho, se abanicaba sentado en una silla enana. La mano velluda espantaba las moscas; la cintura y la bragueta del pantalón parecían a punto de reventar por la presión del abdomen. Con un gesto de la cabeza le señaló la entrada. La gitana le sonrió, dijo que se acordaba de ella, de aquella vez en la plaza, y la invitó a pasar y a sentarse del otro lado de la mesa. Barrió con el antebrazo un plato de lata y unos restos de pan y le preguntó cómo estaba. Después levantó el índice en señal de que esperara y revolvió en un cajón. Puso un mazo de naipes sobado sobre la mesa.

—Cortá —fue todo lo que dijo.

Se mojó el pulgar con la lengua y la miró seria. Le dio dos golpecitos en las manos. Sin darse cuenta, Sonia tenía los dedos enlazados como si rezara, sobre el borde de la mesa.

—No te preocupes, guapa, que yo te diré qué es lo que vas a hacer —la voz de la mujer sonó casi alegre.

Un bálsamo. Eso fueron aquellas palabras para Sonia, las que necesitaba oír. La inquietud desapareció y la dulzura de una entrega ciega al destino la sostuvo como se sostiene una pluma en la palma de la mano. Nuevamente la gitana pasó el pulgar por la lengua y esta vez sacó un naipe sucio y manchado. Lo acomodó boca arriba sobre la mesa, después otro y después otro; siguió así un rato. Cada tanto asentía, como si las cartas confirmaran sospechas; o negaba, frunciendo la boca, como si pusiera en tela de juicio lo que veía. El índice moreno de uña sucia señaló una carta.

—Dolor —dijo—. Fuerte dolor del corazón. Se te ha mezclado la suerte, niña. Siguió un silencio. Señaló el caballo de espadas.

—Un príncipe —la miró—. Sí, sí, un príncipe, pero cuidado con la espada. Y aquí, ¿qué hay? Una averiguación.

La gitana le clavó los ojos, pero ella miró la mesa.

—Quieres averiguar sobre el príncipe... ¿alguna otra mujer?

Sonia negó rápidamente con la cabeza.

—A ver, a ver... ¿por qué demora? ¿Por qué no llega...? Tal vez...

—¿Sí...? —se le escapó a Sonia, y se calló de golpe.

—Ah, se está demorando. No viene. No te preocupes, guapa, a los hombres les gusta hacerse esperar. A ver qué más... —la gitana miraba las cartas y después a ella, un vistazo rápido—. Por qué se demora, qué lo detiene... —canturreó con una voz inesperadamente grave y engolada—. Aquí sale, guapa: trabajo. Nada de que preocuparse. Tiene mucho trabajo. ¿Qué hace este hombre?

La gitana se echó para atrás y acomodó las nalgas en la silla. La miraba. Sonia se desconcertó. No lo había pensado pero ahora era evidente. Claro que era eso. Ella no sabía qué hacía ni en qué trabajaba, ni siquiera dónde vivía. Él existía en un plano separado del mundo, repitiendo la escena del baile y de la playa. Se levantó con una sonrisa, completamente satisfecha. Le dijo a la gitana que con eso estaba bien. Dejó el dinero sobre la mesa y salió. Afuera todo había renacido. Él estaba bien, eran cuestiones de trabajo, algún disgusto en el trabajo, ¿cómo no lo había pensado antes? Sin duda, estaba ocupado, tenía que hacer arreglos, trámites. Respiró hondo y caminó de vuelta al Hogar bajo el sol quemante de la siesta.

—La vi rara a Sonia el otro día.

—Yo la vi igual que siempre. El mantel quedó divino; mamá lo va a estrenar para Navidad. ¡Lo que son esas vainillas de cinco hilos!

—No, está cambiada, un poco tristona la noté.

—Con tal que no esté en estado interesante.

—Las monjas las vigilan bien de cerca, me dijo Lucrecia.

—Cuando dirigía el Asilo la hermana María Escolástica había respeto.

—Para mí esa monja era inaguantable.

—Vos como siempre en contra de todo. Dice Lucrecia que la de Rossi faltó a las últimas dos reuniones de la Comisión de Damas. La hermana Clara le dijo que estaba enferma, pero hay un comentario...

—¿Qué?

—Que el contador está comprometido en algo y que en el lío está metido el administrador de la estancia grande.

—Y nosotras en ayunas. ¿Habrá sido cuando se mudaron a los chalets?

—Parece que se tapó todo, después la gente se olvida y Santas Pacuas. ¿Qué más dijo Lucrecia?

—Dice que en lo de Gómez la que está mal es Isolina, la menor, que lo de Gardel la ha afectado al pecho, pero que para ella está neurasténica. Dice que no hay otro tema en la casa y que se levanta de la siesta gritando «manden el cadáver» y maldice

a los colombianos; las hermanas tienen que andar cerrando las ventanas. ¿Será posible?

—Qué picardía, esa chica; siempre fue un poco rara.

—No es tan raro, acordate de Chola, que duerme con la foto de Corsini, el Caballero Cantor, debajo de la almohada. ¿Por qué no vendrá más seguido, Lucrecia?, está enterada de todo, ¡y qué católica es! De misa diaria.

—No te olvides que cuida enfermos; trabaja en tantas casas...

—Qué cadáver van a mandar, digo yo, si lo reconocieron por los dientes. ¡Y qué dentadura, qué sonrisa! A mí me gustaba mucho... por no decir con locura... *el día que me quieras... desde el azul del cielo... las estrellas celosas...*

—Qué lindo cantás, Adela, seguilo un poquito más.

—No, a ver si lo despierto a papá. Qué vas a comparar, Corsini para mí suena como si, no sé, como si cantara un tuberculoso. ¿Y qué contaba Lucrecia de lo de Ferrari? Me lo perdí por calentar el agua.

—Dice que cuando cuidaba a doña Quinota, el ácrata fue a entregar la mesa del comedor y que con Ferrari tuvieron un cambio de palabras, que hasta doña Quinota que es sorda como un tapia se dio cuenta de que algo estaba pasando. Era algo de los peones municipales, que Ferrari hablaba como concejal, pero que el ácrata al final le contestó de manera irrespetuosa para un preso. Dice que, cuando se fue, el ácrata se sacó la gorra para saludarlas, a ella y a doña Quinota.

—¡El ácrata contestándole a un concejal! Papá tendría que mandar una carta al *Imparcial*. Así empiezan a arruinarse los pueblos, así se va a arruinar San Alfonso.

—¡Qué diciembre tenemos! ¿Traés un poco de limonada, Mecha? Con este calor no está para mate. Y pensar que Gardel estuvo por venir una vez a cantar a San Alfonso. No pudo ser. Es el destino.

Pasaron las fiestas. Pasó enero y a fines de febrero Sonia empezó a inquietarse. Le preguntó a la hermana Clara si Marta no salía de vacaciones, si no iban a Mar del Plata. La monja contestó que no le había dicho nada del veraneo, pero, se había olvidado, hacía poco le había preguntado por ella; quería verla. A Sonia se le cortó el aliento. Él la buscaba a través de Marta y esto, supo, era una premonición. Su felicidad que hasta entonces era etérea y dispersa se centró en un sentimiento concreto, en un punto denso de expectativa que la volvió aplomada. Se sintió muy tranquila cuando le dijo a la hermana Clara:

—Esta semana voy a ir a verla.

Dejó pasar unos días sumergiéndose en la sensación de plenitud que le daba saber que no faltaba mucho para que volvieran a encontrarse. Cuando estaba sola en el largo dormitorio de camas de hierro alineadas sobre el piso de mosaico gris, sacaba la caja y miraba su contenido. Camisones, blusas, sábanas, eran desplegados en toda su belleza sobre el pobre acolchado. Si alguien hubiera podido ver aquello habría quedado admirado: delicadas tramas de flores, arabescos, pájaros, guardas geométricas, cada pieza era única y de una extremada perfección. Un tesoro que

Sonia había construido para ser visto por una sola persona. El contenido de la caja estaba destinado a él. El viernes de la última semana de febrero, a las siete de la tarde, estaba tocando timbre en casa de Marta. Se había esmerado en el arreglo y le habían dicho un piropo en la calle.

—¡Sonia, tanto tiempo sin verte! —la cara de Marta se había iluminado. Sonia se asombró; de verdad Marta se alegraba de verla—. Pasá, pasá. Le pregunté a la hermana Clara por vos, pero me dijo que estabas ocupada, que trabajabas mucho para afuera, que no salías ni a la vereda. Esperaba que algún día nos vinieras a ver en todo este tiempo.

Marta hablaba mientras pasaban al recibidor y de ahí a los sillones del *living*.

—¿Querés tomar algo?

—No, muchas gracias.

—Pero qué bien estás, estás más linda que en Mar del Plata. ¿No te habrás enamorado, vos? Candidatos no te deben faltar. —Marta se reía.

Sonia enrojeció. Sin duda Marta sospechaba algo. Se lo iba a decir. O tal vez él mismo ya se lo había comunicado a la familia. Tomó aliento:

—Vine porque... —al mismo tiempo Marta dijo.

—Quería hablarte...

Las dos rieron.

—Dígame, dígame... —exclamó Sonia, que ahora no podía reprimir una sonrisa constante.

—Dígame. ¿Nunca voy a conseguir que me tutees? Al fin y al cabo te llevo quince años solamente, tu madre no puedo ser. Por ahí tu hermana mayor.

Volvieron a reírse.

—Bueno —dijo Sonia y con un sentimiento de violencia inició el tuteo—. Me dijo la hermana Clara que le preguntaste por mí.

—Te voy a necesitar. Estuviste tan bien el verano pasado. Aunque no volvieron a verte, los chicos te recuerdan siempre. ¿Y Sonia?, me preguntan.

—Son los mejores chicos que he conocido. Muy buenos —la pregunta se le escapó sin que pudiera impedirlo—. ¿Van este año a Mar del Plata?

—No, Oscar no quiso ir por lo del incendio de la Rambla, dice que no es lo mismo Mar del Plata con la rambla de La Perla toda quemada —con una sonrisa incrédula miró la expresión de Sonia—. A que no te enteraste. Sonia, Sonia, vivís en la luna...

Marta sacudía la cabeza y sacaba un cigarrillo de una cajita sobre la mesa; lo encendió con soltura. Los ojos de Sonia se redondearon.

—Ay, no me mirés así —la explosión de risa de Marta fue sincera—. Si te vieras la cara —los hombros se le sacudían. Cuando se calmó siguió hablando—. Fue el invierno pasado que me decidí. Fumaba a escondidas. Estamos en 1933, le dije a mi marido; al fin y al cabo soy una mujer moderna, ¿no viste en el cine?, el tango se baila en Europa y los Estados Unidos, las mujeres fuman en boquilla, queda tan bien,

es elegante. Al principio no le gustó nada a Oscar, pero ahora se acostumbró. Eso sí, no me deja fumar sola fuera de casa, tengo que estar con él. ¿Querés probar uno?

Sonia negó con la cabeza.

—Tenemos que hacer un viajecito corto —seguía diciendo ahora Marta—, un fin de semana a Buenos Aires. No voy a llevar a los chicos. Pensaba que podías quedarte en la casa con ellos.

Sonia disimuló como pudo la decepción.

—Sí, cómo no.

—Se casa un sobrino de Oscar, en Buenos Aires; vamos a hacer un viaje relámpago. No podemos faltar, es el ahijado de mi marido. Vos lo conociste en Mar del Plata. Hermano de María Luisa, Alberto, el morocho alto, buen mozo. Al fin se decidió. Es más tarambana, un calavera, la chica lo lleva esperando siete años. ¿Te acordás de él? Una vez te sacó a bailar, me parece que me contó María Luisa.

Sonia seguía sonriendo. Que el nombre de él fuera pronunciado así, de golpe, en la realidad viva, fue intolerable. Un golpe seco en la cara que le produjo una brumosa somnolencia; los pies y las manos se le helaron. Marta hablaba, le decía lo que le estaba diciendo, y a Sonia la envolvió una leve familiaridad, como si la escena ya la hubiera vivido antes. Las palabras, que habían quedado colgadas del aire, súbitamente cayeron sobre ella, afiladas como escalpelos, abriéndose paso hasta las capas más profundas en su conciencia. La mujer se veía rara fumando y hablando, le pareció desconocida. La cara y los dientes, los sillones, el jarrón, y hasta el humo del cigarrillo habían adquirido una nitidez insoportable. Sonia se miró los zapatos juntos porque se mareaba. Se puso de pie.

—¿Ya te vas, tan pronto? Es el fin de semana que viene. ¿Podrás quedarte con los chicos?

—Sí, cómo no —Sonia caminó hacia la salida.

Marta se levantó apurada para seguirla. Hablaba de algo y siguió hablando hasta que Sonia, ya en la puerta, apenas se dio vuelta para despedirse y salió a la calle. Caminó hasta la esquina, pegada a la pared. Como si tropezara con algo, se detuvo en seco y volvió atrás. Tocó timbre. La cara extrañada de Marta volvió a aparecer en el marco.

—¿Por qué me dijo que viajan? —su propia voz le sonó lejana y aguda, como el grito de un pájaro alcanzado por una piedra.

—Porque se casa mi sobrino. Alberto, te acordás, el que...

Sin despedirse, Sonia dio la vuelta y caminó de regreso al Asilo. Eran muchas cuadras. Caminaba cada vez más rápido. Ya era de noche, se habían hecho como las nueve. Hermana Clara no me cierre la puerta. A medida que se apuraba, Sonia repetía en voz baja, como un rezo: No me cierren la puerta. Pasaban las cuadras y las bocacalles cada vez más rápido. Subió el terraplén de las vías corriendo. A menos de cien metros del paso a nivel, en la estación estaba el tren detenido. El andén, iluminado en la noche, parecía un escenario de teatro donde dos hombres y una mujer

se distinguían como actores inmóviles. El viento trajo el jadeo de la locomotora, el vapor escapándose a chorros desde abajo como el resuello de un monstruo extraño. La poderosa luz de la máquina se intensificó y trazó un brillo filoso en las vías. Sonia tropezó y perdió un zapato. El cuerpo cayó con todo el peso. La cara golpeó contra uno de los rieles y sintió un dolor agudo en la pierna. A tientas, en la luz del tren, que emitió un largo pitido, buscó el zapato. El taco se había enredado en el pasto seco y rastrero. Volvió a ponérselo y bajó el terraplén abriendo los brazos como los chicos en el cuesta abajo. Allá estaba la esquina, casi a su alcance. Con la cara pegada a la puerta y la respiración entrecortada, tiró de la cuerda. Lejos, la campanilla dio su señal. Como un eco respondió el silbato del guarda en la estación y el fragor de la máquina que se ponía en marcha. Abran la puerta, abran la puerta, pedía Sonia en voz baja, la boca pegada a la madera maciza de la puerta del edificio de Ulrico. Se escuchó otro largo y agónico pitido de la locomotora arrastrando los vagones; en el paso a nivel bajaban lentamente las barreras. El corazón de Sonia retumbaba al compás de los pistones que hacían girar las ruedas, cada vez más rápido. El estruendo del tren tapó el chirrido de la puerta al abrirse. Sonia agradeció que no hubieran encendido la luz del corredor. Desde lejos, atrás, le llegaron los gritos de la hermana Clara. ¿Qué estaba pasando? La luz la encegueció.

—¿Qué es esto? —la hermana Clara se agarraba la cara con las manos—. ¿Qué te pasó?

Un reguero de sangre en el que se marcaban las suelas de los zapatos se extendía por los mosaicos al paso de Sonia. En su pantorrilla, asomaba la punta verde y gruesa de un vidrio en la herida abierta.

—¡Hermana enfermera! —el grito agudo de la hermana Clara retumbó en el corredor. Algunas de sus compañeras se asomaron alarmadas en la puerta del comedor—. ¡Ustedes, entren, inmediatamente!

La hermana Clara la había tomado por la cintura. En la camilla, Sonia miraba con ojos secos el techo mientras curaban la herida. La extracción del vidrio dio trabajo. La hermana enfermera se arregló con lo que había en el botiquín. Cosió la herida. Descubrieron también unos moretones; uno violáceo rojizo se iba extendiendo arriba de la ceja derecha y otro más abajo, del mismo lado de la cara. La vía, fue lo único que pensó Sonia.

Por tres días se quedó en cama; al cuarto se levantó: rengueaba. Avisaron a la señora Marta que otra chica tomaría el lugar de Sonia. A los quince días, los moretones eran más azules, pero podía caminar. A las tres semanas empezó a ocuparse de las tareas que le correspondían. Llegó y pasó su cumpleaños número veinte. La hermana Clara hizo una torta que Sonia apenas probó.

En los meses siguientes, a pesar de los esfuerzos de sus compañeras que, a pedido de la hermana Clara, trataban de animarla, Sonia se concentró en el trabajo y no mostraba interés por otra cosa. Igual que el año anterior, bordaba incansablemente, pero de manera mecánica, sin alegría. Así le decía Ramona, su compañera más

cercana, la única que, como ella, había vivido toda su vida en el Asilo, y la que logró sacarla de su ensimismamiento y hacer que saliera a dar una vuelta por la plaza, a la estación a ver la llegada del tren. Aunque hablaba con ella, Sonia permanecía ausente. Terminaron acostumbrándose a sus silencios y Ramona, junto a ella, monologaba. Una vez, para la primavera, salieron a caminar por el centro y tuvieron que correr para llegar antes del cierre de la puerta. Los veinte años de las dos las mostraron como eran, en las risas entrecortadas de la carrera. Al fin Sonia se reía. El largo verano de 1935 se estiró soñoliento por el patio y por los corredores, por el silencio oscuro del comedor, por las siestas tórridas de la huerta, lleno del zumbido de las abejas, del bullicio de los pájaros al atardecer. Sonia había retomado el bordado; una blusa, un regalo que con Ramona le harían a una chica que se iba, sacada por una tía. Sin que ella misma se diera cuenta, su aspecto había cambiado: los ojos claros habían adquirido una nueva profundidad, la cara se le había afilado. En el otoño, empezó a preparar sus cosas.

Para mayo, un mes antes de cumplir veintiún años, Sonia dijo que tenía que salir y fue a conocer la pensión Noguer, la de mejor reputación en San Alfonso. La dueña, la señora Ofelia de Noguer, la hizo pasar y le mostró una habitación chica que daba al primer patio, con cama y ropero y una pequeña mesa con una silla. Le presentó a su hija Rosa, pero cuando quiso mostrarle la casa entera, Sonia dijo que debía irse. La señora Noguer prometió que le iba a reservar la pieza porque le caía simpática.

El 11 de junio, su cumpleaños veintiuno fue festejado sencillamente en el almuerzo; a media tarde, Sonia buscó a la hermana Clara en la cocina. Entró y cerró la puerta. A esa hora, la cocina de hierro estaba apagada y un olor mustio de leña vieja y ceniza impregnaba las cuatro paredes silenciosas: ése era el olor inconfundible que había inundado su ropa, su pelo y hasta lo que soñaba; el que la había acompañado toda su vida, desde que podía acordarse. La hermana sacudía la cabeza, trataba de persuadirla de una manera en la que se adivinaba más afecto que preocupación. Por qué no se quedaba, insistía, intentando una última vez. Además, una chica sola, cómo iba a vivir, qué iban a decir en el pueblo donde las muchachas del Asilo tenían una reputación tan buena. Desde la Nené, había ahorrado, argumentaba Sonia en voz baja, monocorde; aun si no le daban trabajo suficiente, tenía un año pagado por adelantado. Te veo tan triste, había dicho la hermana Clara, pasándole la mano por el pelo, si irte te hace feliz, voy a hablar con la hermana superiora. Sonia miraba absorta la madera desnuda de la mesa. No importa lo que diga la hermana superiora, susurró, hoy cumplo veintiún años, soy mayor de edad... Sin que pudiera evitarlo, su mano recomenzó el camino de las vetas que conocía desde que tenía uso de razón. Pasaba y repasaba en silencio las huellas de sus propios dedos, hasta que las manos de la hermana Clara rodearon la suya como si apresaran un pájaro.

—Está bien, entonces, si es eso lo que decidiste no te podemos retener —le puso una mano sobre la cara—. Con nosotras pasaste toda tu vida, hubo muchos buenos

momentos. De acá también te podés llevar lindos recuerdos.

Los ojos viejos la miraron esperanzados.

Esa noche, después de la cena en la que no dijo nada, sentada en la cama en la oscuridad sin poder dormir, Sonia medita en la conversación de esa tarde en la cocina y, sin saber muy bien por qué, quizá por temor a lo desconocido o por lealtad a la hermana Clara o porque quiere armarse una última noche con lo mejor que pueda encontrar, algo compartido, le dice a Ramona, que en la cama de al lado está despierta igual que ella:

—¿Te acordás de la vez que la señora del intendente nos llevó a pasear en coche?

Ramona tarda un momento en contestar; primero se ríe y Sonia también se ríe. Giran en las camas y se tapan la boca porque no pueden más de la risa.

—Cuando vino la gorda, la intendenta... con las plumas en la cabeza —dice Ramona, con la voz ahogada bajo las sábanas—, yo no tuve suerte... fuiste vos la que pudo ir.

Aturdida, Sonia había formado parte del grupo elegido con equidad por la hermana Clara: una de las más grandes, una de las intermedias y una de las más chicas. La señora del intendente se preocupaba por ellas, tenía en consideración al Asilo, así explicaba la hermana la noche previa, paseándose por el dormitorio general. Las vendría a buscar para un paseo en automóvil. Casi nadie tenía automóvil en aquel tiempo. En San Alfonso debía haber cuatro o cinco, en total. Ese día las prepararon para la salida. El guardapolvo gris de los domingos y un moño que le anudaron en la punta de la cabeza, el pelo mojado agarrado atrás. La hermana repasaba con un hisopo embebido en tintura negra sus zapatos. Aunque era verano y el calor sofocaba, a Sonia le pusieron unos guantes blancos para una mano dos veces más grande. Cuando estuvo lista la mandaron al recibidor, a que no se moviera del banco. Los guantes terminaban con las puntas de los dedos vacías y torcidas. Balanceaba los pies en el aire. Vos sos puro ojo, le había dicho la intermedia, contenta, cuando a su vez se sentó junto a Sonia en el banco de la espera. La más grande llegó última. Faltaba media hora para la cita y esperaron sin hablar.

—Parecían tres estatuas, yo las espí —dijo Ramona desde la otra cama—. Vos, con los dedos largos y torcidos de los guantes blancos.

Zumbaban las moscas. Se escuchó, lejos, un portazo y los pasos inconfundibles de la hermana directora. Su figura en la penumbra del corredor tenía el volumen y el prestigio de una aparición. Venía con un ramo de calas. Recortadas en la sombra, las calas no se sabía qué eran, parecían extraños pinches que le salían de la espalda y de la cabeza. Las tres de pie junto al banco. Ella las miró de arriba abajo. Dijo: *Recuerden su humilde lugar; no hablen. Deben ser más bajas que la hierba.* Todo esto con el sibilante acento español de la boca torcida. La mayoría de las veces, Sonia no entendía lo que decía. Cuando siguió su camino, respiraron. Revisó su pañuelo, debajo del puño del guardapolvo. Le habían dicho que no dejara de limpiarse la nariz. El sol de la calle proyectaba una línea dorada debajo de la puerta y hacía brillar el

mosaico. En el silencio, se escuchó, cada vez más cercano, el ruido de un motor. Con un revuelo del hábito, la hermana Clara se asomó a la puerta. Allá viene, allá viene, anunció y les acomodó el moño, el pelo; a Sonia la tomó del hombro con una inesperada brusquedad que la sacudió. Abrió la puerta de par en par. El auto, gris, magnífico, con la capota plegada atrás, sobre el respaldo de los dos últimos asientos, se detuvo exactamente en la ochava. Y era aquella imagen encuadrada por el marco de la puerta, bajo la plena luz del sol, la que había aparecido primero en el recuerdo de Sonia: en el asiento del conductor, el chofer con gorra; sentada atrás, un poco más arriba, una mujer imponente. Coronada con un gran sombrero de dos plumas, la señora del intendente esperó que el chofer apagara el motor, diera la vuelta y le abriera la puerta. El polvo terminaba de posarse. Visto desde adentro, el chofer desapareció y volvió a aparecer, abrió la puerta del auto y estiró el brazo para que la señora se apoyara en él y bajara pisando los dos peldaños desplegados, hasta tocar la vereda. Las tres huérfanas y, quizás, también la hermana Clara habían pensado: «Como una reina». La intendenta era gorda y elegante. Llevaba un vestido de seda azul con drapeados, un broche cerca del hombro y unos collares de perlas caían curvados sobre el pecho prominente. Sonia sintió el perfume de la mano que le acarició la cara. «Hay que hacerlo, hay que hacerlo, hermana», repetía la señora, «hay que darles educación a estas lindas niñas. ¿Cuántos años tienen?». Fue un momento embarazoso que Sonia asimiló con los ojos muy abiertos porque inmediatamente la señora había inclinado la cabeza hacia la hermana Clara y había cuchicheado: «¿Se sabe?». «Sí, sí», se apresuró a contestar la hermana. Sonia con voz apenas audible había respondido: «Ocho». Después, empujada por la mano de la hermana Clara, caminó apretando los dedos de los pies para que no se le salieran los zapatos. Pisó en el estribo y se sentó en el asiento que le indicaron. Era altísimo. Como ir en el elefante de la lámina del aula. Olor a cuero y algo fuerte, el combustible. Sonia, anonadada, juntó las rodillas y los pies y se quedó derecha. En el último asiento, con la espalda contra la capota recogida, iban sus dos compañeras; en el asiento del medio, Sonia, la hermana Clara y la señora del intendente; adelante, solo, el chofer. Después de cerrar las puertas, el hombre abrió la suya y sacó de debajo del asiento una manivela, fue hacia la parte delantera, ensartó la manivela en algún lugar y empezó a subir y a bajar. El auto vibró, el hombre subía y bajaba cada vez más rápido. Todas vibraron y se sacudieron. Con una explosión, el automóvil se puso en marcha. El hombre tenía la cara roja. Fue un momento glorioso. Incapaz de quedarse inmóvil, con una sonrisa de boca abierta, Sonia giró y miró a sus compañeras, que aguantaban la risa nerviosa con las caras coloradas, como el chofer. «Llévenos por todo el pueblo, Balbino», ordenó la señora. Sonia no había estado nunca tan contenta, percibía todo a la vez, las nubes blancas contra el cielo azul, el delicado aroma de los paraísos, la gente que en las veredas miraba pasar el auto, las voces de la hermana Clara y de la señora que se entrecruzaban y superponían. Dieron una vuelta completa a la plaza. Para imponerse al ruido del motor, la señora hablaba gritando: «Ésta es la

Municipalidad, la Iglesia, la Escuela número uno». Señalaba con el abanico, como si ellas fueran visitantes de otro lugar. «Enfile para el barrio del sur, Balbino». Las calles empedradas terminaron y empezó la tierra. La señora se llevó un pañuelo a la nariz y Sonia se acordó de que debía usar el suyo. La señora hablaba de Buenos Aires, de las damas que atendían sin descanso a pobres y huérfanos, dejando de lado actividades sociales, acompañando a sus maridos en la sacrificada función pública. «Hay que prepararlas, hermana», decía la señora. La hermana Clara asentía constantemente, ni bien se ponía a hablar la señora, la hermana asentía. En las calles de tierra había casas con alambre tejido y caballos atados en la vereda. De repente, la mano de la hermana Clara cayó sobre la cara de Sonia apretándole los ojos y dándole un susto tremendo. «Miren para allá», ordenó la hermana a las mayores. «Perdone que la contradiga, hermana, pero tienen que mirar, las mayores, se entiende. Qué quiere, es la vida, hermana», decía la señora. «Tienen que saber qué les puede esperar». Entre el ruido del motor y la trepidación, la señora señaló una casa cerrada y con la ventana abierta, y gritó: «Ésta es una casa mala, no lo olviden. Llena de mujeres descarriadas de la buena senda, mujeres de la vida». Sonia veía manchones blancos en lo negro de los ojos. Cuando la hermana sacó la mano estaban casi en las afueras del pueblo. Unas cuadras más allá empezaba el alambrado del campo. «Doble, doble, Balbino», decía la señora agitada por el movimiento constante del asiento. Todo se movía, igual que las plumas del sombrero. A Sonia le gustaban los barquinazos que la hacían saltar del asiento y le producían un cosquilleo irreprimible de risa. «Cuidado con la criatura, a ver si la perdemos», comentó la señora, a la que no se le pasaba nada. Sonia creyó que ya habían vuelto al Asilo y no era así. El edificio se parecía mucho, era del mismo color, pero tenía dos torres. «Miren, niñas», la señora hablaba otra vez con el pañuelo sobre la boca: «Miren, niñas» —señalaba con el abanico—, «la cárcel, aquí pagan los delincuentes de nuestra...». No se escuchó lo que dijo y la hermana Clara gritó: «¿Cómo?». «Sociedad», gritó la señora, «acá pagan los que ofenden a la sociedad con sus actos criminales». Giró con dificultad y miró a las más grandes. «¿Comprenden?». «Sí, señora», dijeron a espaldas de Sonia sus compañeras. Sonia también repitió: «Sí, señora». Ser más bajas que la hierba, así decía la directora, pero ¿qué quería decir? Sonia sacó su pañuelo del puño y se limpió la nariz por las dudas. Sus guantes blancos tenían tierra entre los dedos torcidos y el botón le lastimaba la muñeca. El automóvil hacía volar la tierra suelta. Volvieron por la calle larga hacia el barrio del norte. Unos muchachos parados en una esquina de la plaza se sacaron las gorras al paso del auto. Se reían y Sonia se dio vuelta. Sus compañeras también reían. Con el polvo, las plumas del sombrero, que habían sido la bandera del viaje, se habían puesto mustias. La señora las saludó sin bajarse del auto; la hermana Clara se deshacía en saludos y agradecimientos. Al fin, Sonia pudo sacarse los guantes y aflojarse el moño del pelo. En el dormitorio, las otras chicas rodearon a las afortunadas. La señora había dicho que en cualquier momento volvía a buscar a otras internas para dar una vuelta educativa. Pero nunca

volvió.

Ramona se había dormido. Con los ojos insomnes en el vidrio esmerilado, Sonia admitió que la hermana Clara tenía razón. Tenía buenos recuerdos, si quería. Y tenía memoria para recuperarlos.

A la mañana siguiente, la hermana Clara y Ramona la acompañaron hasta el cruce de las vías. Las dos la abrazaron; Ramona tenía los ojos llenos de lágrimas, pero Sonia estaba como galvanizada, sostenida por su decisión, y todo lo que sucedía desde que se había despertado esa mañana casi al alba era como si no estuviera pasando, quedaba afuera del núcleo cerrado de su interior. La hermana Clara le dijo que la esperaban, que volviera los domingos a almorzar con ellas, que siempre iban a querer saber cómo estaba, que la iban a extrañar. Ramona dijo que iría a visitarla. Sonia miró el cielo de nubes bajas. Hacía frío y estaba por llover. En la valija vieja que le habían prestado las hermanas, había puesto su ropa, el ajuar, el cuadro, y todo lo de bordar en una caja de madera que había comprado especialmente.

Sin mirar atrás, hizo las quince cuadras hasta la pensión. Salió a recibirla la dueña. La señora Noguer era una mujer todavía joven, viuda, con su hija Rosa, casi de la edad de Sonia. Sonriente, amable y dicharachera, inició el rito de mostrarle con detalle la casa, un placer que no había podido darse en la corta visita anterior de su nueva inquilina. Los cuartos se sucedían uno junto al otro y las puertas daban a una galería de columnas finas de hierro; la casa estaba en una esquina rodeada por un cerco de ligustrina. El cuarto volvió a parecerle muy chico a Sonia comparado con el dormitorio general; en compensación, la animaron el ropero, la cama, la pequeña mesa y la silla que serían exclusivamente para ella. Sus cosas. La ventana alta doble, de postigos y cortinas de crochet, se abría a la calle lateral. Detrás de los visillos Sonia podía ver el cerco cubierto de madreselva que daba vuelta en la esquina, hasta el fondo de la casa. En el cruce de las dos calles de tierra se hamacaba la bombita de luz. Se sintió abrumada por la manera de conversar de la señora Noguer, que hacía preguntas y se las contestaba ella misma y fue un alivio cuando pudo cerrar la puerta y quedarse sola. El ropero tenía olor a naftalina, en el cajón de abajo acomodó los paquetes de papel de seda blanco que contenían su ajuar. Distribuyó el resto de sus cosas, el cuadro de la casa sobre la mesita apoyado en la pared, y se sentó en el borde de la cama.

A las nueve y media, la señora Noguer le había golpeado la puerta y la había invitado a comer con ellas. Sonia le agradeció pero dijo que estaba cansada. Esa noche, la primera de su vida que pasaba en soledad, en un lugar nuevo y extraño, estuvo largo rato prendiendo y apagando la luz del velador. El insignificante acto mecánico la asombraba hasta aturdira. La primera consecuencia de su libertad: no molestaba a nadie, nadie venía a reprenderla. Tenía luz propia. Casi en puntas de pie recorría de un extremo a otro los pocos metros que eran ahora su casa, acomodaba la silla, disponía las cosas de una forma y después de otra. Ordenaba de diferentes modos su ropa en el ropero, abría y cerraba los postigos sumergiéndose porque sí en

la noche y en la calle desierta. Por temor a molestar, a las once apagó la luz. Vestida se tiró en la cama; el borde de la ventana cerrada trazaba una línea de la débil luz de la esquina. Escuchó el trote de un caballo que pasó y se fue. A su pesar, echó de menos los susurros de sus compañeras, la ronda de la hermana Clara, las sombras de los paraísos en la ventana del dormitorio general.

La hermana había dicho que podía recuperar buenos recuerdos. Convocó juegos de la infancia, el paseo en automóvil, la vez que había encontrado una moneda, las charlas con sus compañeras, pero las imágenes eran esquivas y no alcanzaron a formarse porque el viento oscuro del mar, el baile y la sonrisa de él mirándola en la playa las desplazaron, ocupando por primera vez el espacio completo de su cuarto en la pensión Noguer, tomando posesión de él. Era muy tarde cuando Sonia, venciendo la sensación de extrañeza que le provocaba el lugar, consiguió dormirse. Ya me voy a acostumbrar, se obligó a pensar unos segundos antes, y apretó con fuerza los ojos.

Tres

La mañana de marzo de 1936 cuando las puertas de la cárcel se abrieron para dejar en libertad a Bautista Pissano, unas nubes plomizas y bajas encapotaban el cielo. En la luz opaca, el rojo ennegrecido de la cárcel resaltaba de una manera inusual contra los eucaliptos inmóviles. Una hora antes había tenido lugar el último episodio que viviría en el despacho del director. Desde la primera frase, Bautista fue consciente de que Pardeiro había urdido de antemano aquella escena, de la que esperaba algún tipo de revancha por todos esos años en los que no había logrado arrancarle un solo gesto de obsecuencia. A continuación de un discurso moral, el director pasó a explicar que el dinero correspondiente al salario por esos años de trabajo como carpintero de la cárcel, incluso como ebanista de sus propios muebles y de los muebles de varios de sus allegados, gente importante de San Alfonso —«Muy bien hechos, eso sí, sos casi un artista, Pissano, lástima esa cabeza», y sonrió socarrón—, quedaría a disposición de la cárcel. Había dedicado tiempo a revisar los reglamentos, aclaró, y existía una norma penitenciaria firme, dado el motivo de su condena por «graves disturbios apátridas». Por lo tanto, estaba ya decidido que la suma se iba a destinar a refacciones en el área de las cocinas.

Los años de trato y las escaramuzas de torpe ironía a las que era afecto el director y que Pissano vivía con indiferencia no evitaron que sin darse cuenta cerrara los puños.

—¡Ah! —dijo Pardeiro, ávido de esos triunfos sobre el temperamento de los presos—. La vieja rebeldía todavía está ahí. —Se le ensombreció la cara—. Vos sabés lo que pienso. Si fuera ley, si fuera juez, yo —y agrandó el yo elevando el torso y el mentón— a la sedición ácrata le doy perpetua. Menos mal que en este país existen patriotas como el general Uriburu.

Bautista lo miró directo a los ojos todo el tiempo que el otro quiso representar la escena del hombre recto y escarmentador. Una cortina de humo que nunca logró ocultar su rapiña, su incontrolable afición al robo «legal». Pissano sabía hasta dónde ese hombre era un corrupto. Podría haber armado una célula bajo la tolerancia de Pardeiro con tal de que siguiera fabricando muebles y él cobrándolos. Farsante, pensó. El director pasó detrás del escritorio.

—Para que veas que te tenemos consideración, como última muestra del establecimiento y del orden que combatís... o combatías —dijo, y enarcó una ceja—, esta cárcel construida en 1880 por el ingeniero Ulriko Schmidt, y dirigida por mí desde hace 23 años, no te va a dejar en la indigencia.

Abrió un cajón y depositó un sobre en el escritorio. Pissano recogió el sobre, lo guardó en el bolsillo interior del saco, y sin decir palabra dio media vuelta y salió.

De espaldas al portón, miraba ahora la calle larga que llevaba a la plaza central de San Alfonso. Dio unos pasos y, aunque se había prometido no hacerlo, giró la cabeza. Ahí estaba la mueca en la boca ratonil de la Garza. Un grupo, entre presos y personal,

insistió en acompañarlo a la salida. A Pissano no le gustaban esas cosas, pero aceptó. La Garza lo miró como diciendo: «¿Y?». Bautista acomodó el paquete de papel de diario bajo el brazo y la mochila de tela con las herramientas que había logrado reunir, hizo un corto gesto de despedida y empezó a caminar por la calle larga.

Un molino, una casa, el ladrido de los perros, ahora venían las dos palmeras altas de una quinta. Una mañana de agosto, le había pedido al chofer desviarse unas cuadras sólo para ver la imponente copa amarilla de un aromo florecido. La enumeración de los árboles a su paso, sauces, fresnos, álamos, acacias, un nogal, le brindaba una tranquila felicidad. No podía decir que encontraba el pueblo cambiado y que los cambios lo sorprendían porque a lo largo de esos años se había ido adueñando poco a poco de San Alfonso. Infinidad de trabajos en la intendencia, en la casa del comisario, a veces en casas particulares de amigos de Pardeiro o meras transacciones comerciales del director le habían hecho conocer a mucha gente del pueblo. También había llegado a saber multitud de cosas de sus vidas, pero aquellas personas eran justamente las que no le interesaban. Pissano había logrado algo que, en los primeros tiempos, le pareció imposible: vivir en el momento y el lugar presentes; domar su carácter. No recordaba y no proyectaba. Las noticias de los compañeros, que esporádicamente recibía a través de Rafael en la Biblioteca Alberdi, lo hacían meditar. Algo era distinto ahora, sin embargo. O todo era distinto; era otra vez un hombre libre y dentro de esta libertad las mismas cosas vistas muchas veces se veían ahora diferentes: volvía a caminar a su entera voluntad por las calles; las cuadras se sucedían una tras otra y el edificio de Ulrico quedaba definitivamente atrás. Los gastados zapatos de trabajo que había recuperado, abandonando al fin los botines negros de la cárcel, fueron el último empuje, como si hubiera terminado de armarse, de sentirse completo. Una ráfaga de aire súbita y más fresca le trajo olor a trébol, a campo abierto. Respiró hondo: las gruesas paredes no habían podido vencerlo y ése era su orgullo, el único que se permitiría por ahora. Un trueno empezó lejos y rodó sobre el pueblo alborotando a los gorriones. La lluvia que, aunque no caía ya sentía en la piel, era la causa de un sentimiento profundo, inexpresable, de júbilo: era el gusto de la libertad.

Llegó a la esquina del Hotel Central y decidió que ese día y esa noche los pasaría ahí, aunque era un lujo que sólo podía permitirse por una noche. Le dieron la pieza del fondo y se sintió agradecido. No tenía ganas ni quería dar a nadie la ocasión de alternar. Sus ropas eran viejas pero estaban perfectamente limpias; el primer deber que se había impuesto, no abandonarse, había sido observado obstinadamente. También había erradicado de su cabeza la pregunta de si a alguien le importaría o lo notaría. Filosóficamente, daba por sentado que sí. Un rato más tarde, acomodándose en la cama junto a la mesa de luz, arrancó una hoja de la libreta y escribió a su hermana María: qué era de los compañeros, cómo estaban los hermanos, si tenían noticias de España, qué sabía de don Miguel. Separó algo de dinero del sobre, salió y fue a comprarse dos mudas de ropa, una camisa y un pantalón. Compró también el

diario, varios sobres y despachó la carta. Al mediodía, sin apuro, se largó a cruzar el pueblo hasta cerca de las quintas, donde las calles de tierra se hacían hondas y corrían entre veredas altas y cercos de ligustrina. Golpeó las manos en una vivienda modesta; le respondieron los ladridos del perro, que salió a recibirlo hasta la puerta de alambre tejido. Rafael se asomó y le hizo el gesto de que pasara. Bautista palmeó la cabeza del perro y se encaminó a la cocina. En cada uno de sus gestos, hasta en el más mínimo, sentía la sigilosa satisfacción de la libertad. Se encontró a gusto en la casa despojada y pulcra de este hombre solo como él. Rafael puso la pava para el mate y depositó sobre la mesa un pan de chicharrones para celebrar. Bautista sacó la bolsita de cuero del tabaco y cargó la pipa. Por primera vez nadie los vigilaba y tenían todo el tiempo por delante. Un único tema los convocaba esa tarde en que podían al fin hablar sin testigos: las noticias de España. Buenaventura Durruti encabezaba las brigadas y era seguro que todo iba a estallar en cualquier momento en Barcelona.

—Espero noticias de mi hermana María —dijo Bautista.

—Querés irte —más que preguntar, afirmó Rafael.

La fuerza masculina de sus hombros y brazos no atenuaba la bondad de los ojos que lo interrogaban.

—No lo pensé a fondo, todavía —dijo Pissano—; lo que pase en España puede cambiar la historia, va a cambiarla.

—No soy quién para decirte lo que debés hacer, pero España hace un siglo que lucha. Acá hay mucha ignorancia. Tenés que hablarles a los camaradas, contar tu experiencia.

Rafael era un puro de corazón, la duda no cabía en él, hubiera sido un crimen plantearle que avivar esos fuegos, cada vez más inciertos y dispersos, lo llenaba de preguntas. España era un frente seguro, mientras que acá se encontraba desorientado. No le dijo que ahora tenía libreta de enrolamiento.

—Hay que alertar sobre el fascismo, que se abre paso en todas partes y acá, más que nunca. Eso hay que hacer.

Rafael estuvo de acuerdo. Discutieron largamente las noticias y la situación general. De regreso al hotel, pasadas las seis de la tarde, Bautista se quedó en la puerta, al lado del mozo. Se entretuvo mirando la gente pasar, esperando la lluvia que tardaba. Por otro de los mozos que, ocioso, vino a conversar con ellos, se enteró de que, cruzando la plaza, se construía un edificio nuevo. Tal vez necesitaran un carpintero. Bautista agradeció la información y se fue a su pieza. Buscó otra vez el sobre en el bolsillo del saco. Además del dinero, adentro estaba la libreta de enrolamiento que le habían hecho en la cárcel. La miró un rato largo, leyó todas las inscripciones. Allí constaba, por primera vez, su condición de ciudadano argentino. De un modo raro, contradictorio, se sintió conmovido a la vez que atrapado. Cuando a eso de las ocho tuvo hambre, eludió el sopor de ese largo día que empezaba a vencerlo y salió del hotel. Conocía una fonda frente a la plaza de la estación de ferrocarril donde iban trabajadores y peones y donde Rafael se reunía con algunos

compañeros. Pasó frente al parapeto de chapas del edificio en construcción del que le había hablado el mozo. Cuando regresaba, se largó a llover. Pissano no apuró el paso, dejó que la lluvia le cayera sobre la cara y el cuerpo. A pesar del cansancio, pudo más su deseo de caminar bajo la lluvia y dio un largo rodeo antes de volver al hotel con la ropa empapada. Ya en su pieza, colgó la ropa a secar y se durmió sin darse cuenta. Al amanecer abrió los ojos en la oscuridad, extrañado de no saber dónde estaba. Tanteó, buscando la pared, y encontró el vacío. Tardó unos segundos en recobrase; recuperó la entrada del hotel y la pieza del fondo que le habían asignado. Encendió la luz y se sentó en la cama. Todo le fue extraño, hostil, y a pesar de que la pieza era sencilla, la mesa de luz, la palangana con la jarra, la toalla, los visillos detrás de los postigos le parecieron lujos excesivos. Desvelado, extrañó su celda. Un gallo cantó, no muy lejos. Se levantó, se lavó la cara y el cuello en la palangana, se puso la camisa y el pantalón nuevos y salió. El pueblo todavía dormía.

Parado junto a la ventana de su pieza que da al patio de atrás, Bautista come el pan y el queso de su desayuno. Hace tres semanas que vive en la fonda de la estación y esa ventana que se abre a una parra, a un viejo nogal y al canto de los gallos es una de las mejores cosas que le ha dado la libertad. Escucha los trenes y eso le gusta. La poderosa puesta en marcha de los engranajes hacía temblar los vidrios. El estrépito le producía una felicidad física, como el ruido de la lluvia o el bullicio de los pájaros a la mañana. El Nocturno, el expreso de las diez de la noche, lo despierta, y eso también le gusta. Ahora es consciente de una multitud de sonidos que había dejado de oír hacía años; tirado en la cama se queda despierto, clasificándolos, hasta que la noche se adueña del pueblo y un silencio de campo baja desde las estrellas. Con los ruidos volvieron recuerdos dispersos, repentinos. A veces Bautista recuerda al Boyero, sus manos toscas sosteniendo el lápiz, lo ve trabajosamente inclinado sobre *R* y se pregunta qué será de él. Se acuerda de sí mismo en la cárcel como si fuera otro. Piensa que es un hombre todavía joven, un hombre que acaba de cumplir 34 años, sin mujer. Los últimos años se habían desvanecido sin que se diera cuenta. La avaricia de Pardeiro había impedido el acortamiento de la pena por buena conducta, y había salido sólo nueve meses antes. Bautista aparta ese pensamiento que lo encona y no lo lleva a ninguna parte. Sobre la mesa de luz está el libro de Darwin que ha retirado de la Biblioteca Alberdi; lo abre y saca la carta de su hermana María que le ha llegado el día anterior. Vuelve a leerla. Don Miguel ha muerto, murió en el barco que lo llevaba a España, estaba enfermo y no aguantó el viaje; los compañeros están dispersos. Uno de ellos le aconseja que no se mueva, que los vigilan. En la cárcel de Montevideo ha habido una fuga importante y buscan camaradas en Buenos Aires, que a él, con sus antecedentes, lo van a detener en cuanto se mueva. Que se quede donde está. No eran tiempos para volver. Pissano siente que las novedades lo afectan. Luchaba para que las cosas volvieran a encontrar su lugar y eso quería decir: volvieran a encontrar un sentido. Miró su pieza como buscando algo, las paredes desnudas. Cuando pudiera se iba a hacer dos estantes para libros, era algo que quería

tener. Del bolsillo de la camisa sacó un papel y lo estudió. La tarima es simple, considera. Más que una tarima, es un palco con una escalerita lateral. Pidió una madera dura que el capataz encargará a Buenos Aires. Las tablas debían quedar bien parejas y cepilladas, machihembradas con apenas un mínimo de juntura y con la veta en orden. El capataz dijo que después la iban a pintar. Era una lástima, la madera pintada. Guarda otra vez el diagrama de la tarima que le entregaron junto con un plano de la obra, sin duda para señalarle en qué edificio importante está trabajando, él, que ha salido de la cárcel hace apenas unas semanas y a quien le han encargado lo más delicado: el palco para la orquesta de señoritas. Bautista envuelve lo que resta de pan y queso en el papel. La cárcel le ha dado una forma a sus días, un modo de levantarse y de caminar, un molde que, después de las noticias de la carta, a pesar del impulso de las primeras semanas y a pesar de todo su esfuerzo, ha vuelto a caer sobre él. Descuelga el saco. Va a la palangana, se limpia los dientes con el polvo dentífrico y se lava la cara. Se anuda el pañuelo al cuello y sale.

Atravesó la plaza en diagonal y a la media cuadra llegó a la obra en construcción. Siempre primero por la costumbre de levantarse al alba. No había nadie en la calle. La escalerita con un pasamanos de balaustres era lo más difícil de tornear, pero el capataz dijo que estaban las máquinas. Tenía que calcular la estructura de apoyo del palco pensando en cuatro mujeres más el piano. Algún día podría poner una carpintería por su cuenta. Pissano desplegó el bosquejo y lo estudió otra vez. Cuando volvía a guardarlo en el bolsillo, en la esquina desierta vio doblar a una mujer. Una muchacha muy joven, de aire reconcentrado, delgada, lindas piernas, apreció Bautista de un solo vistazo. Fue tan repentino el materializarse de la chica en el aire de la mañana que creyó en alguna clase de aparición, de milagro, esa figura femenina viniendo hacia él en el primer sol del día. Sobre la melena corta, rebelde y castaña, llevaba encasquetado un sombrerito negro que a Bautista le causó gracia. Sólo cuando estuvo cerca, la chica advirtió que la miraba y bajó los ojos con un perceptible sobresalto, un segundo después de que Bautista se quitara la gorra en un saludo silencioso. Lo conquistó el respingo de la muchacha, los ojos tan claros transparentando alarma. La miró pasar y siguió mirándola a su gusto mientras ella cruzaba la calle y se detenía en la esquina de la plaza, en la parada de los coches de alquiler. La chica esperó que se acercara uno de los choferes, que conversaba con los otros, sentados en un banco. Seguía con una actitud como contrariada y apretaba la cartera bajo el brazo. Por la misma vereda de la plaza, Bautista vio venir a Biasi, el loco que deambulaba sin descanso por el pueblo. Pobre infeliz, pensó mientras la silueta compacta se acercaba con el subir y bajar de la flexión de las rodillas. La chica dio muestras de ponerse nerviosa por la aparición del loco del cementerio y se apresuró a entrar en la parte de atrás del coche de alquiler que, un minuto después, doblaba en la esquina, dejando atrás la plaza. Bautista se quedó mirando hacia donde el coche había desaparecido. Biasi cruzaba la calle como si caminara por el medio del campo. Cuando estuvo frente a Pissano, dijo: *Mananas*, clavándole una mirada

perdida desde un interior poblado vaya a saber por qué sombras de imágenes. No había nadie en toda la cuadra, salvo ellos dos. Pissano, recostado contra la pared, lo miró. *Mananas*, repitió el loco. ¿Querés queso?, dijo Pissano. *Mananas*, fue la respuesta. Pissano desenvolvió el paquete y partió un trozo de queso y otro de pan. Volvió a envolver todo y extendió la mano. El idiota miró la mano un momento y después levantó la suya, sucia y apopléjica. Los dedos se agarrotaron sobre el pan y el queso y empezó a comer. Hizo un gesto indeciso y terminó apoyándose contra la pared, al lado de Pissano. Respiraba con un estertor sordo y masticaba con la mansedumbre de una vaca. Bautista miró para otro lado. El reloj de la iglesia dio las ocho de esa mañana límpida de abril. Bandadas de gorriones volaron entre los plátanos. Su padre y su hermana eran los únicos que habían conocido San Alfonso. Su padre hacía nueve años que había muerto. Su madre, seis. Echar raíces en este lugar, como los plátanos, pensó, a lo que se acopló, fugaz y luminosa, la visión de la chica con su sombrerito. Los tiempos habían cambiado. Meditaba profundamente en esto, quería encontrar un sentido verdadero a lo que decidiera hacer. La cuestión para seguir adelante era imaginarse un futuro, y el futuro ahora era el palco para la orquesta de señoritas. Mañana tendría que inventarse otro. Cuando el capataz abrió la obra, Biasi, como si supiera que lo iban a echar —era su destino el ser echado de todas partes—, emprendió nuevamente su ronda que terminaría, al caer la tarde, en la puerta del cementerio.

Sonia pidió al chofer que la esperara en el camino, junto al alambrado. Bajó del auto, quitó la traba de la tranquera, pasó y volvió a cerrar. La avenida de eucaliptos se alzó sobre ella, intimidándola. Reunió lo poco que tenía, revisado una y mil veces: sus padres muertos cuando el brote de cólera, la chacra, el señor García diciéndole: «Reus es un apellido catalán». Los tacos se hundían en los terrones desparejos. Al fondo vio la casa. La rodeaba un cerco de alambre tejido. A medida que se acercaba, a un costado de la casa, fueron apareciendo una palmera y un molino tocados por el sol de la mañana. Creyó recordar la palmera o por lo menos tuvo un impulso instantáneo de reconocimiento. Tal vez había estado alguna vez allí, pero cómo saberlo si tenía sólo un año y medio. Los perros ladraron. Los zapatos, tan lustrados la noche anterior, se hundían en la parte húmeda de la huella. Escuchó el sonido metálico de la rueda del molino y el viento la envolvió con el olor áspero del campo. Los perros ladraban con más furia. Cuando los vio detrás del alambre tejido, avanzó decidida. Frente a la puerta de la casa, golpeó las manos. Miró alrededor: almácigos de una quinta, el molino, que giraba al lado de un tanque de agua de chapa. La voz de un hombre, desde adentro, mandó a callar a los perros. Un hombre alto, de tez colorada, pelo y bigotes canosos, en bombachas grises y camiseta, apareció en la puerta.

—Buen día —dijo Sonia.

—Buenas... —contestó el hombre y se quedó sosteniendo la puerta de alambre de fiambra.

—¿Usted es el señor Reus? —siguió Sonia con un nudo de nervios en el estómago.

La cartera y los zapatos y el sombrero, todo lo que tenía puesto estaba fuera de lugar. Igual que ella, sintió. Tomó aire.

—Sí —contestó el hombre saliendo de la casa.

El hombre no la miraba a ella sino hacia la entrada de eucaliptos y más allá, hacia el camino donde esperaban el auto y el chofer. Cada vez más nerviosa, Sonia se obligó a seguir:

—¿Podría hablar con usted? Un momentito nada más. ¿Su señora no está?

El hombre titubeó. Al fin dijo:

—Sí, pase... ¡¡Fuera!! —gritó a los perros, que habían vuelto a ladrar.

Una mujer de cara redonda y bondadosa se acercó cuando entraron. Aunque era de material, adentro la casa se veía precaria y estaba desordenada. Le acercaron una silla.

—¿Quiere un vaso de agua? —preguntó la mujer con voz grave y tierna, de acento italiano—. Es del molino.

Sonia aceptó para no desairarla. Se quedaron en silencio mientras la mujer trajo el vaso de la cocina. Bebió unos sorbos. Los dos la miraban. El viento debió cambiar de dirección porque el molino emitió un chirrido brusco, metálico.

—Gracias —dijo Sonia; sin saber cómo empezar a hablar, volvió al silencio.

—Ya está haciendo fresco —dijo el hombre.

—Tengo su mismo apellido... —dijo Sonia—. Mi nombre es Sonia Reus, es un apellido raro, me dijeron que es catalán. Una vez un hombre me dijo que podía ser catalán.

La mujer se había sentado, las manos juntas sobre el delantal; el hombre permanecía de pie. Los dos la miraban sin expresión.

—Estoy averiguando si tuvieron parientes por acá, o en el pueblo. Mis padres... —Sonia se detuvo, asombrada de haber pronunciado esas palabras. Ahora todo podía ser más fácil—. Mis padres vivían en una chacra. Murieron. Quería saber si ustedes no serán parientes, son los únicos Reus, por acá.

—¿Usted se llama Reus? —dijo el hombre.

—Sí. Así me llamo.

—Sabía haber Reus para el lado de Mendoza. Acá no sabía.

Sonia lo miraba con una atención concentrada.

—Nosotros no somos de acá —dijo la mujer—. Somos de Santa Fe.

Esperaron, pero Sonia no dijo nada. El hombre siguió:

—Allá en Santa Fe está mi familia —dijo—. Algunos Reus hay. Pero por acá no sabía.

—Santa Fe... —repitió Sonia.

—Que yo sepa —continuó el hombre— somos los únicos que se vinieron para este lado. Catalanes, sí; así decía mi finado padre. De cerca de Sabadell.

—Sabadell... —dijo otra vez en un eco Sonia, como si ese nombre desconocido pudiera revelar algo.

Quedaron en silencio. Afuera seguía su giro la rueda del molino, los perros se habían calmado. Sonia se puso de pie. Quería irse, caminar de vuelta, desaparecer.

—Y dígame, ¿no me encuentra algún parecido con alguien de su familia...? —la sacudió una agitación nerviosa. No supo cómo se había atrevido a llegar tan lejos.

El hombre la miró y enseguida desvió los ojos, como si le pareciera irrespetuoso mirarla abiertamente.

—Yo creo que no —miró a su mujer para que confirmara o desmintiera.

—Ellos son todos rubios, les dicen los colorados, allá —la mujer sonreía, apretaba un trapo en la mano—. Ahora, no sé.

—Que yo sepa —intervino el hombre como si hubiera estado meditando algo difícil de resolver— en San Alfonso somos los únicos. Y ahora, usted. Qué cosa, ¿no?

Un vientito frío le pegó en la cara, el cuerpo se le iba en un balanceo flojo, la cartera le colgaba de la mano. De los eucaliptos le llegó un sonido de susurros, de ráfagas. Más atrás, escuchó el molino. Las alpargatas del hombre en la bosta de vaca. Había visto cómo pisó allí cuando salieron de la casa y la acompañó unos metros. Ordeñaría las vacas él mismo. Gorriones y mirlos, bandadas alborotadas de un árbol al otro. Debían de ser cerca de las nueve y media. Vio al chofer pasándole un plumero al auto. Para qué lo hará, pensó Sonia, si ahora se le va a llenar de tierra otra vez. Toda la visita le pareció una torpeza, pero tapó ese sentimiento. Meses después de instalarse en la pensión, había experimentado el placer de la primera dádiva de su mayoría de edad, el primer atisbo de su nueva vida: hacer algo porque sí, porque quería hacerlo. Uno de los pensionistas, cajero del Banco, mencionó a una familia Reus y una chacra cercana. Como con todo lo que hacía, Sonia se tomó un tiempo para acostumbrarse a la idea, hasta que esa mañana del día señalado, se esmeró en su arreglo y salió, con una mezcla de miedo y determinación, a buscar un coche de alquiler. Y con la secreta satisfacción de ese primer acto de independencia. Ahora se decía que debió preguntar mejor, que debía haberle dado una explicación más completa a esa gente que parecía tan buena, sobre todo la mujer. Se había portado como una estúpida. El arreglo, el sombrero y la cartera estaban fuera de lugar, Sonia volvía una y otra vez sobre su ropa con vergüenza, sintiendo calor en la cara. Pisaba con fuerza el pasto húmedo de rocío, sentía placer en hundir los tacos en el barro. El mundo se le reveló como un lugar múltiple, confuso, un desorden en el que podía pasar cualquier cosa; un lugar donde podía perderse.

Cuando estuvo de regreso en su cuarto de la pensión Noguer, supo que no había nada. Ningún Reus de aquí o de otro lado. Nadie atrás, salvo el Asilo y las monjas. Nadie adelante. Junto con el barro seco que desprendía de los zapatos mientras los limpiaba se deshacía de su última necesidad de saber quién era. Como si hubiera estado esperando librarse de ese último lastre, su secreta historia de amor tomó posesión del lugar natural que le correspondía: el del centro absoluto de la escena de

su vida.

—Pobre chica, tan sola, parece que no tiene amigas, tan callada, qué cosa.

—En el Asilo tendrá alguna.

—No, dice la del correo que le dijo Rosita Noguier que no tiene ninguna, y me dijo algo raro.

—¿Qué?

—Dice que un día la señora Noguier salió enseguida después que Sonia y que de casualidad iba para el mismo lado y vio que Sonia agarraba para el lado de los gitanos, cruzando la vía detrás del galpón de la cooperativa.

—¿Sola, para el lado de los gitanos...?

—En cualquier momento se pierde, los hombres averiguan enseguida si una mujer está sola, y es bastante interesante la pobre.

—Sonia es una chica buena y decente... Esperen, ¿a qué no saben con quien me encontré esta mañana en la casa Muriel?

—Pero digo yo, cómo será ser huérfana, no saber qué aire de familia tenés.

—Sonia llama la atención. Dice la del correo que la señora Noguier le pide que salga con ella y con Rosita, que no salga sola. Pero ella, nada.

—¡Qué bien cantó la de Florimonti en el beneficio! A mí lo que me gustaría es cantar valsos, polcas... A los hombres les gusta una mujer que canta bien. Adorna.

—Sí, a lo mejor papá te iba a dejar cantar.

—Se viene el baile de temporada. Vos, Margarita, podrías empezar a ablandarlo, vos sos zalamera.

—Sí, vos le podrías ir diciendo. Siempre con la menor el padre es más bueno. Parece que este año el cotillón lo traen de Buenos Aires. Dicen que va a haber dos orquestas y que Adolfito va a ser el maestro de ceremonias.

—Ya lo dijiste veinte veces.

—Para mí es el más indicado. Es elegante, tiene clase y sabe abrir el baile de lo mejor. Baila divinamente, es el muchacho que mejor baila de San Alfonso.

—A mí no me gusta. Es relamido.

—Escuchen... hoy en la casa Muriel me encontré con...

—¿Cómo será ser huérfana, sin nadie en el mundo? Como la chinita que crió la tía Maruca, siempre tan callada, tan mosca muerta, la Romilda, y ahí tenés que se casó y todo.

—Tales palabras... Se casó de blanco y todo, un vestidito sencillo pero de blanco, con su ramito y su velo.

—Parecía una mona.

—Ya salió ésta.

—Si es verdad; negra de pelo pirincho, petiza, fea como un bagre, pero consiguió uno y se casó por iglesia.

—¡Callate que me descompongo...!

—¡Ah, la tía Maruca...! Nunca se quiso casar porque estaba enamorada de Jorge

Newbery, hasta llevó luto cuando se estrelló. Decía que nunca quiso alentar a ningún pretendiente por eso.

—¿Qué pretendiente? Estoy segura de que la tenía a la Romilda a propósito. Salía la Romilda a abrirte la puerta y después de eso cualquier cosa te parecía un sueño.

—Decime, ¿vos tenés algo contra la familia? Qué sabrás vos. La tía Maruca, finísima. La única hermana mujer de papá, la tenían como a una reina.

—No le hagas caso, Adela, lo hace a propósito.

—¿Qué fue eso?

—¡Qué!

—Me pareció que podía ser papá que se levantaba de la siesta. Mirá si te escucha.

—Papá nunca se va a levantar antes que mamá.

—¿A qué hora le traen *La Nación*?

—Si el tren viene a horario, a la seis se la alcanza Adolfito. Adolfito dice que si papá quiere también lo afeita, que trae las cosas por las dudas.

—Pero si ya lo afeitó esta mañana.

—Como es sábado, a lo mejor quería un repaso, dice, por si lo vienen a saludar.

—Qué interés por afeitarlo. Ése te arrastra el ala.

—Estás loca, ¿a mí?

—Sí, a vos. Me dijo Teodo que el otro día cuando pasaron por lo de Muriel y vos te pusiste a mirar los figurines, no te quitaba el ojo de encima. Dice que si le ponía un fósforo delante de los ojos, se prendía fuego.

—Mirá las pavadas que comenta la asmática... ya se larga, está todo encapotado.

—Qué trueno, cómo sonaron los vidrios.

—Me vienen ganas de comer tortas fritas... Dale, Sofi, hacé algunas.

—Ni soñando, meterme ahora en la cocina.

—Dale, Mecha, hacelas vos, yo te ayudo, cuando mamá se levanta tiene unas calentitas.

—Bueno, esperá, ¿me escuchan de una vez? ¿A que no saben con quién me encontré hoy en la casa Muriel?

—¿Con...?

—Con don Gambetta y la señora, los padres de Delia. Qué hombre tan correcto, qué señor. Me dice: ¿usted es la señorita hija de don Vicente y doña Luisa?, ¿cómo están sus padres? Muy bien, gracias, le digo yo. Dígale a su papá que pronto va a tener que invitar a su mamá a la confitería. Acá me quedo helada y me dice: pronto inauguramos en la calle Belgrano y ahí me da una cachetadita y me dice, a ver m'hijita si me hace propaganda entre la juventud, se va a llamar La Tokio, todas las amistades de mi hija están invitadas.

—¡Ah!

—¡Ay!

—¡La Tokio, qué regio, todo lo chino está de moda!

—¿Por qué no lo contaste antes? ¡Qué callado se lo tenían! Adolfito ya me había

dicho que don Gambetta es el hombre más rico de San Alfonso.

—Eso lo sabe todo el mundo. La Tokio, qué nombre justo, qué moderna.

—Trae un cuarteto de señoritas de Buenos Aires: piano, guitarra, bandoneón y violín. Debo ser la primera que lo sabe en San Alfonso.

—¿Las trae con piano y todo?

—No. El piano lo proporciona don Gambetta. Delia, sencilla. La madre, con un tapado de entretiem po marrón, muy de ahora, con solapas de terciopelo. Y yo sin poder contar lo desde esta mañana, me saqué un peso de encima.

—Algo se comentaba, unos dijeron un cine, un salón danzante.

—Quería el golpe de efecto.

—Dicen que a los albañiles les ordenaron que no se lo dijeran ni a la familia, que si lo comentaban perdían el trabajo.

—A mí me había dicho el repartidor de pan que cuando fue a llevar el pedido a la fonda de la estación estaban diciendo que Pissano hace un trabajo importante en la obra, pero que como es tan reservado nadie le había podido sacar palabra.

—¿El anarquista?

—Parece que se está regenerando.

—Dice papá que éstos no se regeneran nunca, que las ideas les siguen en la cabeza y que no hay que quitarles el ojo.

—A mí me gustaría que viniera a arreglar la viga de la cochera, lo espiaría a ver cómo es. Acordate lo que dijo Amanda, que es bien interesante.

—Lo único que faltaba. Vos y tus ideas locas. ¿Me cebás otro bien dulce, Mecha?

En su pieza de la fonda de la estación, Bautista espera a duras penas el paso de las horas hasta la tarde, cuando se encontrará con Rafael. La impaciencia lo hace sentirse enjaulado; las noticias que ese mediodía de domingo había escuchado por la radio se sucedían y estallaban en su imaginación como los mismos morteros que despedazaban hombres, puentes y casas. La vieja energía dormida, su energía aletargada desde hacía años, volvía a la superficie con una fuerza que lo impulsaba a moverse, a pensar con rapidez. Había estado como muerto, sentía eso ahora; había estado acomodándose a una realidad ínfima, mezquina. Al fin, la reaccionaria siesta pueblerina había sido sacudida por un terremoto, invisible para casi todos, salvo para él. Como una tormenta incubada largo tiempo acababa de explotar la guerra en España. Se sentó en la cama. España, allí se decidía el destino de Occidente. Y él acá, haciendo que se preocupaba por una tarima, por su subsistencia, mientras allá los obuses cruzaban el cielo y estallaban haciendo pedazos los cuerpos de los compañeros que se jugaban la vida. Trató de serenarse, calcular bien sus próximos pasos para comentárselos a Rafael, un plan cuyo fin sería realizar su propósito: trasladarse, ponerse en contacto con las brigadas y, en lo posible, alistarse bajo las órdenes de Durruti. En San Alfonso apenas se habían enterado, ¡qué les importaba España! A pesar de la contrapropaganda del gobierno fascista de turno, los diarios y la radio dejaban saber lo que pasaba. San Alfonso, como tantos otros pueblos,

dormitaba aletargado, reprimido por esos años de elecciones fraudulentas, de militares iluminados de nacionalismo. Abrió el cajón de la mesa de luz y revisó, una vez más, el escaso dinero que tenía. Lo primero, averiguar de algún buque de carga en el puerto de Buenos Aires para contratarse de peón. Golpearon la puerta; lo buscaban adelante. Era Rafael. Se sentaron a una mesa junto a la ventana, con dos cañas de durazno y unas aceitunas. Sin poder estarse callado ante la pasividad con que Rafael recibió los primeros comentarios, Bautista habló de todo lo que había pensado esa tarde, con pasión, como si hubiera recuperado el fuego juvenil, algo perdido hacía mucho y que estaba nuevamente orgulloso de poseer y, tal vez, de exhibir. Después de años, sentía otra vez que le corría sangre por las venas, dijo. Rafael lo miraba sin hablar; apenas si intercalaba algún monosílabo. ¿Dónde había quedado su pacifismo?, preguntó por fin. ¿Era algo sincero? Pissano estaba preparado para esta pregunta y explicó sus razones, cuidadosamente meditadas. Aquello era la revolución, no una guerra, no tampoco actos individuales. Entonces, dijo impasible su amigo, la guerra de España está en todas partes. Salieron a relucir cuestiones ideológicas de base en las que era difícil encontrar una grieta en la argumentación de Rafael. Era un hombre acostumbrado a la dialéctica y a ver los hechos de a uno, y en conjunto, y desde todos los ángulos, sin perder nunca un tranquilo sentido de la realidad. A medida que Pissano se enardecía, Rafael demolía una a una sus razones con frialdad, como si él, Bautista, tropezara en la argumentación al no poder mantener la cabeza fría. Pidieron otra vuelta y se quedaron callados. Caía la noche y el salón de la fonda se había puesto oscuro. El patrón no encendía las luces hasta tarde. Impaciente, sin darse cuenta de que su amigo juzgaba no sólo sus razones sino su carácter, Bautista intentó volver al inicio de la conversación. Algo lo inquietaba sin que terminara de tomar una forma definida, algo que subyacía en toda la discusión: su interés, o podía darse cuenta ahora, su necesidad de la aprobación de Rafael; y éste era el foco principal de su irritación, porque estaba visto que no la lograba enteramente y eso le importaba mucho más de lo que había creído cuando, unas horas antes, a solas en su pieza, exponía mentalmente sus planes y razones, que triunfaban sobre los argumentos de Rafael con una claridad que le parecía inobjetable. Pissano esperaba una respuesta que no llegaba. Como dándose una tregua, volvieron la cabeza hacia afuera, donde caía la noche sobre la plaza de la estación.

En la vereda, un hombre de aspecto miserable, seguramente un peón, miraba hacia adentro con indiferencia.

En los segundos de silencio que siguieron, se oyó la voz del patrón desde el mostrador:

—Echados del campo. No tienen a dónde ir. Hoy les doy de comer, pero ¿y mañana?

—Mañana les damos nosotros —le contestó, calmo, Rafael sin dar vuelta la cara, seguía mirando para afuera—. Y pasado ya les encontraremos algo.

Terminó la caña de un trago, se levantó y salió a la vereda. Bautista lo vio acercarse y hablar un rato largo con el hombre. Después, en la vereda de enfrente, vio una mujer y dos chicos. La mujer miraba con los ojos agrandados. Los chicos, con las caras vueltas hacia arriba, se agarraban a las polleras de la madre.

Años más tarde, Bautista volvería muchas veces a ese momento de su vida; al instante en que un mundo vibrante de tormentas bélicas e ideales universales se deshizo silenciosamente en la penumbra de la fonda de la estación, fonda de un pueblo perdido en el polvo en el que, sin embargo, los hombres y las mujeres también vivían y morían y padecían, los mismos hombres y mujeres postergados por los que se peleaba allá. La exaltación de los obuses y la muerte heroica se eclipsaron; un manto de ceniza cayó sobre el fuego de las brigadas. Sin proponérselo, sin siquiera considerarlo, Rafael acababa de demostrarle algo que tardaría muchos años en comprender del todo. Miró un rato largo las aceitunas hasta que el plato fue una difusa mancha blanquecina sobre la madera de la mesa, confundida con zonas violáceas de manchas de vino, y seguía mirando el plato cuando el patrón, al fin, decidió prender las luces.

Esa noche, tarde, casi a la madrugada, tirado en la cama con las manos detrás de la nuca, sin fervor pero con claridad, Pissano decidió quedarse en San Alfonso. El propósito era lo único firme. En un punto todavía confuso, la conclusión de su vigilia le provocó cierto alivio, al que vino a mezclarse de manera inesperada la imagen de la chica del sombrero y los ojos claros.

«Inauguración de la Confitería Tokio», 1938

Esta fotografía forma parte de la serie publicada por el periódico *El Imparcial*, en enero de 1938. Los pies de fotos registran los nombres de las personas fotografiadas en diferentes partes del salón. En ésta, se ha tomado el sector donde se alza el palco de la orquesta de señoritas. Arriba, tras la balaustrada de la tarima, una mujer joven, de melena corta y anteojos, sostiene junto a la cintura un violín. Detrás se ven el piano y un fragmento de brazo femenino apoyado en el borde del teclado. Abajo, en hilera contra la pared, varios hombres de ropas modestas, con aspecto de obreros, parecen formar parte lateral del festejo; el pie de foto consigna, junto a sus nombres, sus oficios. Delante de ellos, tres mesas con manteles blancos hasta el piso forman el centro de la escena. Se advierte una gran iluminación en todo el local. Las personas sentadas han girado sus cuerpos para mirar la cámara; la mayoría son mujeres y hombres jóvenes y algunas parejas mayores. Llevan trajes y vestidos elegantes, que contrastan con los de los hombres contra la pared, notoriamente más modestos. De la lista de nombres de estos últimos, uno es el de Bautista Pissano (carpintero-ebanista). Alto, de pelo oscuro peinado para atrás, cara más bien redonda de pómulos altos, frente amplia y bigotes, lleva un saco negro igual que el chaleco y una camisa blanca desabrochada. De pie, en el ángulo que hacen el palco y la pared, con un pie apoyado en el primer escalón, mira a cámara con expresión tranquila, tal vez algo irónica; la

mano derecha se cierra alrededor de uno de los balaustres del pasamanos de la escalera que sube al palco. En la mesa más cercana, se ve a un grupo sonriente de tres mujeres y un hombre joven. Una de ellas, mayor que el resto, sonríe ampliamente: se trata de la señora Ofelia de Noguer; a su izquierda, siguiendo el orden del pie de foto, está sentada la señorita Sonia Reus, de algo más de veinte años, de melena oscura y ojos que se adivinan claros. Tiene la espalda muy derecha y las manos se apoyan sobre el borde de la mesa; la sonrisa no alcanza a disimular cierta expresión de recelo o timidez; lleva un vestido blanco con una cinta más oscura en la cintura.

En un aparte, la nota del periódico *El Imparcial*, que acompaña la serie en el Museo Nuevo, señala la amplitud de criterio demostrada por el señor Gambetta, propietario de la nueva Confeitería Tokio, al invitar al ágape a los operarios y trabajadores que han participado en la construcción del edificio.

Las voces de una discusión ondulaban en medio de un viento fuerte, de torbellino. De golpe, en el aire inmóvil de la pieza, sonó un acorde agudo seguido por una escala de notas graves que fueron a morir al pie de unas palabras incomprensibles. Sonia quedó con el peine en alto, escuchando por la puerta abierta, pero no pudo entender qué había dicho Beltrán. Salió de la pieza y fue a la cocina. A un lado y a otro de la radio, Rosita y la señora Noguer le hicieron señas de silencio. Casi en puntas de pie, Sonia se acercó a la mesada y vertió leche en un jarrito. De brazos cruzados, esperó que la leche hirviera; luego le echó adentro una barra de chocolate. Lo sirvió en una taza y la rodeó con las dos manos mientras su cabeza era otra vez arrastrada por las voces del radioteatro; volvía el ruido del viento entre los árboles, pero se distrajo. Disimulada bajo una apariencia de pasividad, la exaltación de haber llegado al borde de algo, a la inminencia de una señal desde la cual ella se arrojaría al futuro, la dejaba en suspenso, haciendo como que escuchaba pero sin escuchar, mirando un punto en el vacío. Veinticinco años. La señora Noguer y Rosita, embelesadas con los últimos capítulos, no se habían acordado. Era mejor. El aroma del chocolate le trajo una imagen efímera del Hogar. Había vuelto sólo una vez, a ver a la hermana Clara cuando enfermó. La sorprendió lo extraño que le resultaba todo, lo lejano; aquel olor de pisos lavados, de tristeza. Su vida allí era un período cerrado que no tenía interés en recordar. Cuando cruzó las vías de regreso, aquella tarde, se dio vuelta a mirar por última vez el edificio de Ulrico, al que ni siquiera el sol que iluminaba la copa de los árboles podía embellecer. No volvió más. Ramona había venido una vez a contarle que se casaba con un muchacho del campo, pero que no hacía festejo porque sus suegros querían que dejara atrás el Asilo. Poco después de eso, la hermana Clara murió. Una interna que Sonia no conocía le alcanzó a la pensión un misal que la hermana había dejado para ella; adentro, encontró una tarjeta, decía: «Por si alguna vez precisás algo», había escrito la hermana Clara; debajo, la dirección de un pensionado en Buenos Aires y el nombre de su hermana más joven, también monja: hermana Sofía. A Sonia la conmovió ese último mensaje, no así el misal; lo miró sin ningún sentimiento definido. Guardó la tarjetita, y terminó regalándole el misal a

Rosa, que era muy devota. Junto a la mesada de la cocina, consciente en todo el cuerpo de sus flamantes veinticinco años, Sonia revivió el alivio que había representado desprenderse de ese objeto, como si hubiera roto el último eslabón que la unía a una etapa de su vida que quería sepultar. En la boca le renacía el gusto del chocolate. Creo que Beltrán le va a descubrir todo a don Ignacio, comentaba Rosa. ¿Y Estercita?, preguntó Sonia por contestar algo. Parece que doña Juliana se la lleva a vivir al campo, pobre chica. Rosa retomó el tejido y se quedó callada. Sonia la miró agradecida; le hacía bien la presencia tranquila de Rosa. Terminado el radioteatro, la señora Noguer apagaba la radio con un suspiro y se retiraba para reaparecer «vestida para la tarde»; esto incluía profusión de pulseras, aros y labios pintados. «A pesar de mis años», decía con falsa modestia, «soy una mujer coqueta, mi pobre Rosa no sacó nada de la madre», y con una forma rara de desdén cariñoso, como si su hija con su falta de gracia proyectara alguna sombra sobre ella, pasaba a hablar de otra cosa. Ofelia de Noguer llevaba su casa con dedicación, como si la limpieza, la puntualidad en los horarios y la formalidad fueran otros tantos atributos de su persona. Usaba una cordialidad hueca e imparcial con todos los pensionistas. A pesar de que solía tener lo que llamaba «arranques de carácter», a la señora Noguer le gustaban las bromas, muchas veces de doble sentido. Casi todos festejaban sus salidas y la tenían por confidente. No era el caso de Sonia, que siempre había sentido un instintivo rechazo a los contactos demasiado cercanos con otras personas, sobre todo con las que se jactaban de un carácter amigable, como la señora Noguer. Escudada en esa comprensión que proclamaba, la dueña de la pensión había querido averiguar sobre su vida y sobre el Asilo, hasta que, cansada o aburrida de la timidez de Sonia, la había dejado tranquila. No había nada en esa chica de la que pudiera sacarse algo para comentar, habría pensado. Un día, poco después de haberse instalado, cuando todavía la admiraban el clima de confianza y las conversaciones en la mesa, llenas de bromas, Sonia estaba tendiendo ropa en el último patio cuando escuchó hablar a dos de los pensionistas, que no la veían; tardó en darse cuenta, con asombro, de que cuando decían «el cabo primero» se referían a la señora Noguer. Y eran dos de los que más la halagaban. Lo hacían sin malicia, riéndose, pero Sonia empezó a descubrir que estas inocentes hipocresías formaban parte del mundo en el que ahora vivía, y que, librada a su propia opinión, debía empezar a juzgar las cosas y las personas sin la mediación de nadie. Desde ese día hasta hoy, había aprendido muchas cosas de la convivencia con extraños, entre otras a reírse mentalmente del apodo cuando la dueña de casa sacaba a relucir uno de sus «arranques de carácter». Golpearon las manos y fue como si el sonido la despertara. Por la ventana, vio a la señora Noguer abrir la puerta de calle y hablar con un hombre. Ya había oscurecido y cuando pasaron a la luz de la galería Sonia lo reconoció. En ese preciso momento, el hombre giró la cara hacia la ventana de la cocina y se encontró con la mirada de Sonia. Fue un segundo, un golpe en los ojos, un involuntario sobresalto de las dos partes. Sonia bajó la cara a la taza. La dueña de la pensión le hablaba a Pissano de una pérgola que quería hacer

para la primavera; en el verano los pensionistas podrían sentarse en el patio, era algo que le faltaba a la casa. Antes de que Sonia pudiera irse a su pieza, la señora Noguer había hecho pasar a Bautista a la cocina y lo presentaba, primero a Rosa, después a ella. Pissano, la señorita Sonia Reus. La timidez casi paralizó a Sonia, como siempre le pasaba ante desconocidos, aunque el hombre que acababa de entrar no era un desconocido. Extendió dócilmente la mano que Bautista estrechó con fuerza. La señora Noguer hablaba sin cesar. ¡Qué distraída sos, Sonia! Si vos lo conocés, igual que Rosa, repetía riéndose. Nos presentaron en la inauguración de la Tokio. Pissano es el ebanista que hizo el palco de la orquesta, ¡un sueño! Fue el comentario general, todavía se comenta. La señora Noguer juntó las manos como si rezara y exclamó que tenía la esperanza de que su pérgola fuera otra obra maestra. Aturdida, Sonia dijo que sí, que le parecía que ya se habían conocido y ante la mirada calma de Bautista, fija en ella, se quedó muda. A su lado, Rosa era como siempre una figura insignificante al lado de la exuberancia de la madre. Se habían cruzado en la calle algunas veces, recordaba Sonia; y hacía muy poco, para el 25 de Mayo, lo había visto en la plaza, cuando fueron con Rosa a escuchar la banda municipal: el gesto tranquilo de inclinar la cabeza para saludarla. El ademán le resultaba ya familiar. La señora Noguer se entusiasmaba. Para la primavera estaría la pérgola lista, había tenido una gran idea, ¿no, Rosita?, ¿qué le parecía a Sonia? Ante los silencios de Rosa, la conversación recayó sobre ella y la situación se le volvió intolerable. Disculpándose, dijo que tenía algo que hacer. Dejó la cocina y se fue a su cuarto.

Un momento después, sentada en la cama, escuchaba las voces, la aguda de Ofelia de Noguer y el tono grave y tranquilo del hombre, de Bautista Pissano. Por primera vez Sonia admitió ese nombre en su universo mental. Desasosegada sin saber por qué, buscó el costurero y lo abrió sobre la mesa. Dispuso los carreteles de colores; los hilos de seda en pequeños ovillos proyectaban una sombra de color sobre la carpeta blanca. Al fin, escuchó la puerta de calle cerrándose. Enhebró una aguja y extendió una tela a medio bordar. Sonreía sin darse cuenta, mirando la pared. El ruido intenso del mar se ahuecaba en un delgado túnel de tiempo y rearmaba la escena donde ellos bailaban envueltos en la música hasta que el cielo oscuro y la música empezaron a fundirse en el tumulto pesado de las olas. Su vestido flotaba, adherido a sus piernas, y el pelo tenía un sabor amargo en la boca. Se quitó las sandalias. La arena fría en los pies. La mirada de él irradiaba un amor que estaba más allá de todo. «Mi amor va más allá de todo y de todos», dijo él, materializando las palabras escuchadas en la radio, dándole a la noche una profundidad nueva. La frase formó parte de la escena de manera tan natural que Sonia la adoptó sin violencia, como si hubiera estado allí, dicha por él, desde el principio. Palabras que ella no se había atrevido nunca a decirle salían ahora de su boca con tal aplomo y facilidad que inmediatamente pensaba que las había dicho. Descubría una perfección en la cara de él que antes no había notado. La dulzura con la que bajaba los breteles de su vestido también era nueva, mientras pronunciaba palabras que la llenaban de una extraña

felicidad, vecina al llanto. Que lo esperara, que no dejara de esperarlo, que vendría a buscarla. De algún modo, él consumaba cosas nuevas, imperceptibles cambios, que ella creía no recordar y que ahora recuperaba. No eran grandes cosas; la escena, en lo esencial, era la misma. Mínimas variaciones que significaban mucho, que daban una nueva luz, más cálida y matizada, a un tramo. Una alegría infantil la impulsaba a escudriñar esos fragmentos hasta descubrir un gesto nuevo, una intensidad distinta. Cuando María Luisa los presentó, él inclinó la cara hacia ella, lo recordaba perfectamente pero recién ahora percibía el tono de sorpresa que había tenido su expresión, un enarcarse de las cejas por el hecho inesperado de verla por primera vez. Ahora lo advertía con claridad, como los detalles de un bordado, el color de los hilos de seda que cambia muy gradualmente y cuyo matiz no se percibe a primera vista. Cómo había tendido la mano para tomar la suya. Era una mano inolvidable, masculina y fuerte. Sus sentimientos, se indagaba Sonia, ¿cuáles habían sido exactamente? De entrega. Sí, ya en ese primer contacto ella se había entregado a él. Perpleja, reconocía ese impulso que se había manifestado en su interior sin la más mínima cautela desde el primer momento. Sonia apoyaba la nuca en la pared y, sonriente, miraba sin ver el techo de la pieza sobre el que se abrían el bulevar hacia el mar y las estrellas. Como un pintor dedicado al arte del retoque, con ojos suspendidos y cara de sonámbula, Sonia dejaba el cuarto de la pensión Noguier para perfeccionar el mundo de una sola noche de su preciada posesión.

Con la espalda contra la pared, la cabeza torcida hacia un costado, Sonia se quedó dormida. Sin que llegara a darse cuenta, terminaba su cumpleaños número veinticinco. Afuera hacía rato que era noche cerrada y la luz de la esquina se balanceaba en el aire nocturno creando luces y sombras en la calle desierta.

La chica provocaba en Bautista unas ganas intensas de abrazarla, de abrazar a una mujer de verdad. En ocasiones aisladas, un tanto parsimoniosas, en que con Rafael tomaban el rumbo de alguna de las casas malas, Bautista reconocía en esas muchachas cuerpos concretos que él poseía, pero eran irreales, se desvanecían apenas, en la calle otra vez, dejaban atrás el zaguán con música y los cuartos con banderolas altas, caminando bajo los paraísos. Inmunes a la espontánea comprensión que sentía por esas muchachas, con las que a veces conversaba, sus cuerpos desaparecían, se borraban. En cambio Sonia, a pesar de la lejanía que la rodeaba y que ella interponía entre los dos, o tal vez a causa de esa distancia inexplicable, se le imponía con una realidad avasallante. Ella existía de una manera única, tan única que se había instalado entre él y lo que hacía, entre él y sus compañeros, entre él y la madera. Cuando la tenía enfrente, el impulso de abrazarla era casi intolerable, o tal vez de protegerla, meditaba Bautista, meses después frente a la puerta de la pensión Noguier. Era casi de noche, el cielo mostraba su última claridad malva y las primeras estrellas; en el aire pesaba el perfume de las madre selvas mezclado con el grito de los chicos que jugaban en la calle. La inminencia de verla le provocaba una emoción fuerte, que todavía lo desconcertaba.

—Pase, Bautista, pase —la señora Noguer lo trataba con una confianza creciente que Pissano trataba de esquivar; su simpatía no iba a la madre sino a la hija, que adivinaba cohibida por la efusión ciega que despachaba hacia todos lados la señora Noguer—. ¡Quedó regia pintada de blanco! Pase. Allá están todos, tomando un vermut... Venga.

La dueña de la pensión se había llenado de pulseras y el pelo tenía un color nuevo, rojizo. Lo miraba con complicidad y una cierta insinuación que Pissano empezaba a lamentar. En el patio de atrás, bajo la pérgola, pintada de blanco y recién estrenada, el grupo de los diez pensionistas conversaba con el fondo de música de la radio. Mientras saludaba en general, Bautista vio a Sonia, un tanto apartada y sentada al lado de Rosita. La señora Noguer pidió un aplauso para el carpintero e hizo un pequeño discurso:

—Carpintero le queda chico, Pissano, usted es un verdadero artista. Y qué cumplidor; dijo para la primavera y acá estamos, 25 de septiembre, 25 de septiembre de 1939, tendríamos que poner una placa de inauguración, ¿qué le parece? —se rió y todos festejaron la ocurrencia—. La de reuniones que vamos a hacer acá, ¿no, Rosita?

Sin esperar la contestación de su hija, fue a servirle el vaso. Bautista, las manos en los bolsillos, se quedó a un costado, apoyado el hombro contra uno de los parantes. Tenía la aguda percepción de que su presencia incomodaba a Sonia y estaba seguro de que ella iba a tratar de evitarlo, como otras veces lo había hecho a lo largo de ese tiempo en que había venido a la pensión a hacer el trabajo. Casi sin darse cuenta, Sonia lo miró fugazmente desde el otro extremo. Bautista sintió el relámpago claro pasar por su cara y adivinó el gesto mínimo que tanto le gustaba, el leve aletear de la nariz de cuando estaba tensa o se sentía tímida. Bautista asociaba ese latido involuntario con un temperamento apasionado que, sin embargo, le provocaba ternura, como el de un chico cuyo secreto quedara al descubierto por la indiscreción o tontería de alguien cercano. Sabía que Rosa lo iba a recibir bien y se acercó.

Con un sentido de inminencia en el cuerpo, casi de amenaza en la vibración del aire, Sonia buscó a los costados por dónde escapar a su pieza. No sabía si aquel hombre la asustaba o la incomodaba; de cualquier modo, era como un intruso. Alguien que irrumpía en su mundo privado. No podía reprocharle nada, pero no podía estar demasiado tiempo con él; parecía que la mirada de Bautista descubría pliegues secretos de su vida de los que ella misma no sabía nada. Ésa era la cara y ésos eran los ojos que venían directo hacia ella, abriéndose paso en medio de los que conversaban parados con los sentados en los bancos interiores de la pérgola, alguien a quien, no supo ni el cómo ni el porqué, veía acercarse como un adversario. No tuvo tiempo de levantarse e irse porque él ya saludaba a Rosa y venía hacia ella. En ese momento, la señora Noguer se interpuso y lo tomó perentoriamente del brazo.

—Su copa, Pissano —la señora Noguer dejó la mano sobre el antebrazo.

Como al descuido, Bautista recuperó el brazo, agradeció la bebida y se sentó junto a ella.

—¿Cómo le va, Sonia?

Pero si ella no huía, con Bautista adelante la sensación de incomodidad moría allí mismo, admitía casi sin pensar Sonia dada la velocidad con que sucedían las cosas, y otro sentimiento se levantaba en su lugar, algo parecido a una ansiosa expectativa.

—Bien, ¿y usted?

«Cementerio», 1939

La fotografía de bordes ondulados muestra la carroza fúnebre de la Casa Lozano detenida en la puerta del cementerio. Los cuatro caballos negros con sus penachos de plumas se ven tras los hombres que, de pie, solemnes, sostienen los sombreros contra el pecho. Las tres mujeres de la foto están de riguroso luto. Es invierno, algunos tapados llevan cuellos de pieles, y las faldas llegan, como lo dicta la moda, apenas debajo de las rodillas. Al fondo, a la derecha, de perfil a la cámara, una mujer flaca, de pañuelo en la cabeza, largo batón y brazos cruzados sobre el pecho, parece absorta en un punto que escapa al encuadre de la foto, más allá de su borde ondulado, invisible para el espectador: es Labocachiquita. En primer plano, a la izquierda, un empleado de la empresa, de levita y galera, sostiene del freno a la primera pareja de caballos. A su lado y llegándole mucho más abajo del hombro, mirando fijo a cámara, los brazos colgando a los costados del cuerpo, las mangas del saco por arriba de las muñecas desnudas, se ve a Biasi, a quien ningún deudo ha atinado a apartar. Una cualidad distintiva proyecta su imagen hacia la mirada del espectador: no hay en él ninguna artificiosidad, cosa que sí ocurre, en mayor o menor medida, con los demás. Biasi muestra, absorto, su cara tumefacta e inocente, con un ligero blanqueo de sobresalto en los ojos ante el repentino fulgor del magnesio.

La explanada reducida de la entrada del cementerio y los escalones de granito son el lugar natural de dos seres que cuidan como mansos cancerberos el paso final de los habitantes del pueblo. Personajes sin los cuales la historia de San Alfonso se vería irremediablemente mutilada. Labocachiquita y Biasi, el loco del cementerio, forman parte de las pompas fúnebres locales y sus miradas indiferentes son el último gesto que el difunto se llevará a la otra vida. Labocachiquita es la vieja mendiga apretada de arrugas, de brazos y piernas como palos secos, de eterno pañuelo en la cabeza. Su apodo se debía a las consecuencias de un accidente sufrido en la niñez. Así se contaba la historia, porque las vidas de estos dos seres se habían tejido y destejido, crecido y solidificado en la memoria pública, y formaban parte, junto a los orígenes imprecisos del pueblo, de algo colectivo y elemental. Bien se sabía que Labocachiquita era de allí, que no podría haber pertenecido a otro lugar, que era una posesión del pueblo y que casi había nacido con él, aunque nadie podía precisar dónde ni cuándo. Se relataba que una vez la inconcebible niña que había sido la vieja había sufrido un accidente (rodada de un carro, aspas de molino) y alguien había realizado la cura cerrando la herida de cualquier manera, dejándole la boca «como moneda de diez», según el canturreo infantil. Su boca sin dientes, orificio sibilante y

hundido entre las mejillas arrugadas, farfullaba, alimentando la superstición de los grandes y asustando a los chicos, que contenían la respiración cuando se la cruzaban para no inhalar el mismo aire que Labocachiquita e impedir el contagio nadie sabía de qué, ya que no parecía enferma de nada salvo de flacura y vejez. Un impulso azaroso que el pueblo había elevado a categoría de designio llevaba a veces a Labocachiquita a juntar un ramo desordenado de flores de zanja y entregarlo a los deudos. Fue esa actitud arbitraria la que, con el correr de las décadas, creó la leyenda de que era buena suerte para el difunto y su posterior bienaventuranza en el más allá contar con ese ramo ofrendado por la raída divinidad del cementerio.

En una pieza baja de adobe, maloliente de humo de leña, más allá de la fila de ranchos, entre un revoltijo de trastos e incestos poco discernidos, había nacido, no se sabía bien cuándo y en medio de una pléyade de hermanos, Biasi, infaltable par de Labocachiquita en los acompañamientos fúnebres de San Alfonso. Aumentaba el misterio del brumoso advenimiento de Biasi el hecho de que su apellido no concordaba con el de nadie conocido en el pueblo. Había quedado solo en el mundo y nadie más que él llevaba ese nombre. Bajo y compacto, Biasi caminaba con su característica flexión de las rodillas, lo que le daba un extraño aire de ave maciza y torpe. Nunca acobardado por las tormentas o los vientos inclementes del invierno o por el sol apocalíptico de las siestas de los veranos, cuando ni un alma se atrevía a dejar el amparo de los techos altos, Biasi recorría como un guardián las calles heladas o ardientes de San Alfonso para instalarse a la caída de la tarde en la puerta del cementerio. Su único, monótono, incansable modo de comunicarse con los demás consistía en una sola palabra: «mananas». Biasi pedía sin cesar mananas y agradecía mananas aunque se le otorgara una pata de cordero asada. A pesar de este vocabulario extremadamente limitado, la expresión conocía una variedad enorme de inflexiones y por ellas podía saberse del ánimo decaído, patético o imperativo del loco del cementerio.

Su docilidad lo había hecho blanco de bromas y emboscadas de sucesivas generaciones, porque Biasi, como Labocachiquita, vivió, imperturbable, una enorme cantidad de tiempo y cuando lo enterraron en el último rincón del que había sido su hogar, bajo una tosca cruz de madera pronto corroída por el viento y la lluvia, el pueblo había cambiado tanto que el propio Biasi, de haber contado con el discernimiento necesario, hubiera podido morir de la impresión por lo extraño que le habrían resultado el asfalto, los cines y la profusión de coches y de luces en las calles de San Alfonso. Sin contar con que, para cuando Biasi y Labocachiquita desaparecieron de la faz de la tierra, aquellos que no hubieran podido imaginarse el pueblo sin ellos hacía años que dormían el sueño eterno.

«Tapera del ahorcado», 1941

La fotografía, del archivo policial de San Alfonso como indica la breve noticia, es plana, sin profundidad; sólo pretende documentar el lugar donde un hombre se ahorcó

y fue descolgado. Muestra un rancho ruinoso, de techo desfondado y ventana fuera de escuadra, comido por la maleza y acompañado, y es lo único que llama la atención del que mira la foto, por un espléndido, enorme sauce, cuyas ramas parecen querer cubrir piadosamente la ruina de esa devastada habitación humana. Sin embargo, el sauce no logra mitigar cierto fulgor siniestro en el abandono del lugar. La imagen, su triste notoriedad, condensa algo tácito, intangible, que la percepción del espectador absorbe: cierta aureola de temor que envuelve el lugar y lo asocia con ecos de historias siniestras, de hechos inexplicables y que San Alfonso poseía. Porque San Alfonso guardaba, como las antiguas casas abandonadas, rincones como éste, ceñido por una densa telaraña de miedos. Miedos supersticiosos en los que emergía la ancestral zozobra ante lo desconocido y ante la muerte. Crímenes horrendos como el de la descuartizada, un ahorcado balanceándose en un rancho en un aura de pálido fulgor, apariciones misteriosas, sucesos inexplicables terminaban formando leyendas que el tiempo pulía como cantos rodados, perfectas en su primitivo e inocente horror. La arena fina de estas historias se posaba tempranamente sobre cada nueva generación. En los largos inviernos, cuando a las seis de la tarde era de noche, los chicos, mandados a última hora al almacén, corrían espantados por la inminencia de alguna aparición en las esquinas oscuras, en las que el viento armaba remolinos de polvo. Todos sabían, desde tiempo inmemorial, que las almas en pena de la Viuda o del Hombre sin Cabeza rondaban las calles del pueblo a la medianoche, como conocían sucesos misteriosos, fenómenos extraños ocurridos en el pueblo que los mismos protagonistas no atinaban a explicar. Se sabía que la Viuda era una mujer alta, descarnada, vestida enteramente de negro, con un velo sobre la cara que no ocultaba la fosforescencia de unos ojos febriles, cuyo fulgor maligno traspasaba al desdichado que llegara a mirarla, matándolo de terror. En un pasado impreciso, la mujer —que había existido—, presa de un ataque súbito de locura, había degollado a su marido. Su lugar era el cementerio, junto a la tumba del asesinado. Desde allí salía cuando el reloj de la iglesia daba las doce de la noche, vagaba de un confín a otro del pueblo, y allí volvía, antes de que el alba lívida la descubriera. Nadie podía asegurar que no lo esperaba en alguna esquina con sus manos afiladas y su largo traje, arrastrado en la tierra de las últimas calles. La Viuda emitía un quejido tenebroso, un lamento que en las noches de tormenta podía confundirse con el ulular del viento entre los árboles.

Por su parte, el Hombre sin Cabeza rondaba la estación de trenes porque era allí donde había ocurrido su desgracia. Muchos decían que había sido al paso del tren, una noche de niebla de hacía muchísimo tiempo, tanto que podía confundirse con la llegada del ferrocarril a San Alfonso. Cumpliendo con un propósito secreto, alguien lo había empujado bajo las ruedas, que lo decapitaron. El hombre había quedado muerto sobre las vías; la cabeza, unos metros más allá. Desde entonces, merodeaba por las adyacencias oscuras del paso a nivel y los galpones del ferrocarril. Su sombra, agigantada sobre la enorme estructura de los galpones y más tarde sobre los silos,

buscaba al culpable. Lo de la sombra sobre la alta pared no era algo probado, pero la imagen sin duda impresionaba bien a la gente, que repetía el detalle en los relatos una y otra vez, demostrando cierta inclinación estética inconsciente y colectiva y cierto apego a la verdad, porque era más probable ver la sombra del decapitado que al decapitado mismo. El Hombre sin Cabeza era un hombre común, ni bajo ni alto ni gordo ni flaco, sólo que sin cabeza. Y con la camisa empapada de sangre. Así decían los que juraban haberlo entrevisto alguna noche, apenas revelado por la luz macilenta de la lamparita de una última calle, cercana al cruce de las vías. O así decían los que decían conocer a alguien que conocía al que lo había visto alguna vez. La voluntad del Hombre sin Cabeza era la venganza, todos en San Alfonso lo sabían, como sabían que si llegaba a atrapar a un habitante del pueblo lo retendría con fuerza sobrehumana hasta arrojarlo al paso del tren. Era lo que había ocurrido, se aseguraba, con la misteriosa muerte de Pedro Sarrasín, el colchonero, que moraba más allá de los pastizales del paso a nivel con su nutrida familia y cuyo cadáver apareció una madrugada, destrozado por el tren nocturno. No se encontró justificación alguna a esta desgracia ya que el colchonero era un hombre intachable, padre de nueve hijos, no tomaba ni se le conocía vicio alguno salvo el del trabajo, no tenía enemigos y hubiera sido imposible imaginarlo cruzando distraído las vías bajo la luz imponente de la locomotora. El misterio sacudió a San Alfonso. Con fuerza incontenible creció la idea de la consumación de la venganza del Hombre sin Cabeza. Y así se aceptó. Había motivos y pruebas, hechos que podían verificarse; se dijo que el muerto tenía marcas de sogas en los tobillos y en las muñecas. El linyera que dormía en el banco de la estación y que lo había encontrado aseveró que Sarrasín había sido arrastrado hasta el paso a nivel atado de pies y manos, «como un lechón para el matadero». Este último punto, que podía llegar a tener algún viso reidero de día, dado el aspecto físico de Sarrasín, y según quien lo contara, cuando caía la noche en las sombrías calles cercanas a la estación perdía toda su superficial jocosidad y adquiría proporciones ominosas. De esto se deduce la natural aprensión de los pobladores, chicos y grandes, a cruzar las vías después de la caída de la noche. Aprensión que impregnó el lugar de un indefinible halo siniestro que los inducía a hacer un rodeo para evitar los dominios del Hombre sin Cabeza.

Por una lógica diamantina que estaba más allá de la comprensión humana y por lo tanto era aceptada con la misma pasividad que los fenómenos naturales, nadie supuso jamás (hubiera sido una blasfemia) que la Viuda y el Hombre sin Cabeza podían llegar a cruzarse en una esquina perdida de San Alfonso.

Las versiones sobre estas pálidas deidades y otros fenómenos menores circulaban desde siempre, mezcladas con relatos de sucesos naturales extraordinarios y desgracias notables, como había sido el brote de cólera. O los relatos de malones y de cautivas que no habían querido volver, que de tan antiguos sobrevivían en uno o dos detalles desvaídos, como las caras en las fotografías viejas y borrosas, todo lo cual formaba parte de una corriente de sucesos perpetuados como parte inmaterial de la

historia de San Alfonso. Una especie de tara, y, como tal, a medias grave y a medias jocosa.

Para las nuevas generaciones, ese pasado imaginario y colectivo, espejo nocturno del pueblo hecho de visiones ingenuamente macabras, fue quedando, junto con Biasi y Labocachiquita, en el cementerio viejo, como el polvo adherido a las tumbas olvidadas de los que habían creído en él. Con los edificios nuevos y cierta prosperidad, San Alfonso creó nuevas historias, más explícitas, que se diferenciaban de las viejas leyendas por la contundencia de su realidad, los nombres y apellidos de sus actores, y la ausencia casi total de misterio.

A la luz de la lamparita de la cocina, las caras jóvenes, crédulas, junto a otras ya curtidas, a pesar de todo lo conmovieron. Le dio la mano a cada uno. Pensaba empezar diciendo lo que creía: que aquello no iba a servir para nada, que tal vez podían hablar de la catástrofe de España y de la guerra mundial, ensayada en España por Alemania e Italia, o del congreso del 35, en Rosario, pero las expresiones de atención lo desarmaron. Quién sabe qué esperaban de él, qué revelaciones, pensó Bautista. Rafael preparó el mate. Mientras lo hacía, con su parsimonia habitual, dijo a modo de introducción que lo primero que tenían que saber era que el movimiento ahora estaba en repliegue, acosado por el fascismo, pero que hubo un momento en que el movimiento obrero argentino fue uno de los más grandes del mundo, y que aquí tenían a un compañero que había padecido cárcel y que había estado en el corazón de los acontecimientos para que contara su experiencia y ayudara al esclarecimiento de todos. Todo lo cual sonó demasiado solemne, sobre todo a los oídos de Pissano, que no acababa de desprenderse de una sensación de incomodidad que combatía por insincera y que no podía desterrar. Aquellos hombres, nacidos y criados en el campo, hijos de inmigrantes como él, ya que entre los criollos, muy desconfiados, había pocos a quienes les interesara la causa, aquellos hombres y muchachos ¿qué tenían que ver con él? O tal vez la pregunta justa fuera la inversa: ¿qué tenía que ver él con ellos? Ante el silencio que duraba demasiado, Bautista empezó con lo primero que le vino a la cabeza, sabiendo ya que lo de revelaciones era por lejos exagerado. No esperaban ninguna revelación. Lo miraban y, sin duda, lo evaluaban.

—Cuando fui por primera vez a la FORA era el año 20, ese año se hizo un congreso extraordinario. Se reunieron doscientos sindicatos.

A pedido de Rafael, Bautista ocupó la cabecera. Los hombres se habían ubicado alrededor de la mesa, algunos sentados en las pocas sillas y bancos que había, la mayor parte estaba de pie, colmando todo el espacio de la cocina. Pissano no podía sacarse de encima aquella sensación de incomodidad. Había aceptado esa reunión luego de una discusión con Rafael. Hay que buscar otros caminos, no ir al pasado, había argumentado él. Pero Rafael creía que su experiencia les serviría a los más jóvenes.

—En el Congreso se analizaba la posición del movimiento obrero argentino frente

la revolución rusa —continuó Bautista—. En el 20 también estuvo Durruti en Buenos Aires, Buenaventura Durruti. Acá lo condenaron a muerte. Se comentaba su accionar en España y se hablaba del grupo que había formado: Los Solidarios. Nosotros estábamos sumergidos en las contradicciones internas. En este congreso se enfrentaron las posiciones de la FORA anarquista y la FORA sindicalista. Los de la FORA anarquista sosteníamos algo que está en la base de la doctrina, que es su eje ideológico: la variedad en todos los aspectos de la vida, contra la xenofobia, contra los prejuicios, contra la discriminación —Bautista se sentía como repitiendo un panfleto de barricada, de algo que en el fondo no le importaba a nadie. Tomó aliento y miró un espacio vacío entre dos caras—: La doctrina propone aceptar al otro como es, y por encima de eso, nada. Un hombre junto a otros hombres, y sobre todos la libertad. Estaban los que admitían como método la violencia individual, y los que, como López Arango, la condenábamos y estábamos por la organización y por la difusión de las ideas. El movimiento se rompía en pedazos. Previendo la disolución, la FORA anarquista le propuso a la FORA sindicalista un pacto solidario por sobre las diferencias. Rechazaron el plan. Qué indignación, la de don Miguel.

Bautista encendió la pipa para darse tiempo. Qué sabían ellos quién había sido don Miguel. Todo lo que había dicho pertenecía al pasado. Consciente de la mirada de Rafael, siguió hablando:

—Don Miguel, el mejor carpintero que conocí, el que me enseñó el oficio. Un hombre sabio, mucho más que un hombre sabio: un hombre bueno. Tengo grabadas cada una de sus palabras. «No confíes en el mundo oficial, los parlamentarios, los periodistas, los curas, no les creas. Mienten a costillas del pueblo, lo amordazan; al pueblo se lo doma por hambre y se lo desangra en la guerra. Un trabajador no debe aburguesarse jamás, de lo contrario le hace el juego al mundo oficial». —Bautista hizo otra pausa—. Pero es mejor hablar sobre el periódico que quieren fundar los compañeros. Eso sí vale la pena. —Buscó aprobación en los ojos de Rafael, para cederle por fin la palabra, pero Rafael le hizo el gesto de que siguiera. Bautista miró a los hombres que lo rodeaban; no podía saber si les importaba de qué estaba hablando, si le encontraban alguna relación con sus vidas. Vio caras que no borraban el gesto adusto o receloso del que oye demasiadas palabras. Son hombres callados, del campo, pensó Bautista y sintió otra vez que esa reunión era un error.

—Cuando te encarcelaron, por lo de Sacco y Vanzetti; o cuando la bomba de Di Giovanni —vino en su auxilio, inmovible, Rafael.

Encarcelar, bombas. Bautista percibió, exageradas, las palabras; y lo que decían, remoto. Pero Rafael sabía que a aquellos nombres los conocían todos. Bautista hizo un resumen de lo que había vivido desde la noche del 16 de mayo del 26, su proceso y su condena. Habló del asesinato de López Arango, de la violencia inútil y de la violencia entendida como legítima defensa, y mientras hablaba podía percibir en el aire la atención concentrada de los hombres, atentos no tanto a las cuestiones ideológicas implícitas sino a la natural inclinación a escuchar las peripecias por las

que ha pasado otro hombre.

—A pesar de las diferencias, para el 30 —continuó—, la FORA tenía cien mil afiliados y ése fue uno de los motivos del golpe militar, no el desgobierno del viejo Yrigoyen. Ahora todo eso ya no importa. Ahora vivimos el fraude permanente, el engaño al pueblo, los coroneles fascistas, las alianzas con los curas...

Un hombre entrado en años se había puesto de pie. Se hizo un silencio pesado.

—Acá no sabemos mucho de eso, se trabaja en el campo... Acá, lo que a nadie le importa es la vida del peón. Vea, él perdió el brazo en la trilladora —señaló con la cabeza a un hombre joven, de pie— y nadie le dio nada. Ni le dijeron nada. Y ahora, ¿de qué va a trabajar?

Bautista lo miró: de unos treinta años, flaco y ríspido, le trajo una fugaz imagen del Boyero. El hombre no abrió la boca. Al ver que ninguno de los presentes tomaba la palabra, dijo:

—Por eso nos juntamos; nos juntamos para defendernos.

En el silencio espeso de la noche, se oyó el ladrido de los perros al trote de un caballo.

Rafael intervino.

—Explicales, Bautista, por qué no tenías libreta. Eso es importante, compañeros.

—No tenía libreta de enrolamiento por propia decisión, con el consentimiento de mi padre. Después de la gran guerra, el movimiento lanzó una campaña antibélica, pacifista. Don Miguel me hacía leer al conde Tolstói, *El crimen de la guerra*, de Juan Bautista Alberdi, las lecciones de historia publicadas en *La Protesta*. Me hablaba de la responsabilidad de los trabajadores: si los albañiles se negaran a construir cárceles; los metalúrgicos, armas de guerra; si los trabajadores se negaran a trabajar de carceleros, de policías y los soldados desertaran, los dueños del poder perderían su fuerza y la sociedad basada en la explotación se cambiaría por otra fundada en la libertad y la justicia, y esto podría realizarse sin necesidad de recurrir a la matanza ni a la destrucción. Dicen que el método de la huelga general para evitar la guerra ha fracasado, bueno, entonces es uno, es cada uno de nosotros, el que debe negarse a participar del crimen de la guerra. O del crimen individual para cambiar la realidad. Desde los dieciocho años, yo pensaba de esa manera y creí que era mi deber negarme a hacer el servicio militar, empezando por no sacar la libreta de enrolamiento.

Pasaron segundos en los que todos permanecieron callados.

—La guerra, no —dijo uno de los que estaba de pie—. Pero si no se levanta el grano, si nos negamos a levantarlo, el grano se pudre...

Bautista pensó en su padre.

—Sí, eso no está bien. No está bien en ninguna parte.

Estas palabras parecieron distender la reunión, destrabar una desconfianza que Bautista había percibido desde el comienzo. Pero era justamente esa respuesta lo que invalidaba la reunión, en vez de justificarla. Habría que empezar todo de nuevo. ¿Qué sabía él del campo?

Algunos se largaron a hablar; dos muchachos expusieron su proyecto de sacar *La Palabra*, un periódico para el que invitaron a colaborar a Bautista. Otros explicaron su situación en el campo o en los talleres del pueblo.

Al cabo de un rato, Rafael pidió la palabra. Dijo que tenía para exponer un tema local: quería hablar de las trabajadoras del cuerpo. Y de los lugares a los que concurrían los hombres: lo de Elvira y la Casa Mala. En la Casa Mala había habido una queja por maltrato y era una vergüenza que quien había sido echado por borracho y agresor fuera alguien de las filas.

Los hombres se acomodaron en las sillas. Tratando de no mirarse ni sonreír, buscaron por los costados de la mesa. Los parados hicieron circular el mate.

—Hay que ser comprensivos, compañeros —el tono admonitorio de Rafael se elevó sobre las cabezas—. El poder hipócrita y burgués alienta la esclavitud encubierta de la mujer caída. Hay que redimir a esas compañeras. Si alguno se decide a buscar mujer, puede liberar a una hermana de ese trabajo infamante al que llega ¿por qué? Porque no tiene otra salida. Que yo no sepa que algún camarada trata mal a una mujer en esas circunstancias —siguió adelante Rafael con la autoridad natural que Bautista admiraba en él—. El que las maltrate de palabra o de hecho no tiene lugar en la causa. Sin la mujer a la par del hombre, no hay liberación.

—Camarada —protestó uno de los que estaban parados—, a mí una de las de Elvira me robó todo lo que tenía y levantó vuelo con un lechero...

—Se jode por zonzo. Eso no cambia en nada lo que estoy diciendo, ésas son circunstancias de la vida. A ver si lo entienden, esto es una cuestión de ideas.

—¿Lo de las putas? —inquirió, incrédulo, un hombre de boina, de cara muy quemada por el sol donde las arrugas marcaban líneas blancas.

—Sí señor, lo de las trabajadoras del cuerpo.

Afuera era noche cerrada pero nadie se movía, los hombres se sentían más cómodos; circuló el mate y se cortó un salame que alguien puso sobre la mesa. Bautista preguntó si alguno de los presentes quería hablar, hacer alguna pregunta, tal vez cuestionar algo. Como sorprendidos en falta, los hombres volvieron a mirar la mesa.

Cuando, tarde en la noche, quedaron solos en la vereda hablando bajo la oscuridad de los paraísos, Bautista dijo:

—No vale la pena, Rafael. Cada uno tiene que buscar su propio camino. Son otros los tiempos; hay que empezar por lo que les pasa todos los días. Si me hacés hablar así, voy a terminar como Biasi, otro loco más del pueblo.

Esperó, sin saber si al otro le iba a caer bien la broma. Con alivio, oyó el breve resuello de la risa en la oscuridad. Rafael le apoyó la mano en el hombro.

—Es bueno que te hayan conocido. Por lo menos escucharon, aprendieron que las cosas no empiezan y terminan en el campo; que hay gente que lucha en condiciones muy distintas. Son buenos hombres. Valió la pena, Bautista. Siempre vale la pena.

Caminó de vuelta por calles tranquilas y oscuras, desiertas a esa hora,

sobresaltadas sólo por los perros que salían a ladrarle al paso. Tal vez había valido la pena porque Rafael lo llamó Bautista, no compañero ni camarada. Casi sin pensar, tomó el rumbo de la pensión Noguer. Era demasiado tarde siquiera para que hubiese una luz prendida, pero la esperanza de ver a Sonia aunque fuera detrás de la ventana lo impulsó a seguir. Reflexionó en lo que venía pensando desde hacía días: debía dejar de ir por aquella casa, la atención que le prestaba la dueña de la pensión era grotesca y alarmante, y se había vuelto evidente para todos, salvo, creía, para la misma Sonia. Su inclinación por ella le había hecho aceptar otro trabajo propuesto por la dueña, sólo para verla, para poder estar cerca de ella unos momentos. Sonia presentía lo que le pasaba, estaba seguro, y de un modo lejano, secreto, como era todo en ella, le correspondía. Sonia, tan remota, lo enternecía a la vez que crecía el deseo que tenía de ella, un deseo en el que se mezclaban tanto el cuerpo como la necesidad de alcanzar y poseer aquella zona inaccesible, infranqueable, y que se resumía en sus ganas casi incontenibles de abrazarla cuando la tenía cerca. No debería ir más por la pensión. Era un equilibrio demasiado precario el que sostenía y estaba seguro de que todo se derrumbaría en cualquier momento y, tal vez, de la peor manera. La señora Noguer no era una mujer discreta y no estaba aceptando bien sus evasivas.

La señora Noguer salió comentando lo bueno que era que en el Cine Crystal Palace hubieran puesto ventiladores.

—Ya no se podía venir al cine en verano, con el calor que hace.

Se daba aire con un abanico heredado de su madre que cuidaba como una reliquia. «Éste va a ser para vos, Rosita», decía invariablemente cuando lo abría. Caminaban las tres del brazo, la señora Noguer en el medio y a los costados Rosa y Sonia, por las calles que se iban vaciando de gente, después de la función de cine de la noche. Pasaron por el Club Social, donde grupos de hombres solos fumaban y tomaban bebidas en mesas en la vereda. Las miraron. La señora Noguer se mostró condescendiente ante la apreciación masculina. En muchas casas todavía había gente sentada en sillas y bancos en la vereda, tomando el fresco de la noche.

—¡Adiós! —saludaba con voz clara y alta Ofelia de Noguer. Rosita y Sonia secundaban el saludo en voz más baja.

Caminaban con el paso acoplado de vuelta a la pensión y, aunque la oscuridad se iba adueñando de las calles, Ofelia de Noguer parecía no tener miedo a nada, pensaba Sonia, y menos que menos a algún hombre atrevido que quisiera abordarlas o asustarlas. Ya se había explayado varias veces sobre el tema y acerca de lo que haría de inmediato y de lo que deberían hacer ellas en tales casos. «Nunca falta algún degenerado», repetía; en esos momentos salía a relucir el temperamento vehemente de la señora Noguer, que daba detalles del modo expeditivo con que lo pondría en su lugar. «Los hombres no me asustan», exponía desafiante, «todo lo contrario». Esto era lo que iba comentando mientras dejaban atrás las calles del centro. Sonia apenas la escuchaba, lejos de la conversación pensaba en la película, asociada en su memoria a una sensación placentera de la que no quería desprenderse. El cine era algo a lo que

nunca se negaba cuando la invitaban. La primera vez que fue, cuando ya vivía en lo de la señora Noguer, le había producido una conmoción semejante a la que le causó el mar, pero sin aquella congoja; como si la pantalla fuera un espacio en el que se podía sumergir tranquila, con toda confianza. A su lado, la señora Noguer taconeaba marcando el paso y no dejaba que nadie se metiera para adentro, abandonando la conversación así porque sí. Solicitaba, riéndose pero firme, la participación de sus interlocutoras. Ahora sólo tenía alabanzas para Gary Cooper. Qué hombre, decía, qué bien estaba en el papel. *El secreto de vivir*: estaba muy lindo el título. Y él haciendo de muchacho simple cuando en realidad debía sabérselas todas, opinaba la señora Noguer. La chica, la Jean Arthur, muy sosa para mi gusto, no me convenció para nada. Sonia no abrió la boca; a ella la chica le había parecido perfecta, cómo se arrepiente al final cuando debe admitir en el juicio que lo engañó, que era una periodista fingiendo ser una pobre chica abandonada nada más que para averiguar la historia de él y hacer vender muchos diarios y ganarse las vacaciones pagas. Pero era buena, porque al final se arrepiente. ¿Cuál sería el secreto de vivir, el de la inocencia de ese buen muchacho de pueblo o el del arrepentimiento de la chica? Sonia no pudo contestárselo porque en ese momento la señora Noguer decía que Gary Cooper le hacía acordar a Pissano.

—¿El carpintero? —preguntó en el colmo del asombro Rosita—. Pero si no tienen nada que ver, si Pissano es más bajo y más macizo y éste es flaco y alto y Pissano tiene bigotes y la cara más redonda...

—Qué sabrás vos de hombres... —contestó la madre—. ¿No viste la sonrisa de Gary Cooper, cómo se le marcan dos rayitas a los costados de la boca cuando sonrío?, igual que a Pissano.

Como Rosa, Sonia no salía de su asombro. La sobresaltó la intuición de que la señora Noguer hablaba por hablar. Mejor dicho, lo que había dicho era cierto, a Pissano se le marcaban dos líneas a los costados de la boca cuando sonreía, pero no era verdad lo del parecido, lo había dicho por decir, solamente para traer a Pissano a la conversación, por el solo gusto de nombrarlo, de hablar de él. Sonia perdió el paso. ¿Por qué hacía eso la señora Noguer?

—Qué sabrán ustedes de la vida. Este Gary Cooper igual que Pissano son dos hombres... tremendos —concluyó la mujer con una risita que a Sonia le resultó desagradable, ofensiva.

—¡Mamá!, no se parecen en nada —protestó Rosa, casi gritando. Era la primera vez que Sonia la veía tan alterada.

Del brazo, las tres debían llevar el paso que marcaba Ofelia de Noguer, al que Sonia trataba otra vez de acomodarse, cada vez más molesta. La realidad escondía oscuros recovecos exactamente a su alrededor y ella no quería enterarse. Soltó con brusquedad su brazo. Dijo que se le salía la sandalia y se paró a ajustar la presilla. Igual que la chica de la película, estaba fingiendo. Mentía, y la mentira, que le era por completo ajena, la intranquilizaba. En el claroscuro de la vereda, la silueta de la

señora Noguier, derecha como un tubo sobre sus tacos, sin cintura, de pecho abultado y gesto altanero, le dio la sensación de una esfinge llena de intenciones ocultas, de oscuros pensamientos, de pecado. La imagen de Pissano vino con fuerza a su mente y recordó escenas casi imperceptibles que ahora adquirirían algún sentido. ¿Y Bautista? ¿Respondía él a aquella actitud?

Cuando llegaron a la casa, Rosa y Sonia se despidieron rápidamente con una sensación de malestar. La única que no se enteró fue la señora Noguier, que se sentó en la pérgola a tomar un vaso de limonada porque, como dijo, aquélla no era una noche para dormir.

Y Sonia tardó mucho en dormirse. Había abierto la ventana de su cuarto y la noche de verano la cubrió de un silencio pacífico, atravesado por el canto de los grillos, por el ladrido lejano de un perro. Creyó que bastaba decirse que no le importaban las alusiones de la señora Noguier, pero por alguna razón misteriosa la asociación de la dueña de la pensión con Bautista la desasosegaba, le producía un despecho inexplicable. Dio vueltas y vueltas en la cama; mucho más tarde buscó un vaso de agua en la cocina silenciosa, llena de las sombras móviles de las hojas de la parra. A la madrugada, por primera vez desde hacía mucho tiempo, Sonia se encontró llorando contra la almohada. Casi al amanecer descubrió que se había equivocado; no supo el cómo ni el porqué pero se había desviado de su camino, había cedido a los otros, había dejado que entraran en su mundo privado cuando ella sólo debía vivir para el recuerdo de su noche, para su encuentro futuro con él, con su amor, el único amor de su vida. Un sentimiento de rechazo general, de repugnancia, creció dentro de ella contra el mundo impuro de afuera, evidente ahora en toda su crudeza. Sin darse cuenta se había sentado en la cama, los movimientos llenos de una energía, de una convicción que volvían a sostenerla. Encontraba otra vez su lugar, en el ruido oscuro del mar, en los banderines de colores sobre los dos cuando bailaban, en los gestos de las manos de él, en la felicidad del verano que lo conoció. Sonia bajó una pesada compuerta y volvió a quedar a solas con la compañía clandestina de su historia de amor.

Por la ventana abierta, Sonia escuchó el paso del Nocturno y supo que eran las diez. La noche se extendía hacia delante como un desierto negro, interminable. La casa estaba alborotada; era febrero, carnaval, y la señora Noguier había hecho programa con algunos de los pensionistas para ir al baile del Club San Alfonso. Había invitado a Sonia, pero sin demasiado entusiasmo. Sonia se excusó. La que no tuvo opción fue Rosa. Para algún lugar u otro, todos en la pensión salían. Se asomó en enagua a la puerta de su cuarto. En la pérgola del último patio, la señora Noguier conversaba y se reía con los dos muchachos del Banco que irían con ella y Rosa al baile; debajo de la puerta del vendedor de la casa Muriel se veía una raya de luz. Sonia lo escuchó silbar mientras se preparaba, urgido por los llamados de la dueña de la pensión. Cuando salió, llevaba sobre el traje una capa roja y barata de diablo, una vincha con cuernos y un antifaz mefistofélico. Su llegada al grupo fue muy festejada.

Media hora después, entre risas y comentarios, cerraban la puerta de calle. Sonia salió sigilosamente a la galería. En algún lugar sonaba una música que se volcaba en el patio y circulaba por la casa, tenue pero con toda claridad. Los grillos daban su canción uniforme y el perfume de las madre selvas era tan intenso a causa de que se regaba el jardín de noche, que no quiso volver a su pieza. Descalza y en enagua, con la corta melena desordenada, los veintisiete años de Sonia revelaron su belleza para nadie. Iba y venía sin rumbo, contenta de estar sola, con la casa entera para ella. Fue al segundo patio y apoyó a propósito los pies en la tierra húmeda; se sentó en un banco de la pérgola. No le pesaba estar sola, en la espera. A veces recordaba fragmentos de conversaciones, palabras de algunos hombres que trataron de acercársele, proposiciones veladas, chistes intencionados, piropos o elogios sinceros. Todo caía en un silencio muerto, sin eco de recepción. Ni rechazo directo ni disgusto ni signo alguno de complicidad. Sencillamente nada. Como si su interlocutor se hubiera dirigido a una mujer invisible, a un costado de Sonia. Salvo con Bautista, admitió Sonia; pero eso había quedado atrás, había sido un error. Era algo en lo que no le gustaba pensar. Se detuvo y escuchó. La brisa nocturna le trajo un fragmento lejano de música, sin duda de alguno de los bailes que se celebraban en San Alfonso esa noche. Con el cambio del viento, se apagó. El baile de carnaval no la atraía, ¿qué podía hacer ella ahí? No estaba acostumbrada a fiestas ni a reuniones. Estaba acostumbrada a los días tranquilos, que se sucedían livianos e iguales, de una monotonía perfecta. Había vuelto a bordar, no ya aquellos extraños motivos que ahora le parecían como salidos de un vértigo de fiebre que nunca volvió a sentir, sino lo que le encargaban. Tenía su propia máquina de coser. Una vez más volvió a pensar en alquilar una casa; había visto una con un cartel en la calle España que le gustaba. Si volvían a encontrarse debían tener dónde vivir, esto era algo que tomaba cada vez más fuerza. Se entregó a esa idea y la traspasó la felicidad de empezar a construir un hogar para los dos.

El recuerdo perfeccionado de su historia de amor había crecido y proliferaba como una enredadera salvaje. Repetía paso a paso sin permitirse saltos, el baile, los banderines en el cielo nocturno, su vestido flotando, el viento marino, las manos de él a las que había dotado de una perfección sorprendente. Sin previo aviso, desvíos inesperados la hacían retroceder o avanzar, siguiendo frases o gestos nuevos que se acomodaban rápidamente al relato. Algo había empezado a insinuarse en lo que él decía, sin embargo. En las palabras de amor de él, en el tono crispado de algunas palabras que él decía mientras caminaban por la arena, se le hacía cada vez más claro a Sonia que debía cumplir con un compromiso indeseado; era esclavo de algo. Y esta idea arrastraba otras que se relacionaban con ella, la idea de que él tenía una familia, aunque Sonia no quería detenerse en esto ni imaginar nada, debía existir, allí estaba. Ella lo comprendía perfectamente aunque nada de eso tenía importancia; lo verdaderamente importante era que debía esperarlo. No le interesaba cuánto tiempo. Sola en la noche de verano, la mutua promesa de esperarse la conmovía como

ninguna otra cosa. Esperar era lo único que creaba un futuro. Sentada en la pérgola, Sonia miraba el cielo estrellado sumergida, sin preguntas, en la constancia de su posesión.

Al otro lado del pueblo, frente a la estación, Bautista dejó el salón de la fonda y se fue a su pieza. La alegría fácil del carnaval, la gente del campo que desde la tarde llegaba sin cesar para el corso, y que al comienzo le había producido una simpatía genuina, esas chicas con sus mejores vestidos, los ojos dispuestos, los muchachos que las miraban, engalanados como para una reunión de la que esperaban vaya a saber qué novedades, terminaron por apartarlo y al fin lo hicieron buscar su pieza del fondo. Abrió la ventana de par en par y se quedó escuchando la noche, atravesada por las risas y exclamaciones que venían desde el salón de adelante. No creía que su destino fuera quedarse solo, pero esa noche la soledad le pesaba. Salió al patio y miró las estrellas entre las hojas de los fresnos. Escuchando los grillos, a veces como ahora, entraba en otro tiempo, un tiempo más grande que su vida, más ancho y extenso, el tiempo de todos los que, al igual que él, en algún momento de sus vidas padecían la soledad o vivían la alegría y una suerte de consuelo descendía sobre él. Esta noche ese sentimiento no era bastante; necesitó moverse, hacer algo concreto. Sonia, pensó, y se le hicieron vívidos sus ojos claros, el corte de su cara, el pelo castaño un tanto salvaje en el que deseaba hundir las manos, su actitud distante. Caminó hasta el fondo del patio, hasta el tapial. Apoyó una mano abierta en los ladrillos desnudos, socavados, viejos; luego la otra. Había mirado muchas veces la bondad escondida de ese tapial. De día, era de un color oro opaco, semejante al de las hojas de los plátanos. La materia basta hacía mucho que había adoptado la calma de la pared; una calma antigua, íntima, piensa Bautista; lisa y suave por el paso del tiempo, que terminaba puliendo sus aristas, sus enemistades con el mundo. Como otras veces le había sucedido, el contacto lo calmó, como si de esa greda primordial se desprendiera alguna remota confortación. Sonia, repitió, Sonia. Luego de un cierto acercamiento, nuevamente le era esquiva, se había retirado lejos. Alguna cosa había pasado y debía tomar la determinación de hablarle, de decirle lo que sentía por ella. Algo habría visto o sospechado en la manera desatinada de conducirse de la viuda Noguera, ¿había acaso otro modo de explicar su actitud, primero de tímido acercamiento y después de una distancia terminante? No le era posible verla en la pensión y Sonia apenas salía. San Alfonso se le había vuelto gris en esos últimos meses. Por sobre el tapial le llegó el alboroto de un auto lleno de voces y gritos, alguien tocaba una guitarra. Cuando el bullicio se perdió en las calles, el silencio se hizo más hondo. Todavía lejos, escuchó el acercarse del tren. Lo atravesó la soledad. Sonia, pensó otra vez. Había algo en ella que Pissano no podía descifrar, algo velado que lo atraía, algún tipo de sufrimiento amordazado. Quería acercársele, pero no sabía cómo; sería, seguramente, malinterpretado. A pesar de que lo inquietaba como mujer, era otra cosa lo que Bautista quería descubrir, una cosa más en el fondo que de algún modo tenía que ver con él, que lo llamaba. A muchas cuadras de donde él estaba, El

Nocturno entraba en el pueblo con un breve saludo y se aproximaba velozmente a la estación; el sonido duro, áspero, el fragor del hierro y la compresión de los pistones invadieron el andén, la calle y el patio. Su ánimo fue alzado por un puro impulso de emoción vital. Podía no ser tarde todavía.

—El corso ya no es lo que era.

—¿Te acordás, Adela, cuando papá nos llevó al primer corso?, las cadenas de serpentinas, el pomo con agua perfumada, las carrozas alegóricas... ¡lo que era eso! Ahora se tiran baldazos de agua.

—No está mal con el calor que hace; anoche no pude dormir, tuve que salir un rato al patio.

—Me contó Teodo que hoy a la siesta jugaron al carnaval en la cuadra y que a la de Musante le quedó todo el vestido pegado al cuerpo. Los del taller mecánico salieron para verla.

—Qué querés con la de Musante. Yo le doy vuelta la cara en cuanto la veo. A mí no me asusta esa guaranga. Papá decía que habría que darle un sosegate.

—Yo escuché hoy los gritos en la vereda. ¡Y cómo se reían! A mí lo que me hubiera gustado es ir al baile.

—El luto no lo permite. Es así y Santas Pascuas.

—Parece que Adolfito estaba con la señora... Dicen que es una cabeza alegre.

—Dejá ese tema. Así son las de Buenos Aires.

—No te perdiste nada.

—Dicen que es la sombra de lo que era. Yo creo que está tuberculoso.

—Viste vos, de la que te salvaste.

—Me acuerdo del corso del 24, cuando participé de la carroza alegórica del club, papá me dejó porque vinieron a pedírselo los de la comisión en pleno. ¡Qué carroza! La alegoría de la reina del mar. Con Amanda hacíamos de olas, con vestidos verdes y una orla de tul blanco que era la espuma. ¡Lo que fue eso!

—A Amanda le dijo doña Faustina que en el baile la que era una pura chafalonía era Ofelia Noguera. Dice que está pelirroja, ¿a vos te parece?

—Ésa perdió la cabeza.

—Acordate lo que decía el tío Pepe: Attenti a las viudas, que son las peores.

—Pensar que nunca dio que hablar y ahora de grande se le calentó la cabeza.

—Si hace algo debe hacerlo fuera de la pensión, porque el lugar sigue siendo intachable; de los pensionistas no se puede decir nada.

—Agarrate: parece que él no le da ni la hora.

—Parece que él no va más por la pensión. Hay que tener ganas de andar con un hombre para fijarse en un anarquista.

—Es el último baile de carnaval, me gustaría ir. Me gustaría disfrazarme.

—Ah sí, si papá levantara la cabeza le da un síncope.

—En el centro me encontré con Sarita; llevaba los chicos del hermano a lo de Fanussi a sacarles la foto. Hay que ver lo que son: la nena de dama antigua y el nenito

de torero. La abuela les hizo los trajes. ¡Divinos! Seguro que ganan el concurso.

—¿Es verdad lo que dicen?

—Es verdad, se casa para la primavera.

—Lo que va a ser el vestido, hecho por la madre. Dice que después de Sarita cuelga la aguja.

—Qué calor terrible, anoche no pude dormir.

—¿Traés un poco de limonada, Mecha?

El 11 de junio, día de su cumpleaños, amaneció lloviendo torrencialmente. En la cama, semidormida, Sonia escuchó un rato largo la lluvia. Ya despierta del todo, empezó a vestirse. Los pies desnudos sobre el piso le produjeron un escalofrío. Se puso las medias y buscó los zapatos bajo la cama. Sus manos tropezaron con la valija; hacía tres años que sus camisones y sábanas vegetaban otra vez en la valija, y la valija debajo de la cama, pero Sonia no reparó en esto. Su atención estaba puesta en el sonido de la ventana: había parado de llover. Frente al espejo del ropero se peinó apurada y se dedicó una mirada indiferente. A lo largo de esos años y sin que ella lo advirtiera, su aspecto había ido tomado un curioso aire atemporal. A Sonia no le interesaba estar a la moda. Distraída, miraba las vidrieras de la tienda Galver o de La Ideal y copiaba al azar algún detalle para un vestido o para una blusa. Y eso era todo. Rápidamente, hizo la cama, ordenó la pieza y salió. A pesar del frío y de las protestas de la señora Noguer, a las diez Sonia dijo que debía entregar un trabajo urgente y fue hasta el centro. A la vuelta, un suceso insignificante iba a cambiar el rumbo de su vida. Sin paraguas, caminaba apurada contra la pared cuando en una esquina escuchó el grito desesperado de un animal. Un gato minúsculo, arrinconado y empapado contra la pared de ladrillos, maullaba con desesperación. Sonia se detuvo; no había un alma en la calle. Era horrible el pobre animal. Los ojos redondos la miraban, el cuerpo ínfimo temblaba. En el interior de Sonia, no supo cómo ni por qué, se produjo un leve desmoronamiento, el abrirse de una grieta. Fue sólo un instante, una sensación de ahogo le cerró la garganta y el nombre de la Nené se encendió y desvaneció como una chispa en la lluvia. Sin darse cuenta, se había agachado. Su gesto de aproximación fue respondido de inmediato por el animal que se aferró a su manga como un náufrago. Sonia lo cubrió como pudo con el saco y reemprendió la marcha. A la señora Noguer no le gustó el gato y dijo que quería ser clara: se lo permitía pero como una excepción, sólo por su comportamiento intachable. Ella debería hacerse cargo de cualquier suciedad o molestia que pudiera causar el animal. Sorprendida por lo que acababa de hacer, Sonia entró en su pieza, puso un trapo viejo sobre la cama, depositó allí el gato y lo secó. Después fue a buscar un plato de leche a la cocina. Como si supiera que de su silencio dependía su nueva existencia, el gato cesó de maullar, tragó hasta la última gota y poco después se durmió. Sonia no podía quitar los ojos del minúsculo abdomen que subía y bajaba. A medida que se secaba, el pelo se volvía tupido y suave y el dibujo atigrado mostró un diseño que iba del gris oscuro a un vellón blanco en el pecho y la panza. Se agachó junto a la cama y pasó un

dedo por el pelo suave. Una ternura inesperada fundió su reserva y la dejó perpleja. A él le gustaría, pensó de repente Sonia. Fue una revelación pasmosa. Si él entrara por esa puerta —lo vio entrar, vio su sonrisa— y ella le mostrara el gato, estaba convencida de que a él le gustaría; es más, la elogiaría por haberlo rescatado de la lluvia. Sonia sonrió. Ampliamente. Volvió a la insólita imagen de él abriendo la puerta, entrando en su pieza. Sentimientos confusos primero, claros y violentos después pulverizaron la escena de la playa con la impiedad de un zarpazo. Se sentó en la cama. Era la primera vez que él dejaba la arena y el ruido del mar, que salía de ese lugar sin bordes para aparecer en su vida, para compartir un momento aquí mismo, ahora. Asombrosamente lo sentía ahí, junto a ella; intuía su presencia. No era un delirio ni una alucinación. Era la lógica natural que encadenaba los hechos. Sonia no se preguntaba si esa lógica a la que obedecía la larga historia inmóvil que había comenzado una noche de sus dieciocho años era posible o si coincidía con la realidad de los otros. Era así. Se llevó las manos al pecho, caminó por el cuarto en un estado de creciente agitación. ¿Cómo no lo había pensado antes? Él respiraba y vivía fuera de aquellos días; él llevaba una vida en algún lado, tal vez, con una familia; borró de inmediato esa idea. Era evidente que él participaba de hechos, hacía cosas en la realidad. Cosas como tomar un tren o tener un perro o tratar de buscarla. Él podía averiguar dónde ella vivía y presentarse en cualquier momento, golpearle la puerta. O a la inversa, y aquí el aliento se le hizo un soplo bajo las costillas: *ser ella la que lo buscara a él*. Una sacudida nerviosa la puso otra vez en movimiento. Buscarlo, volver a estar juntos, empezar una vida nueva. ¿Qué había estado esperando? ¿Cómo se había despreocupado de esa forma? Tenía que averiguar dónde vivía, tenía que hablar con él. Habían pasado diez años, era necesario, era imperioso decirle cómo lo había esperado, tal como él se lo había pedido. Tenían mucho tiempo por delante. Su historia de amor volvió a cobrar el ímpetu, la intensidad incontenible que había tenido al comienzo de todo, aquel verano de su vida. Era como si no hubiera vivido, se dijo Sonia, como si hubiera estado soñando. Se paró ante el espejo. ¿Ésa era ella? Los grandes ojos sesgados y muy claros eran los mismos, seguía delgada, pero estaba pálida y llevaba el pelo como una mujer de cincuenta años. Y sus zapatos... ¡Dios mío! Tenía que arreglarse, comprarse otra ropa, otros zapatos. Si iba a buscarlo, él no podía verla así. Con una claridad definitiva supo que debía consultar a la gitana. Miró afuera, todavía llovía. Se puso el saco y salió rápido y sin despedirse. Desde la cocina, la señora Noguer la miró al borde de la alarma.

No le importó embarrarse los zapatos. Caminaba apurada, con una despreocupación eufórica; se mojó las medias y la pollera contra unos arbustos empapados. Iba a tirar todo lo que tenía puesto, toda la ropa que tenía colgada en el ropero. Estaba decidido. El vértigo en la boca del estómago casi la hace reír. Se iba a destacar, se iba a embellecer para él, para buscarlo. Les gustaba a los hombres —la imagen de Bautista cruzó como un relámpago su cabeza y con la misma fuerza la desechó—, sabía que les gustaba a los hombres. Siguió cuadra tras cuadra, bordeó el

galpón de la cooperativa y cruzó la calle. El lugar estaba distinto a como lo recordaba. El carro y el toldo se pudrían contra un tapial, semienterrados en el barro. Otra pieza de material había sido adosada a la primera. Una chica de unos quince años tomaba mate en la puerta y la miraba acercarse. Por debajo de las polleras fruncidas le asomaban los pies descalzos, uno apoyado sobre el empeine del otro. Antes de que Sonia alcanzara a anunciarse, el cuerpo de la gitana tapó la abertura de la puerta por detrás de la chica. Se había puesto obesa y en sus trenzas se veían canas. Sonia la reconoció de inmediato. No le pasó lo mismo a la gitana, que la miró de arriba abajo, hasta que el gesto de asombro fue rápidamente cambiado por una sonrisa.

—Hola, guapa, tanto tiempo sin venir por aquí —la mujer apartaba a la chica, la empujaba para dentro—, creí que te habías ido del pueblo.

La pieza olía a kerosén de una estufa desportillada y a algo más, indefinido y rancio. Un momento después volvían a sentarse frente a frente, a la misma mesa, tal como la última vez. Sólo que ahora Sonia tenía algo concreto que preguntar. La gitana se sirvió medio vaso de vino y le ofreció. Sonia negó con la cabeza. La mujer se tomó el vaso de un trago y dejó la botella a un costado.

—Vamos a ver, guapa, qué te trae por aquí —con el antebrazo limpió el centro de la mesa; la miró fijo mientras mezclaba las cartas.

—Busco a un hombre —dijo Sonia.

—Ah sí. Ya veremos qué nos dice la fortuna, qué nos traen las cartas. Ya lo vamos a encontrar.

La mujer empezó a canturrear una especie de melodía nasal, algo parecido a un lamento, que subía y bajaba. Los ojos oscuros, hundidos en la cara abotargada, miraron las cuatro barajas dispuestas en la mesa:

—No está lejos, pertenece a otra mujer. No es feliz.

—¿Dónde está?

La mujer volvió a servirse vino y volvió a tomárselo de un trago.

—Nadie puede esconderse, guapa. Pero tengo que ver, déjame ver dónde puede estar este mal nacido —la gitana quitó la vista de las cartas y la miró abiertamente—. Porque éste es un mal nacido, ¿o no?

A Sonia el insulto le sonó como una pedrada.

—Ningún mal nacido. Solamente dígame dónde está.

La gitana volvió a las cartas.

—No está lejos, pero tampoco es a la vuelta de la esquina. Te va a llevar su tiempo encontrarlo. A ver, a ver...

Sonia apretó los dedos al borde de la mesa.

—Aparece una mujer, una mujer que sabe. No podrás ir directamente a él. Alguien, tal vez esta mujer, te va a guiar.

La gitana puso de un golpe el mazo boca abajo.

—Es todo lo que te puedo decir, por ahora.

Sonia pagó y salió; lloviznaba otra vez. Antes de doblar, dio vuelta la cara. La gitana y la chica la miraban desde el marco de la puerta.

Esa noche no pudo dormir. La escena de la playa se deshacía. Alzó el gato y oprimió su tibieza contra su pecho. Una inquietud punzante le impedía estarse quieta. Se levantó y miró por la ventana. Había dejado de llover y unas nubes bajas y oscuras corrían por el cielo dejando ver, a rachas, la luna. Cerró los postigos y el cuarto quedó hundido en una oscuridad profunda. Tiritando, se acostó.

A la mañana temprano, Sonia por primera vez se ocupó de algo que no fuera ella misma y sacó el gato al patio. Después salió de la pensión. Sus pasos la llevaron hasta la casa que conocía tan bien. Cuando tocó el timbre su cabeza estaba fría, aunque no sabía qué iba a decir. Apareció una mujer con un turbante a lunares. Sonia preguntó por la señora Marta. ¿Qué Marta?, dijo la mujer. Ella mencionó al contador Rossi.

—Hace años que se mudaron —dijo la mujer y se metió un mechón de pelo debajo del turbante—. Ahora viven por el lado de los chalets.

La mujer la estudió un momento y después cerró la puerta. Sonia se quedó un momento en la vereda, titubeando. Se largó a caminar. No la sorprendió lo de la mudanza al barrio de los chalets; había escuchado que le iba muy bien al contador. A lo largo de esos años los había visto algunas veces, la última, en un coche nuevo. Marta la saludó con la mano. También los había encontrado aquella vez, en la inauguración de la confitería Tokio, en una mesa de matrimonios que se reían mucho. Marta fumaba con una boquilla. Pero cada vez que los veía, después era como si se borrarán o como si no quisiera recordarlos y los olvidara. Marta se podía haber ofendido por el modo en que ella se había ido de la casa, aquella vez. Sonia había hecho desaparecer de su memoria toda esa escena, hasta ahora en que, apenas rozó la superficie de lo que venía pensando, fue otra vez hundida en la profunda oscuridad. El barrio de los chalets, repitió. Sabía dónde quedaban «los chalets». Un barrio nuevo de gente rica. Empezó a caminar, despacio porque era preciso ordenar lo que iba a decir. Marta se iba a sorprender y ella tenía que conseguir lo que necesitaba saber. Cruzó la plaza y dobló por la calle principal. Por su misma vereda avanzaban del brazo dos de las señoritas Zuloaga. «Adiós, Sonia». «Adiós», respondió Sonia mecánicamente. Tenía veintiocho años; en poco tiempo San Alfonso se la tragaría, como a ellas, quedaría sola, sin casa, sin futuro, sin nada. Apuró el paso. Dos cuadras más allá, cruzaba el bulevar nuevo, con casas como las de las revistas. En la primera, llamó y preguntó. Le señalaron un jardín. Allí tocó y esperó. Una chica desconocida le abrió la puerta y le dijo que iba a ver si la señora estaba. Un momento después, Marta corría la cortina y la miraba por detrás del vidrio.

Una hora más tarde, nuevamente en su pieza de la pensión Noguera, con la tranquilizadora tibieza del gato sobre su falda y la espalda derecha contra la pared, Sonia se felicitaba por su audacia. No había sido tan difícil, después de todo. Sí, Marta estaba sorprendida de volverla a ver; sí, que qué bien estaba; sí, que el más grande estaba en el servicio militar y la más chica de novia, que cómo no había ido en

todos esos años, que parecía mentira, vivir en el mismo pueblo y, después de aquel día, hacía años, en que se fue tan rara, le había dicho a su marido qué le habría pasado. Sonia sacudió la cabeza. Sí, el del casamiento de su sobrino; sí, tenía dos chicos y vivían en Castelar, había puesto un negocio de fotografía, pero pensaban mudarse al interior. ¿La fotografía? Se llamaba Social, Fotografía Social. ¿Y a qué viene todo esto, Sonia? Qué le importaba a ella a qué venía todo esto, pensó con ferocidad Sonia. Acarició bruscamente al gato. La escena de la playa se volvía gris. Sonia la reemplazó por una plaza de Castelar. ¿Cómo la vería después de tanto tiempo? ¿La había esperado? ¿Había pensado en ella todos esos años? Una urgencia dolorosa la llevaba a perfeccionar este nuevo encuentro, pero la escena había cambiado por completo y no tenía los detalles. No había banderines cuadriculando el cielo nocturno, y el ruido del mar había cambiado al ruido de la grava bajo sus pasos en una plaza con árboles altos como torres y bancos exageradamente grandes donde la gitana, muy pálida, los ojos como ranuras negras, se erguía, se levantaba de uno de los bancos y se le acercaba sin tocar el piso, como si volara a ras del suelo. El dolor en el cuello la despertó. Se había dormido sentada y sentía la espalda rígida.

Al día siguiente se levantó tarde. La señora Noguer se mostró preocupada, tenía mala cara, le dijo; le ofreció un mate antes de salir. Sonia se sentó en la cocina y aceptó el mate. Miró la mesa cubierta con un hule. Tal vez debajo había grietas en la madera. Cruzar las vías y pegar la cara a la puerta hasta escuchar la campanilla que sonaba tan lejos. La Nené tendría ahora veinte años, ella, ocho más. Como si viniera de otra parte, la sorprendió su propio quejido. Le pesaron las piernas al levantarse. En sordina oyó la voz de la señora Noguer que hablaba y hablaba de una alacena nueva que quería encargar. En su pieza se quedó quieta al lado de la ventana, mirando sin ver a través de las cortinas de crochet. Llegó la americana del lechero, oyó la voz de Rosa, la americana se fue, acompañada por los cascabeles de la yegua. La calle quedó quieta y sola. El día pasó sin que ella se diera cuenta. A la noche la señora Noguer le tocó la puerta para saber cómo se sentía. Sin abrir, le contestó que estaba bien, que la vería por la mañana. Ovillado a su lado el gato dormía, una pequeña mancha gris y blanca en la escasa claridad de la ventana.

Mientras Rafael hablaba con los hombres de la chacra, Bautista se alejó. El cielo abierto sobre el campo revivía su vieja raíz campesina y ese impulso lo llevó a internarse en el lote con una especie de avidez. El trigo ya por cosechar le parecía algo prodigioso, una dádiva de la tierra que exaltaba el trabajo humano. Parado, las palmas abiertas al áspero roce de las espigas, dejaba que la inmensidad amarilla lo llenara de la utópica ilusión de abundancia para todos. Era una tierra inconcebible, no podía dejar de amar su generosidad. Era la tentación de la molicie, de la pereza, de dejar todo como estaba. Era el canto de sirena más peligroso que Bautista había podido reconocer en su creciente amor por el pueblo y el campo, y el más hermoso. ¿Para qué hacer el esfuerzo de cambiar las cosas si acá todo finalmente se daba, tarde o temprano todos comían? Era un espejismo perturbador. Una ráfaga de viento hizo

ondular el trigo hasta el horizonte, las espigas le acariciaron las manos. Gente del campo, divagaba Bautista embriagado por lo que veía, dormían y soñaban sobre las parvas amarillas. En los sueños había una tormenta violeta, casi negra, y un corte en el horizonte por el que se filtraba la luz del sol que resaltaba los plumeros color crema de las cañadas, el plumaje de los patos volando al ras del agua, los hilos de la lluvia. La maternidad de la tierra era una corriente fecunda que fluía, irresistible como una crecida, igualando los hechos y los hombres. Hombres aletargados en el tiempo cíclico de las estaciones, de la fecundidad, de la muerte y de la vida. Romper esa molicie, esa pereza, ese espejismo, ese canto ilusorio, por momentos parecía imposible. Como tratar de detener la rueda de los días que giraba inmutable impulsando lo que sucedía en el pueblo y en el campo, uno mirándose en el otro, sumidos en sus propias y secretas cavilaciones. Nacimientos y muertes, casamientos y entierros. Así pasaba la vida como un sueño. Y siempre esa red que se seguía tejiendo, década tras década, de padres a hijos, de generación en generación. Y detrás del transcurrir y del bello espejismo, como siempre, como en todos lados, los que tenían todo y los que no tenían nada. El grito de Rafael llamándolo lo volvió a la realidad.

Salió del campo de trigo y se acercó a la casa por el sendero junto al alambrado. Subieron al auto que les habían prestado y volvieron al pueblo. Por el camino de tierra, con el brazo fuera de la ventanilla, Bautista dejaba que el verano le llenara los pulmones y le provocara ideas, planes, proyectos indecibles, apenas esbozados. Rafael comentaba la guerra en Europa, la actitud del gobierno; él se obligaba a contestar por una cuestión de deber. Bajo la superficie de sus voces, llegaba a una silenciosa confirmación: comprendía, al fin, al pueblo; comprendía su manera de vivir adherido a los hechos elementales de la vida, a la materialidad de los objetos, a la inmediatez; todas cosas que había criticado acerbamente en un principio, que había despreciado por narcotizantes, por mezquinas, por contrarias a la reflexión. Sin hacer ninguna concesión a la moral burguesa de San Alfonso, se sentía ahora más cerca de la realidad de lo que nunca había estado antes, y eso tenía que ver con la proximidad de la tierra, con la forma en que la gente vivía allí sus vidas. Pequeñas, tal vez, estrechas y crueles muchas veces, pero francas y evidentes justamente porque esos estigmas no se enmascaraban en la multitud, se mostraban individualizados y finalmente conocidos por todos y, por eso mismo, creía, más inocentes y al alcance del juicio general; y donde las opuestas virtudes tocaban a veces un grado de humanidad que en su juventud no había conocido. Y esto no dejaba de asombrarlo. Aunque la palabra verdadera era conmoverlo. Sin darse cuenta, había llegado a querer a San Alfonso; había llegado a conocer su historia, sus casas, cada uno de sus árboles, cada rincón perdido de sus calles. Sus rencores habían muerto. Pardeiro, con el que se había cruzado algunas veces en el pueblo, se le aparecía como el hombre insignificante que era, y la corrupción que encarnaba ya había sido condenada por sus vecinos. Tanto era así que, finalmente, había desaparecido. Su única frustración, la

más penosa, era Sonia, lo definitivamente distante que se había vuelto su presencia, casi inalcanzable.

Rafael le reprochó la distracción, que había notado, dijo, desde que subieron al auto. Entraron al pueblo por el antiguo camino donde todavía se levantaba La Colorada. Bautista le indicó la calle y llegaron a una casa, cerca del barrio de la estación. El dueño les mostró el cobertizo que alquilaba. En los últimos dos años, Bautista había trabajado en los fondos de la casa de Rafael y había llegado el momento de tener un lugar propio. Cuando salieron, le pidió a su amigo que lo dejara en el local de *La Palabra*.

Un rato más tarde, tomaba mate en la trastienda donde el periódico se imprimía manualmente. Tres muchachos y un hombre de su edad, el director, hablaban, exaltados, sobre todo los más jóvenes, de los acontecimientos de Buenos Aires. La gente estaba tomando coraje; se avecinaban cambios. Un coronel y la causa del pueblo, qué pensaba él.

Bautista se tomó un tiempo para contestar.

—Un militar junto a la causa del pueblo es, por lo menos, confuso. Y uno que estuvo con el golpe del 30... Esa junta no puede producir ningún cambio verdadero. La confusión viene de que están levantando banderas ajenas y hasta algunas nuestras.

—Hay que pensar muy bien las cosas, actuar con mucho cuidado; sobre todo nosotros —concluyó Bautista—, que venimos luchando desde hace tanto tiempo, y ustedes, que han decidido publicar ideas.

Frente al espejo, Sonia se pintó cuidadosamente los labios. El pelo a la moda, una melena corta con flequillo abierto conseguida en una peluquería que era la última novedad de San Alfonso, la hace sentirse diferente, moderna. Era otra, así decían Rosita y la señora Noguer, que intentaba con disimulo averiguar a qué se debía el cambio. Se puso los zapatos de salir y estiró las medias de seda, sacó al gato un momento al patio trasero, lo volvió a entrar. Salió sin avisar a dónde iba. Luego de un tiempo de indecisión, de noches desveladas y de temor al fracaso por el paso decisivo que iba a dar, había llegado el día. Hacía un calor aplastante, propio del verano en San Alfonso. En unos meses cumpliría veintinueve años, pero dentro de ella sentía con fuerza que no era tarde. ¿Y si no contestaba él? ¿Si otra persona levantaba el teléfono? Por un segundo, esta idea maligna logró filtrarse por la delgada rendija. La espantó y caminó decidida, cuadra tras cuadra. Era la primera hora de la mañana, pero ya había gente en las veredas. Por la ventana abierta de la casa de Amanda Marchisotti, la profesora de piano, salían unas escalas rápidas que iban y venían. Su pensamiento voló a Castelar, la Fotografía ya debía estar abierta o estaría por abrir. Si no contestaban, esperaría y volvería a llamar. Sonia se detuvo frente a la puerta de la Unión Telefónica. Estaba cerrada; un cartelito indicaba que abrían a las nueve. Esperó en la vereda, hasta que la empleada llegó, abrió la puerta con aire de importancia y, seguida por Sonia, entró y pasó detrás del mostrador. A un costado había un conmutador lleno de cables que Sonia veía por primera vez. La telefonista

fue hacia el fondo y reapareció abrochándose el guardapolvo. ¿Cómo podía hacer para hablar a la localidad de Castelar? ¿Cómo se hacía para averiguar un número de teléfono? La empleada tomó un papel y una lapicera y mojó la pluma en el tintero. ¿Nombre de la persona? No importa el nombre, dijo Sonia, es un negocio, una fotografía. Fotografía Social. ¿Eso es todo lo que sabe?, dijo la mujer con falso asombro. No sé si vamos a poder alcanzar ese destino. Hay que llamar primero a Buenos Aires, a la Central, a información de larga distancia y ahí ver. Puede haber una buena demora, le aviso. No importa, dijo Sonia, espero. La mujer se sentó frente a la consola, se calzó unos auriculares y dio vuelta la manivela. Después levantó el auricular. ¿Era posible que fuera tan simple? Clavada en el piso, Sonia estaba pendiente de las manos de la telefonista en la consola. Al fin, la mujer le informó que había media hora de demora. Le advirtió que había tormenta para el lado de la capital y que no se oía bien. No importa, espero, dijo Sonia. Veinte minutos después, sonaba el teléfono. El timbre rebotó en las paredes y en los vidrios de la puerta, sobresaltándola. La mujer decía: ¿Holá?, manipulaba los cables. Holá, sí, operadora ¿cómo? Sonia le dio la espalda y de golpe se vio en el vidrio de la puerta, la que tenía el postigo cerrado, vio una mujer que no era la chica de la playa, una mujer de hombros caídos, se enderezó y sujetó la cartera contra el estómago. Señorita, escuchó, éste es el número. ¿Va a hablar? Perdone, ¿o señora? Señorita, contestó Sonia volviéndose hacia la operadora. ¿Va a hablar?, dijo impaciente la mujer. Al final del mostrador, había una cabina estrecha de madera oscura con parte de la puerta de vidrio. ¡Levante, levante el aparato!, le ordenó la telefonista. Con la mano agarrotada, sin saber bien lo que hacía, Sonia levantó el auricular. ¡Hablen! ¡Hablen!, ordenó la telefonista. Se oía un ruido de descarga, como de viento y chisporroteo de cables. Detrás del zumbido, por sobre el campo y los alambrados, una voz de hombre dijo: ¿Hola?, ¿quién habla? La descarga se hizo más fuerte. Hola, repitió en tono más alto la voz, Fotografía Social, ¿quién habla? Desde el fondo del estómago, la voz débil de Sonia dijo: Soy yo. ¡Grite!, gritó la telefonista, no se escucha bien, tiene que gritar, ¿entiende? ¿Quién habla?, volvió a repetir la voz de él, tan lejos que a Sonia se le llenaron los ojos de lágrimas. No se escucha bien. El ruido borró la voz. Cuando volvió entre descargas, la voz preguntó: ¿Es de larga distancia? ¿Quién habla? Con voz apenas audible Sonia dijo: Sonia. Pero no pudo seguir. Del otro lado se hizo un silencio blanco, sin ruidos. Después volvió el chirrido informe. Muy lejos, la voz repitió cansada: ¿Quién habla? No se escucha. De pronto, ni ruido ni voz. Se cortó, dijo la voz triunfante de la telefonista frente a la consola. Sonia tardó un momento en poder dejar el auricular y colocarlo en la horquilla. Lo hizo con un cuidado supremo. Otra vez el vidrio. Estaba ligeramente encogida, como si hubiera recibido un golpe. Cuando consiguió salir, llevaba en la cartera el papel con el número. Al cabo de unas cuerdas, respiraba mejor. Le parecía imposible lo que había hecho, había escuchado su voz, después de tantos años, había escuchado su voz. Tenía el papel con un número, allí estaban todos esos años de espera, agazapados detrás de un papel con un

número. En la calle, las tiendas estaban abiertas y la gente ya andaba por las veredas y realizaba distintas tareas o iba de algún lugar a otro. Pasó un camión y después una jardinera. El sol le dio de pleno en la cara y, sin darse cuenta de lo que hacía, se rió. Se reía de su audacia, de lo que acababa de hacer, de la certeza de que todo cambiaría a partir de ahora. Después de haber escuchado su voz, se animaba a todo. Había dado el primer paso, el definitivo. En la esquina había doblado Biasi, el loco del cementerio; caminaba hacia ella con su paso quebrado. Sonia se apresuró a cruzar la calle.

Sonia estudió la cuadra; había pasado ya varias veces por allí, pero ahora la miró con otros ojos. Le gustaba esa calle de San Alfonso. Los plátanos alzaban las enormes copas que se juntaban en lo alto formando un túnel. Miró la casa desde la vereda de enfrente, con el cartel de «Se alquila». Esa mañana, en la oficina del martillero, el hombre le había dicho que no estaba para alquilar de inmediato, que se lo explicaría a la tarde, que fuera a las cinco. La casa enfilaba hacia atrás dos cuartos que daban, por el lado derecho, a una galería lateral abierta sobre el jardín. El jardín rodeaba la casa por delante y por el costado, prolongándose hasta el patio de atrás. Ya avanzado el otoño, descuidado y libre, el jardín mostraba un aspecto abandonado que a Sonia le gustó. Se veía como un refugio un poco salvaje. La casa estableció con ella una correspondencia cálida, instantánea. Pilares bajos y una puertita de maderas cruzadas separaban el jardín de la vereda. Las cinco menos diez de la tarde y en cualquier momento se largaría a llover. Sonia había llegado unos minutos antes para poder ver la casa a su gusto, pero apenas había cruzado la puerta que daba a la vereda cuando el hombre se presentó. Le mostró las dos habitaciones y la cocina comedor que cerraba en ángulo el fondo de la galería. Era sencilla, pero tenía todo lo que ella necesitaba. Al lado, haciendo la medianera del jardín, se alzaba un amplio galpón que se comunicaba con la casa por los fondos. El propietario la tranquilizó: alquilaba la casa y el galpón por separado. La galería fue lo que más le gustó a Sonia: por el costado abierto, corría un pilar de un metro de alto, dejando en el medio un espacio para bajar los dos escalones que la separaban del jardín, ya que la casa estaba ligeramente elevada sobre el terreno. Lo primero que pensó Sonia fue que le gustaría cerrar el costado de la galería, del pilar al techo, con un enrejado de madera pintado de verde. Se entretuvo poniendo imaginarios sillones y macetas en un lado y en otro. Faltaba arreglo en el jardín, desmalezar, explicaba ahora el hombre, mientras le mostraba el fondo con una bomba y un lugar para lavar y tender ropa; se veían ladrillos, arena y un pozo abierto. Había que terminar las conexiones sanitarias y el baño entre las piezas, que estaba por la mitad. Pueden ser unos dos o tres meses. Nunca se sabe, dijo. Con un mes de alquiler de depósito, se la reservo para cuando esté lista. La miraba. Sonia percibió su impaciencia. Después de darle el precio, el dueño dijo que tenía que irse. Sonia le dijo que la casa le interesaba y que en una semana iría a la oficina a darle la respuesta. El hombre dijo que la esperaba y se fue.

Por primera vez en mucho tiempo Sonia se sintió feliz. No pudo pensar en volver

a la pensión a encerrarse en su cuarto; necesitaba moverse, caminar. Iría hasta el centro, eran pocas cuadras, y compraría unos hilos que le hacían falta. La invadió un agradable sosiego, una calma centelleante. Se sentía extraña, con una disposición magnánima hacia afuera, hacia lo que veía, hacia la vida. Tendría tiempo de ir comprando las cosas que le iban a hacer falta; cosas para su casa. Casi no podía creerlo, pero había hablado con él y esto hacía posible cualquier idea. La gente con la que se cruzaba, corrida por la inminencia de la lluvia, le resultaba amigable y confiaba en ella. No se apuró, quiso analizar esa transformación que experimentaba y se dijo que se debía a la casa, a la decisión que había tomado, porque ya estaba decidida: la semana siguiente llevaría el dinero a la oficina del martillero. Súbitamente se dio cuenta de que, desde que había recorrido la casa hasta ahora, no había pensado en él ni una sola vez. Se detuvo. Era como una traición. Recordó su voz. La reconfortó pensar que había escuchado su voz, sólo faltaba llamarlo otra vez, contarle de la casa, ir a buscarlo. Insensiblemente, apuró el paso; cuando estaba a una cuadra de la plaza, se descargó la lluvia. Corrió los metros que la separaban de la esquina del Banco, subió los escalones y se refugió en la profundidad de la entrada. Procuró no pensar más en él y en su próximo paso, ya tendría tiempo de analizar lo que haría cuando llegara a su cuarto de la pensión Noguer. Miró la lluvia que ahora caía con fuerza sobre los plátanos ocres y los bancos desiertos. Unos pasos apresurados, chasqueantes, y un hombre entró de golpe en el portal; se pasaba una mano abierta por el pelo mojado y sonreía a la vez que golpeaba el piso con los zapatos empapados. Levantó la cabeza y Sonia sintió una punzada de alarma al reconocerlo. La sonrisa suspendida en la cara, Bautista la miró sin poder reaccionar, sin poder creer, todavía, que la estaba viendo. Con el pelo corto, mojado, y los labios pintados Sonia le gustó más que nunca. Siguiendo el impulso que lo llevaba a reírse por el encuentro inesperado, algo en lo que había pensado mil veces y que ahora se le presentaba así, de improviso, Bautista le tendió la mano.

—Qué chaparrón. ¿Cómo le va, Sonia?

Por un acto reflejo, Sonia también sonrió.

—Bien —contestó, y volvió a sentir el apretón de manos cálido de otras veces—. ¿Y usted?

—Bien. Hacía mucho que no la veía, sale muy poco —Bautista entraba sin querer, sin poder evitarlo, en un terreno resbaladizo—. ¿Le gustó la alacena?

Era lo último que había hecho antes de retirarse definitivamente de la casa de la señora Noguer.

—Sí, mucho —contestó Sonia, admirada de la facilidad con la que estaba hablando con ese hombre que volvía a provocarle el instinto de huir—. Quedó muy bien.

Él no dijo nada, solamente la miraba. Ahí estaba ese mínimo palpitar de la nariz de Sonia que parecía contradecirla, su nariz revelaba lo que ella quería ocultar. Nerviosa, ella agregó lo primero que se le ocurrió:

—En cuanto empieza el buen tiempo, los pensionistas van todos a la pérgola, a sentarse en los bancos. Ya es una costumbre.

—Qué bien —dijo Bautista.

Se quedaron en silencio; Sonia bajó la cabeza y se arregló la blusa.

—Parece que no va a parar, por ahora —dijo Bautista, recriminándose no saber aprovechar esta oportunidad, pensando que tenía que decirle algo definitivo, lo que sentía, rápido, antes de que fuera tarde. Decirle algo ahora mismo. Dejó la pared en la que se había apoyado y se acercó:

—Mire, Sonia, hace mucho que yo...

Nerviosa, sin saber exactamente por qué pero presintiendo que no debía dejar que él hablara, Sonia tuvo una idea súbita.

—¿Sigue trabajando?

—Siempre. Así es —desconcertado, Bautista reprimió el impulso y volvió a la actitud anterior, de brazos cruzados, recostado contra la pared.

—Como no fue más por la pensión... Voy a alquilar... —Sonia vaciló—. Tal vez alquile una casa. Es acá cerca. Me gustaría que viera si se puede hacer un enrejado de madera.

—Cómo no. ¿Para poner dónde? —pero antes de que Sonia contestara, él escuchó su propia, indisimulable ansiosa voz, que preguntaba por su cuenta—. ¿Se va a mudar de la pensión? ¿Cuándo? —le era imposible no mirarla como él sabía que lo estaba haciendo.

Sonia abrió grandes los ojos claros.

—Sí, en unos meses... Para cerrar parte de la galería —dijo con una especie de vértigo y desvió los ojos porque no pudo sostener la intensidad de la mirada de él.

El sonido de un trueno rodó de un extremo al otro del cielo y la lluvia se hizo más vehemente y, a la vez, más íntima. Los dos miraron las calles desiertas. Nadie. Ni siquiera alguien en alguna ventana, notó Sonia. Ni siquiera un coche. Refugiados en el gran portal de la esquina, parecían los últimos habitantes de un pueblo abandonado mirando las calles desoladas, donde la lluvia los encantaba irresistiblemente. El agua corría en rápidos arroyos siguiendo un declive imperceptible, buscando su nivel, uniendo su sonido de pequeño torrente al afelpado ruido de la lluvia, ahora más mansa. Una luz gris clara impregnaba el aire. La niebla de agua fluía un metro sobre la tierra y diluía los contornos.

Miraban para afuera en silencio cuando, sin previo aviso, la puerta de la iglesia se abrió con brusquedad y una chiquilina de no más de ocho años, con un vestido azul y unas botas cortas, blancas, de goma, salió y se lanzó a cruzar la calle, corriendo hacia la plaza. Bautista y Sonia la miraron, incapaces de apartar la vista de ella, pendientes de lo que parecía el vuelo bajo de un pájaro. Era tan menuda, tan graciosa la manera en que corría y saltaba los charcos con los brazos extendidos a los costados como buscando equilibrio y las manos delicadas, abiertas como pequeñas alas, lanzándose hacia delante con la cabeza inclinada para evitar la lluvia en la carita pálida, que

Sonia estuvo a punto de decir algo pero no supo cómo expresarlo. Abrió y cerró levemente la boca.

—Un ángel se escapó de la iglesia —habló Bautista sin pensar.

—Sí, sí —repitió Sonia. Asombrada de que por primera vez alguien diera forma y palabras a algo propio, inexpresable, y se rió. Se rió para él, para Bautista, con la íntima complicidad de los que han compartido un momento perfecto.

La chica, como una visión creada por la lluvia, había desaparecido en la otra esquina de la plaza. Quedaron en silencio.

—Sonia —dijo Bautista.

Había disminuido la intensidad de la lluvia.

—Tengo que irme, ahora que paró tengo que irme. —Iniciaba el gesto de salir del portal a cruzar la calle.

—Espere —exclamó Bautista—, hay algo que tiene que decirme.

Sonia se dio vuelta, sin poder ocultar el sobresalto.

—¿Qué?

—¿Dónde queda la casa? —preguntó Pissano, con apenas una sonrisa entre irónica y paternal.

Sonia tardó un segundo en reaccionar.

—Ah, claro —dijo, y le dio la dirección. Cuando ella ya estaba a mitad de la calle, él gritó:

—Cuando vea la casa, la busco en lo de Noguier.

Pero Sonia ya corría hacia el negocio de los hilos de bordar.

Más arriba debía soplar un viento fuerte. Las nubes volaban blancas, níveas, sobre un cielo azul intenso. Si las miraba mucho tenía la sensación de irse para atrás, en dirección de las nubes, de perder la cabeza. «Adiós, Sonia». «Adiós», respondió mecánicamente, enderezándose en el banco de la plaza. Pasaban dos de las señoritas Zuloaga. Había bordado mucho para ellas, incluso una vez les había hecho un ajuar, pero ninguna se había casado. Como yo, pensó Sonia. Sus camisones y sábanas dormían un lento sueño de polillas debajo de la cama, devueltos a aquella valija prestada por el Asilo, como en un ataúd. Ese invierno había cumplido treinta años. La hermana Clara había muerto. La gitana había muerto. El crédulo afecto que creyó sentir por la señora Noguier había desaparecido. Cuando le confió que había alquilado una casa pero que seguiría unos meses en la pensión hasta que estuviera arreglada y lista, la señora Noguier opinó que eso no estaba bien. Que en el pueblo sería mal visto que una muchacha viviera sola. Ya no decía chica porque Sonia había dejado de serlo. Aunque hayas tenido una conducta intachable, seguía la señora Noguier. No sólo hay que ser buena, hay que aparentarlo. Si no es en la fila de ranchos, ¿qué mujer respetable, soltera, vive sola en este pueblo, a ver?, la desafiaba. Pero Sonia sospechaba que no quería perder una inquilina. Jamás había dejado de pagarle, ni siquiera se había atrasado en el pago, ni una sola vez. No hay nadie del todo bueno, del todo desinteresado, pensó Sonia. Salvo la hermana Clara. La mano de la hermana

Clara tapándole los ojos para que no viera lo malo, aquella tarde de hacía tanto tiempo. Como entonces, en el banco de la plaza, Sonia juntó con fuerza las rodillas y los pies. La hermana Clara, el vidrio en la herida de la pierna, la Nené, el frío del comedor los domingos de invierno, los juguetes usados, su existencia obcecada y vacía. Una oleada de ansiedad le subió a la cabeza. Un miedo despavorido le aleteó en la garganta, un terror pánico a ese sentimiento que anidaba maligno debajo de todo, debajo de la mirada de él en la playa y todavía más atrás, debajo de los años, de los bordados muertos, de los encuentros con la gitana, de los corredores vacíos latía ese sentimiento oscuro, inconfesable. Sentada sola, en un banco de la plaza esa tarde del verano de 1945, Sonia sintió que la orfandad emanaba de ella y la cubría como un manto. La orfandad era el hueco alrededor del cual había hecho su vida, el borde de sombra por el que había caminado. Había aprendido a ser sola. Nadie en el principio, nadie a quien encontrar salvo las sábanas frías del Asilo, nada que poseer salvo a sí misma. Desasida de todo, se aferró a lo único que tenía: la escena ideal fuera del tiempo y de la muerte, su talismán de niebla. Quedó inmóvil, la rueda de la sangre susurraba en su oído, una y otra vez. Volvió a mirar las nubes que pasaban y se perdían una tras otra como los años de su vida y, sin embargo, tan hermosas. Una pena tensa que se estiraba dentro de ella hasta dolerle en el pecho se soltó de golpe y su cuerpo cobró impulso. Como si el tiempo de su propia ceremonia se hubiera consumado, como si ya estuviera cumplido, se levantó del banco con un revuelo de palomas y cruzó la calle. Dobló en la esquina y entró en la Unión Telefónica.

Buenas tardes, dijo Sonia. La telefonista la miró. No era la misma Sonia, la que había venido meses atrás. Ahora tenía coraje, antes no lo tenía. La voz de él la esperaba en cuanto se animara a levantar el auricular. Era un trámite sencillo, tan simple que no imaginaba por qué, teniendo el número, había demorado todo ese tiempo en volver y concluirlo. Miedo, se susurró Sonia a sí misma. Tapó rápidamente la grieta por la que se filtraban los contornos vagos de pensamientos que no quería oír. Pronto tendría su casa, se había abierto camino... ¿Tiene el número?, preguntó la telefonista. Sí, dijo Sonia y le extendió el papel. Media hora de demora. Espero, dijo Sonia. Por suerte, no había nadie. Se escuchó el traquetear del reloj de pared. Sonia evitó el vidrio de la puerta. La telefonista se abanicaba; sacó un pañuelito del bolsillo y se secó el sudor del labio superior. Qué calor, ¿no? Sonia no contestó. Entró un muchacho. Buenas tardes. ¿Sabe qué demora hay a Luján? Puede ser una hora. Entró una mujer. ¿A Capital? Treinta minutos. Que se vayan, pensó Sonia, que se vayan, que se vayan. La mujer se quedó. Llevaba una boina color marrón que le tapaba una oreja, una pollera con vuelo y zapatos de varias presillas sobre el empeine. Los zapatos hipnotizaron a Sonia. La mujer había conseguido la comunicación antes de lo esperado y dentro de la cabina gritaba: Mamá ya está bien, salió del hospital... ¿Vas a venir?... En lo de José... ¡En lo de José! No se escucha nada, les dijo a Sonia y a la telefonista. Había dejado la puerta de la cabina abierta como si quisiera hacerlas participar. ¡Te digo que en lo de José! ¡No se escucha! ¡Ya salió del hospital! La

mujer colgó. No se escuchaba nada, aclaró. Abrió un monedero. ¿Cuánto es, querida? Mientras la operadora le cobraba la mujer empezó a hablar mirando el aire. Dicen que para el aniversario del Banco Provincia viene el gobernador y que van a dar un baile en la Sociedad Italiana. Hablaba con la telefonista y, a la vez, en general. ¿Usted no es la señorita que borda tan bien? Sonia se sobresaltó. No se había dado cuenta de que la mujer tenía intención de dirigirse a ella. ¿No vive en la pensión Noguer? Sí, sí. ¿Sigue bordando, querida? Bueno... si es que se hace un baile, digo, me gustaría encargarle algo para mi hija. ¿Qué me dice? La miraba torciendo la cara, con unos ojitos vivaces y astutos, llenos de rimel. Con este calor lleva una boina, pensó Sonia. Usted es la señorita... la que vivía en el Asilo, bueno hace ya muchos años, ¿no? Dicen que si viene el gobernador van a dar un *lunch* en la Tokio. Hay chicas de acá que se anotaron para formar la orquesta. No sé si estará bien visto. En Buenos Aires hacen furor, pero acá no sé. Bueno, ¿le llevo la tela? El timbre estridente de la consola rebotó en las paredes. La mujer salió asegurando: le llevo la tela, un día de estos le llevo la tela. En la cabina, Sonia cerró la puerta y levantó el auricular. La operadora la miró a través del vidrio. No se escuchaba tanto ruido como la vez anterior. La voz de la telefonista ordenó: ¡Hablen! ¿Holá?, dijo la misma voz, la voz de él, lejana pero nítida, no desfigurada por la descarga. Hola, dijo Sonia lo más alto que pudo, ¿hablo con la Fotografía Social? Sí, señorita, ¿quién habla? Debía pensar que se trataba de una clienta, alguien que pedía un fotógrafo para un casamiento o un bautismo: ¿Quién habla?, repitió la voz. Soy Sonia, su voz sonó fuerte y clara. Del otro lado se produjo un silencio corto, perfecto, sin ruidos. ¿Quién? Sonia. ¿Qué Sonia?, dijo la voz de él. Sonia Reus, se acuerda... Titubeó, pero la idea de tutearlo le resultó absurda, incómoda. Sonia; yo estaba en la casa de su tía, de Marta y Oscar, en Mar del Plata. Le dio la espalda completa al vidrio de la cabina. ¿Holá?, dijo la voz de él. Sonia, repitió Sonia, ¿se acuerda del baile?, susurró, la noche que fuimos... Yo tenía un vestido azul claro... La escena se desvaneció en el espacio negro entre las voces. Se le cerró la garganta: Hace mucho..., alcanzó a decir. ¿Mar del Plata? ¡Ahhh!, dijo al fin la voz, usted debe querer hablar con Alberto, pero Alberto se fue, se mudó con la familia. Me vendió el negocio, hace dos años. ¿Cómo? No, yo no soy Alberto... Sí, señorita, le repito, se mudó, ahora vive en Nueve de Julio, tiene fotografía allá. Sí, también se llama Social. Fotografía Social. Ahora, si me disculpa... ¿Holá? Bueno, adiós. Un zumbido monocorde fluyó por largos segundos en su oído. De espaldas a la telefonista, Sonia bajó la horquilla y colgó el auricular casi sin mover las manos. Cuando pudo darse vuelta, preguntó: ¿Cuánto es?

Bautista golpeó las manos y esperó. La señora Noguer se asomó desde la cocina; de inmediato su expresión cambió. Se arregló el pelo en un ademán nervioso y fue hasta la puerta de calle.

—Tanto tiempo, Pissano, usted sí que nos tiene olvidadas, cómo le va.

—Bien, muy bien. Cómo está Rosa.

—Como siempre, bien. Hacía tiempo que no lo veía, justamente quería hablarle.

Mire, si no se presentaba iba a llegarme hasta la fonda de la estación.

—Estoy buscando a Sonia.

—¿A Sonia? —la sonrisa se congeló en la cara de la dueña de la pensión—, para qué la necesita a Sonia, si se puede saber.

—Por un trabajo —dijo Bautista y se quedó completamente serio.

—Qué trabajo le puede dar Sonia... —dijo desconcertada y como si pensara en voz alta la señora Noguer.

Detrás de ella, Bautista veía acercarse a Rosa y le sonrió; su madre no se había dado cuenta y, creyendo que todo era una broma, también sonrió.

—¿Ella está? —la interrumpió Bautista.

La señora Noguer lo miró, disimulando como pudo la molestia que le causaba el insistente rumbo de la conversación.

—No, ahora no está y no sé a qué hora va a volver porque no le gusta dar explicaciones. Así como la ve...

—Hola, Rosa —dijo Bautista.

La señora Noguer torció abruptamente la cara, sorprendida de encontrar a su hija junto a ella.

—Cómo le va, Bautista... —dijo Rosa.

—Entonces cuando vuelva dígame que estuve, que quiero hablar con ella.

La dueña de la pensión trataba de reaccionar, intuyendo algo que se le escapaba; se tocó el collar con un gesto de disgusto, como dando a entender que no era seguro que diera el mensaje.

—Sonia fue a Nueve de Julio. Vuelve en El Nocturno de las diez —le dijo Rosa a Bautista.

—¿A Nueve de Julio? —preguntó atónita la señora Noguer; el desconcierto crecía y daba paso a la alarma; la pérdida de autoridad se llevaba parte de su seducción personal. Se le iban las riendas de su casa—. ¿Cómo sabés algo vos que yo no sepa...?

El tono quiso recuperar algo de subordinación por parte de su hija. Bautista le sonrió a la chica.

—Gracias.

Antes de que la escena se prolongara, saludó a las dos y dio la vuelta. Caminó varias cuerdas tratando de entender la novedad, de encontrarle una explicación a ese insólito suceso: el viaje de Sonia. Ella no tenía a nadie. ¿Nueve de Julio?, ¿a qué? No encontró ninguna respuesta, ni la más descabellada. Algo decisivo estaba pasando y ella, tal vez sin saberlo, lo necesitaba ahora más que nunca. Sonia había vuelto a desaparecer en ese invierno interminable, después de su encuentro la tarde de lluvia, y lo había evitado la única vez que se cruzaron y él intentó hablarle, envuelta en su propio halo de soledad, que a Bautista le pareció más impenetrable que nunca. Sin que pudiera razonarlo, sin una causa evidente que lo justificara, un sentimiento definitivo lo impulsaba en esos días a buscarla, a decirle lo que hacía tanto quería

decirle. El viaje se le reveló como una última dilación.

Había caminado a la deriva por las calles de San Alfonso y ahora se encontraba frente a la casa. La había visto muchas veces. Había estudiado la galería. El galpón le pareció perfecto. Se quedó largo rato contemplándola. Ésa sería su casa, decidió Bautista. Su casa y la de Sonia.

Durante las últimas dos semanas, con una eficiencia mecánica, Sonia había averiguado horarios de ómnibus y trenes. Supo primero que Nueve de Julio no quedaba lejos. Al fin logró combinar un día en que coincidían los horarios de ida en ómnibus y de regreso en tren. Lo demás lo pensaría sobre la marcha. Ese jueves se sintió tranquila. Se arregló cuidadosamente, sacó y entró al gato, y enfrentó sin una palabra la mirada inquisitiva de la señora Noguer. La única que conocía su decisión, por cualquier cosa que pudiera pasar, era Rosa.

Eran las diez de la mañana cuando el ómnibus dejó atrás el centro de San Alfonso. Casi en la salida, en un viejo almacén y despacho de bebidas, se detuvo a levantar pasajeros. Nuevamente en marcha, Sonia vio pasar la cárcel de Ulrico, los mismos ladrillos rojizos de su infancia. Tras el portón de rejas, el patio de entrada se veía abandonado, papeles de diario giraban en un lento remolino. La cárcel la llenó de una oscura desazón, y sin poder evitarlo pensó en Bautista. Con brusquedad giró la cara hacia la ventanilla, la melena castaña dejó caer un mechón sobre los ojos claros. Nada más que en él, pensar nada más que en él, se propuso, con un martilleo férreo, empecinado. Traspusieron el límite del pueblo y el colectivo se internó en un camino vecinal, dejando atrás una estela de polvo. Bajo el cielo de verano, el campo verde y amarillo se desplegó tras los vidrios, rodeándolos. Empezó a pesar el calor. Aturdida por el esplendor del campo, al que hacía tanto no veía, Sonia dejó que se formulara un conjuro: Bajo este cielo las cosas no pueden salir mal. Quedó un rato absorta, sorda a lo que la rodeaba, sólo mirando por la ventanilla, hasta que, con una frenada que la sacudió, el colectivo se detuvo en el borde de un pequeño pueblo, nada más que unas pocas casas, del que Sonia no supo el nombre. Subía y bajaba gente que hablaba entre sí, como si se conociera de toda la vida; chicos de una escuela rural, festejando el último día de clase. Hubo otros pueblitos. Se estacionaron junto a una tranquera donde el acompañante del chofer entregó un paquete a un hombre a caballo. Un clima alegre animaba a los pasajeros, personas que hacían trayectos cortos periódicamente, y se conocían y conocían a las familias de cada uno. El chofer y el acompañante hacían bromas con el pasaje. Las mujeres con vestidos livianos, de colores, las festejaban y hablaban entre sí. Sonia permanecía aislada, involuntaria testigo de todo lo que se decía, de las risas en las que creía descubrir algo recóndito que la involucraba. Observaba el borde del camino de tierra, esperando ver el cartel indicador de su destino. Una tropilla de caballos corrió por el campo paralela al camino; corrían por el puro gusto de correr, pensó Sonia, y esto le transmitió una momentánea alegría.

Luego de casi cuatro horas de viaje, a lo lejos, se levantaron unos silos y el chofer

anunció: Nueve de Julio. Media hora después, el colectivo atravesaba el pueblo y se detenía en un bar, frente a la plaza principal. El chofer y el acompañante bajaron, seguidos por los pasajeros. Sonia esperó y bajó última. Desde la ventana del bar, los hombres de una mesa la miraron. Ya sabía Sonia que el horario de llegada era a las dos de la tarde y que los negocios estaban cerrados. Entró al bar, caminó derecha hasta el fondo y se sentó a la última mesa, contra la pared. Los hombres se dieron vuelta y la estudiaron. Uno de ellos, que se hacía lustrar los zapatos, deslizó un comentario y el lustrabotas giró la cara hacia ella desde abajo.

Aunque se notaba más grande, el pueblo era parecido a San Alfonso. Sin duda, esa calle de la parada del colectivo era la calle principal. Los hombres de la mesa de la ventana habían dejado de ocuparse de ella. Sentada frente a su café, bajo los ventiladores de techo que giraban lentos, Sonia intentaba aparentar indiferencia, pero su pensamiento saltaba hacia fuera, adhería a lo que miraba; no era capaz de detenerse en ninguna cosa o idea, simplemente estaba allí sentada, esperando bajo el leve fresco del ventilador, en ese bar largo y oscuro, sin poder reflexionar en lo que iba a suceder porque no podía. Cuando pasó una hora, pagó sus dos cafés, se levantó y salió. Siguiendo su instinto caminó hacia lo que imaginó era el centro. Pronto advirtió que el centro no era en esa dirección. Volvió atrás, vio el cartel del correo y entró.

—La Fotografía Social, ¿dónde queda?

Le indicaron dos cuadras derecho por la calle principal y media, doblando a la izquierda. Los tacos resonaron huecos en las veredas vacías de la hora de la siesta. El sol espejaba el asfalto, siempre un poco más lejos. La esquina en que debía doblar era una tienda con toldos verdes como capotas para proteger las vidrieras del sol. La entrada en la ochava estaba totalmente en sombras gracias al toldo. Sonia subió los escalones y se ocultó un momento a serenarse. Era profunda y flanqueada por dos escaparates chicos con maniqués; al fondo, junto a la puerta doble de vidrio, un perro amarillo se había refugiado del calor y dormía estirado. De improviso había caído sobre ella una inquietud, un desasosiego que la tomó desprevenida, como si el miedo hubiera estado agazapado, esperando que ella llegara justamente hasta ahí, a pocos metros de donde debía llegar, para saltarle encima. ¿Qué le diría primero? ¿Y si no estaba solo? No se atrevía todavía a asomarse. Por unos segundos descansó la frente en el vidrio escuchando el zureo de las palomas. El maniquí, de ojos ciegos de estatua, le ofrecía un vestido floreado, la mano tendida hacia ella, dolorosamente torcida, como quebrada. El perro movió la cola y se desperezó sin levantarse. Todo igual, pensó Sonia. El sol inclemente del verano sobre las calles, aplastando las sombras, y la gente en sus casas. El terraplén, el cruce de las vías y la puerta del Hogar se mostraron y desaparecieron. Se sintió desprotegida, extraña. Quiso imaginar que su vida había sido hecha allí, que se habían casado y que estaba esperándolo, como todos los días. No tuvo fuerzas para dar vida a la escena y el destello murió en el resplandor del sol sobre los mosaicos blancos y negros. Los mostradores

abandonados, con algunos rollos de tela y una regla larga, esperaban en el silencio y la penumbra que la tienda cobrara vida otra vez. Casi no recordaba la cara de él, pero un segundo sería suficiente para recobrarla. Había luchado contra el olvido. Las caras se olvidan con facilidad, se van borrando; los gestos y las palabras, no. Cerró los ojos, invocando al muchacho de hermosa sonrisa, que abría los brazos de cara a la oleada negra del mar, al ruido turbulento del agua, al viento nocturno y a la música lejana de la costa, una noche suspendida en el tiempo. Aquel hombre era perfecto, intocado, sus manos sosteniendo las suyas, su abrazo. Sonia abrió los ojos sobre los ojos vacíos del maniquí: por primera vez las palabras que lo nombraban no eran suficientes y su propia existencia se cargó de irrealidad. Salió del refugio de la tienda, dobló y, a mitad de cuadra, vio el cartel: Fotografía Social. Cruzó. Hasta las cuatro no abrían, le habían dicho en el correo. Enlace Bagliatti - Robledo. La novia se veía asustada; el novio, serio, de raya muy marcada en el costado del pelo negro. Cortando la torta, la mano de él sobre la de ella, ella con los ojos bajos. Una pareja de ancianos levantando las copas, la mujer muy fea, el hombre hermoso, con el pelo enteramente blanco. Se enderezó y quedó absorta, *shas, shas, shas*, el golpe latía y latía en el cuello, los dientes chocaban siguiendo el disparo del torrente que iba y venía en un circuito cada vez más rápido; con las dos manos se apretó el pecho. Que todo se callara, que quedara todo en silencio. ¿Se animaría a mirarlo? Él lo sabría de inmediato, sabría que era ella, que venía a buscarlo, a su encuentro. Levantó la cara con cierto desafío. En el vidrio, vio una mujer parada en la vereda de una calle vacía, en un pueblo desierto. Los brazos agarrotados contra el cuerpo, sobre ella caía a pique un torrente de luz. La mujer pensó: Nunca tuve nada, salvo este recuerdo. Miró el cielo de un azul profundo. Una nube tan blanca que era casi imposible de mirar navegaba, lenta, solitaria. Cruzó rápido la calle, llegó a la esquina, volvió a refugiarse en la entrada de la tienda, como en una cueva segura, y allí esperó. A las cuatro y diez, una mujer dobló en la esquina y se acercó al negocio. Una mujer baja, más bien rellena, con un vestido marrón claro de hilo y una cartera negra. Cuando llegó a la puerta de la Fotografía, la mujer sacó un manojito de llaves de la cartera, abrió la cerradura y entró. Sonia salió de su refugio y caminó unos metros. Desde la vereda opuesta, la vio dejar la cartera sobre el mostrador y desaparecer en el fondo. En un momento, reapareció con unos papeles que se puso a hojear. De vez en cuando, la mujer levantaba la cabeza y miraba para afuera. Empezó a pasar gente por la misma vereda en la que Sonia había quedado estática, como dejada allí por una voluntad distinta de la suya. Él no había muerto, Sonia sabía que vivía allí, que allí respiraba y que allí había recordado cada uno de los gestos y palabras que durante todo ese tiempo los habían mantenido unidos. Cuando miró el reloj, eran las cinco y media de la tarde. A las siete pasaba el tren. El perro a su lado gimió y la miró tímidamente. Sonia se vio en los ojos del perro. La desesperanza la hizo tiritar. ¿Había vivido para esto? ¿Para llegar a este punto y deshacer su sueño? No debo verlo, pensó como un relámpago. Es un pecado, no debo verlo. Vive conmigo hace muchos años, ahora no

debo verlo. ¡No debí venir, no debí venir!, gritaba por dentro. Sus piernas habían empezado a moverse y la llevaban a través de la calle, el perro se levantó y la siguió, terminaba de cruzar y pasaba ahora por delante de la vidriera de la Fotografía a la que no miró. ¡No debí venir, no debí venir!, ¡es un pecado, no puedo hacer esto! Sonia se apuraba, la cartera contra el pecho y la cabeza baja, como protegiéndose de lo desconocido. Debía llegar cuanto antes a la estación, tomar el tren y volver, volver a San Alfonso. Lo recordaría tal cual él era, aquel muchacho hermoso, ¿como qué era? como un sol, sí, como un sol, que la había amado y había tomado sus manos y había dicho palabras inolvidables, sí, aunque la soledad después las fue consumiendo pero qué importaba y la había abrazado bajo las estrellas y habían vivido juntos aquella noche que había quedado en el tiempo bordada con hilos de oro y así debía permanecer, como en un altar. Sonia se detuvo en esas palabras y sintió un gran consuelo, como en un altar, se repitió, viendo la perfección de aquella imagen. Sólo debía alcanzar la esquina y después caminar lo más rápidamente posible y subirse al tren. Un hombre dobló en su dirección, pocos metros antes de que ella alcanzara la esquina. Un hombre alto, de pelo oscuro con algunas canas y grandes entradas en la frente, de hombros agobiados, uno más arriba que el otro, alcanzó a ver Sonia con la cabeza gacha, y su empeño en no querer ver se estrelló ciegamente contra esa imperfección, como si ese hombro se hubiera deformado de llevar constantemente el portafolio sujeto bajo el brazo, como lo llevaba, contra un abdomen pronunciado, aunque era delgado, un hombre marchito, con una camisa también marchita, que caminaba abstraído, mirando el suelo. Aquel muchacho, se dijo Sonia cuando se cruzaron —el perro trotaba junto a ella del lado del cordón—, que la había abrazado al bailar cuando ella alzó la cara hacia las estrellas con su vestido azul claro agitado por el viento en la cercanía del mar y las mutuas promesas, en aquella escena que ahora le pareció indescifrable. Dobló sin mirar atrás. El hombre se detuvo, se dio vuelta y la miró, miró la espalda de Sonia hasta que ella desapareció en la esquina; quedó unos segundos pendiente del vacío, después giró, avanzó unos pasos y entró en la Fotografía Social.

Ahora Sonia caminaba registrando todo lo que se presentaba a su paso con una nitidez fulgurante. En un momento preguntó: ¿La estación de trenes? Y siguió. Gente en las veredas. Algunas mujeres conversaban en las puertas de las casas; unos chicos jugaban con un cachorro, y ella iba bajo la frondosidad de las copas, pero no como en San Alfonso, en San Alfonso los árboles eran más grandes, más añejos. Este pueblo no era como el suyo; San Alfonso tenía otra cosa; a su lado éste parecía nuevo, trivial, sin historia, sin el peso de los edificios rojos de Ulrico. El verano, de todos modos, era igual en todas partes. Iguales los gorriones que se perseguían entre el follaje, igual la indolencia de la gente en las veredas. Un gato sobre un tapial la miró pasar, volviendo la cara hacia ella, las orejas atentas. Una mujer con la bolsa de las compras vacía. Dos chicos en una bicicleta, uno llevando al otro sentado en el manubrio. Un pecado, repitió Sonia, un pecado. Su recuerdo resplandecía. Sabía que

estaría siempre allí. Tenía toda la vida para volver a aquella noche. Miró sus pies, sus sandalias blancas, su vestido liviano, azul claro, especialmente hecho para aquel viaje. Jamás volvería a usarlos. La plaza de la estación de trenes también le recordó la de su pueblo, pero Sonia advirtió mayor dedicación en el cuidado de los canteros; una pequeña fuente de mampostería con cuatro ranas de yeso pintadas de verde de las que brotaban cuatro chorros de agua le daban cierta gracia. El mismo andén ancho con el amplio alero, los ladrillos a la vista y la sala de espera con el mismo espejo. Faltaba una hora para que llegara el tren. Se sentó en el banco largo mirando las vías. Estaba sola. El perro amarillo fue a tomar agua de un balde junto a una canilla, volvió y se echó bajo el banco. Cuando se abrió la ventanilla, fue la primera en comprar un boleto. Poco a poco fue llegando gente. La rodearon voces y fragmentos de conversaciones a los que no prestó atención, hasta que el ruido del tren, su entrada estrepitosa en la estación, lo invadió todo. Sonia se puso de pie y subió. Caminaba entre los asientos cuando sonó la campana y luego el silbato del guarda y el tren se puso en marcha. Lo último que se llevó de Nueve de Julio fue la mirada del perro amarillo.

En la penumbra del vagón, junto a la ventanilla, su figura se recortó sola. Con un gesto mínimo abrió la cartera, sacó el pañuelo y se sonó la nariz, las rodillas y los pies juntos. Respiró hondo; por primera vez desde que se había bajado del ómnibus esa tarde se sintió entera, como si hubiera vuelto en sí. La ganaron la magia del tren y el campo atardecido. Estaba volviendo, volviendo a su pueblo, a San Alfonso. Lo había hecho; había logrado hacer aquello que había imaginado tantas veces, y ahora el recuerdo de la playa se convertía rápidamente en otra cosa. El recuerdo viejo y lo que acababa de vivir se mezclaban y deshacían, se descomponían a una velocidad pareja a la del tren, y el vacío la dejaba sin aliento, como si le quitaran todo el aire del cuerpo de un solo golpe, como si le arrancaran algo que llevaba adherido dentro. No habría recuerdo para siempre, ni altar; lo del altar era ridículo. Podía darse cuenta con toda claridad lo ridículo de esa imagen, y algo peor: esa claridad ponía de relieve hacia atrás el aislamiento en el que había vivido. Desechó la escena entera como un lastre. Un lastre que dejaba finalmente caer, como si lo tirara por la ventanilla. Un peso que le había impedido caminar, respirar, vivir, se dijo Sonia. Había alimentado a un fantasma, días, meses, años. Era triste, pero era la vida, su vida. Por la puerta del vagón abierta, una ráfaga fuerte de viento, llena del olor benigno del campo, le dio en la cara, le revolvió el pelo. Anocheceía y los montes se volvían manchas oscuras en el horizonte. El campo corría envuelto en la última claridad. La luz parecía suspendida en la veloz línea púrpura que, junto al tren, trazaban las flores de cardo; pequeños cálices encendidos, atentos a la mirada de los viajeros, flores rústicas, casi salvajes, en las que Sonia creyó ver una señal. La Sonia que había sido se deshacía sin casi notarlo; aparecían sensaciones desconocidas en toda su fragilidad de recién nacidas, en todo el brillo de su alumbramiento, como las flores de cardo, y Sonia las comprendió de inmediato en una aceptación natural de lo oculto, de lo desconocido

que al fin se muestra. Comprendió cuánto había amado sin saberlo a su pueblo, a San Alfonso, cuánto también sin saberlo había querido al Asilo, su lugar en el mundo, y a sus compañeras y a la hermana Clara. ¿Por qué no había ido a verla? Un ahogo irreprimible le subió a la garganta. Apretó el pañuelo sobre la boca. Lloró sobre el pañuelo, el cuerpo atravesado por espasmos, flojo en el balanceo del tren. Era amor lo que había sentido sin saberlo, sin reconocerlo, y ahora la corteza que lo había sofocado se rompía, caía como un molde viejo y la dejaba trémula, con la necesidad de llegar cuanto antes a las caras conocidas, a su cuarto de la pensión, al gato; a la casa que había elegido y sería su casa. Pensó en la galería, en el enrejado de madera. No era tarde. No era tarde todavía.

Las diez de la noche cuando llegó a San Alfonso. Contra el siseo de la locomotora, los gritos contenidos de los que bajaban los sacos de correspondencia. Un solo pasajero además de ella dejó el tren. La recibieron la familiaridad de la estación y la luz mortecina de la sala de espera. Todo le pareció viejo y lejano. Salió de la estación. La pequeña plaza triangular no era linda ni estaba tan cuidada como la otra, ni tenía ranas de mampostería pero era la que ella conocía, la que había visto desde siempre, cuando formadas en fila las hermanas las sacaban los domingos a caminar por el pueblo. Y la recibía con la calidez de lo familiar. Se sentía exhausta y liviana. Advirtió que un hombre se le acercaba por el costado. Esperó.

—Sonia.

La voz de Bautista y ahora su cuerpo junto a ella, tan real que le produjo un sobresalto.

—Perdone, no quise asustarla —dijo Bautista.

—No, no me asustó —dijo Sonia.

—¿Fue bueno el viaje?

—Sí, fue bueno.

—Quería decirle que mañana voy a la casa.

La casa, el enrejado: sus cosas. Su vida real.

—Lo espero.

Se quedaron inmóviles, en silencio.

—Lo espero mañana en la casa, al mediodía —repitió Sonia en el momento en que el mundo terminó de ordenarse, el pasado fue el pasado y el presente, el presente. Las palabras se le volvieron naturales, como salir al fresco de la mañana después de una noche de sueño angustioso. Se escuchó el prolongado aullido de la locomotora, su anuncio de partida. Los dos miraron hacia la estación, hacia el estrépito del tren que se ponía en marcha. Él volvió antes la cabeza y siguió mirándola. Sonia se dejó estar en esos ojos tranquilos, que a la vez la indagaban.

—¿Le pasa algo? —la voz de Bautista sonó familiar.

—Estaba pensando... —empezó Sonia sin saber qué era lo que iba a decir a continuación—. No, nada.

El tren se perdía en la noche. Las pocas personas que a esa hora estaban en la

estación ya habían pasado a su lado. La plaza descansaba inmóvil bajo la noche de verano. Había un gran silencio, una gran paz y no era tarde, pensó Sonia. Levantó la cara y lo miró de lleno a los ojos. Bautista se acercó y la abrazó. Un abrazo cálido, interminable. Sonia se dejó abrazar, apoyó la cabeza en el pecho de Bautista y con los brazos le rodeó la cintura. Un sollozo seco le sacudió la espalda. Él la sostuvo, la estrechó más contra su cuerpo hasta que la respiración de ella se tranquilizó. Permanecieron abrazados en la soledad de la plaza. Bautista le secó la cara, como se hace con los chicos.

—La acompaño, es tarde.

—No, no es tarde —dijo Sonia—, no es tarde. Sí, acompáñeme.

—Me gustaría un enrejado... —la voz de Sonia se quebró, pero se rehízo y siguió adelante—, me gustaría un enrejado para el costado de la galería..., para cuando entre el sol, en el verano, y la luz haga esos dibujos tan lindos.

Bautista le enmarcó la cara entre las manos, los pulgares despejaron otra vez las lágrimas. La abrazó más fuerte. Sin soltarla, sobre el pelo, en el oído, le dijo:

—Va a quedar muy bien, Sonia, va a quedar muy bien la galería.

Caminaron unidos, dejando atrás la plaza de la estación. Muy lejos de la calle, escucharon el silbato del tren cruzando el campo.

Y en el yermo o desierto de altos pastizales y aguadas que fue una vez aquel paraje, una noche de viento sur, antes del Asilo y la cárcel, antes del ferrocarril y las casas primeras, antes del maíz y los molinos de viento, antes de cualquier cosa que fuera más tarde establecida, en el cruce de tres estacas clavadas en la tierra los soldados colgaron un candil cuyo débil y parpadeante resplandor iluminó el silencio y la soledad. Los caballos se desensillaron y ataron en un espinillo. Los terrones resacos crujieron y en el pajonal cercano unos chajás volaron cuando un soldado, cualquier soldado, se acercó a buscar leña. Alrededor del fuego, los hombres comieron y tomaron mate, bajo unas estrellas que daba miedo mirar. Hablaron poco. Las palabras desaparecían ni bien dichas, tragadas por la inmensidad de la noche que los circundaba. Con los días, se alzó en aquel lugar un fortín precario y torcido, construido con empalizada de palo a pique traído en carretas, y con un destartalado mangrullo que duró poco. Esta escena, originaria e incierta, esbozada en las cartas entre el gobernador y el jefe de la línea de fortines, a fines del primer tercio del siglo XIX, se contaba como la protohistoria del pueblo. Al menos así había quedado señalado el lugar donde, años después, se levantó San Alfonso del ras de la tierra y produjo casas y maíz y calles empedradas y arboladas e historias anónimas o señaladas y sucesos colectivos hasta alcanzar cierta certeza de perduración. O de futuro.

—Sí —dijo Sonia en el sillón de mimbre, la primera tarde después de esa mañana de abril en que se habían casado, y con Rafael y Rosa vinieron a inaugurar la casa y ella sirvió lo que había preparado para los cuatro. Después quedaron solos y toda la tarde y el anochecer habían trascendido en el tranquilo laberinto de su charla, viendo

al sol estirar los rombos en el piso amarillo hasta desaparecer—. Usted siempre tuvo razón.

—¿Razón en qué? —dice Bautista.

Es de madrugada. La música de la radio vecina se apagó hace rato. Sólo sigue constante el canto de los grillos. No han encendido la luz y sus siluetas, los sillones y las plantas del jardín se distinguen quietos en el reborde que les da la claridad de la luna. Sonia toma entre sus manos la mano de Bautista.

—En que hay distintas formas de amor, muchas. Yo lo supe la noche que volví en el tren, sentada en el vagón. Lo había sentido antes, pero no sabía entenderlo.

Aprieta la mano de Bautista contra su cara.

Al rato, él dice:

—¿Por qué no quiso una foto?, es un recuerdo.

—No me gustan las fotos —dice Sonia, pero en el tono él supo que la convencería.

—Es un recuerdo —repitió.

Sonia lo miró; los ojos alcanzaron un destello en la oscuridad.

—Está bien, mañana, una foto, si eso lo hace feliz.

Epílogo

Cincuenta años más tarde, para 1995, las dos construcciones que fundaron la notoriedad de San Alfonso y de Ulrico han naufragado en un confuso mar de edificios altos, casas nuevas de dos pisos, negocios y carteles de propaganda. Lo que antaño parecía imponente, quedó, disminuido y silencioso, refugiado en su propia historia. Al Hogar lo rodea ahora un barrio de casas iguales con jardines. La cárcel, desafectada hace décadas, ha sido campo de prueba de intendentes visionarios. Un último intento de transformarla en centro cultural fracasó y desde entonces el edificio de Ulrico languidece en paz. Pese a todo, sigue reinando todavía enigmático con sus torres de un rojo tiznado en el barrio sur, el borde del pueblo que ha permanecido más fiel al pasado.

Cincuenta años después, la galería de la casa, sin embargo, es la misma; son los mismos sillones de mimbre y el mismo enrejado de madera que perduran en el tiempo, tenazmente conservados por su habitante solitario. Un hombre anciano, erguido, de pelo completamente blanco y cara tostada por el sol camina entre las plantas revisando las ramas, quitando alguna hoja seca. Ha quedado solo, pero es una soledad aparente. De una manera misteriosa Bautista ha seguido siempre acompañado si no por todos los hombres, por una mayoría, que siente cercana. Ha perdido a Sonia, pero él persiste en la costumbre de sentarse a la tarde en el sillón de la galería a recordarla. Muchas veces ha dado en hablar solo, con ella o con Rafael. La carpintería ya no trabaja pero él trabaja, hace cosas que le gustan porque sí. El tiempo se ha desdibujado en una corriente mansa que lo lleva con gentileza. No sabe cuánto más. Siempre piensa que su salud se la debe a sus abuelos, a aquellos campesinos italianos acostumbrados al trabajo sin tregua, al sol de la Liguria. Bautista muchas veces recuerda a su hija y a su nieto, los extraña; pero las cosas se darán como deban darse, piensa. La casa ha ido quedando más cerca del centro en la medida en que el pueblo se ha extendido, abierto en avenidas y bulevares que lo prolongan hacia el campo, hacia las rutas. Una de esas avenidas es la entrada oficial de San Alfonso, y por ella se balancea este mediodía de fines de septiembre un ómnibus de larga distancia de dos pisos.

En el piso superior del ómnibus, en el primer asiento, un muchacho de revuelto pelo castaño termina de despertarse y se pone a mirar las calles anchas de casas bajas y árboles en las veredas, que el chofer va dejando atrás rumbo al centro del pueblo. Se despereza y saca la mochila del portaequipaje. Baja en la terminal y se queda unos minutos mirando alrededor. Sin saber bien qué hacer primero, se sienta en un banco a pensar el próximo movimiento. Busca la fotografía en la mochila. Estudia a la pareja en blanco y negro y la inscripción en el reverso. No puede saber todavía que unas horas más tarde o quizá unos días más tarde, entrará en posesión de una parte fundamental de su historia, y que su historia está ligada a esa fotografía. En el reverso, sólo dos palabras y una fecha; ninguna dirección. Tal vez la carpintería no

exista más. Son las dos de la tarde de un día brillante, sin nubes. El muchacho ha viajado desde Buenos Aires seis horas. Tiene diecisiete años y se llama Cristóbal.

Después de la de Sonia, la ausencia más sentida por Bautista es la de Rafael. Su hija y su nieto no cuentan en esto, ellos están vivos. Se trata de otro tipo de ausencia, la ausencia de quienes lo acompañaron a lo largo de la vida y ya han muerto; los que con él compartieron un pasado que sigue claro en su memoria, aún a sus noventa y dos años. Pensar en ellos es un sentimiento constante, que sube a la superficie cuando se prepara el mate en la cocina, fiel como un hábito. La realidad se ha enrarecido, se ha vuelto cruel de una manera inimaginable; él, a pesar de todo, conserva el empecinamiento de seguir pensando como ha pensado siempre: que el hombre puede identificar y elegir el bien, para él y para los otros. Llena el mate de yerba y pone la pava al fuego. Va a buscar la pipa y el tabaco a la pieza. Se mueve lentamente por su casa, de memoria, como un viejo barco en la niebla.

Las dos y media de la tarde. Gente en bicicleta; negocios cerrados hasta el fin de la siesta; veredas arboladas de acacias. El muchacho que bajó en la terminal pasa por el frente de un cine minúsculo y se acerca a mirar la cartelera: en un pequeño nicho con vidrio se exhibe el programa: un solo horario todos los días, a la noche, y dos los sábados y domingos. *Jurassic Park*. Se acerca a un hombre mayor que, unos metros más allá, lee el diario en un banco como los de plaza junto a la puerta de un zaguán. Le pregunta cuáles son las carpinterías más viejas del pueblo. El hombre baja un poco los brazos y lo mira por encima de los anteojos y del diario. Después dice:

—Una es la de Torrens. Ésa ya estaba cuando vivía mi padre. Pero la mejor, la que sigue estando aunque no trabaja más, es la de Pissano.

—Sí, ésa.

—Don Bautista ya está muy viejo. Son como diez cuadras.

—No importa.

—Seguís por acá cinco cuadras, cruzás la avenida, hacés una cuadra, doblás a la derecha y hacés dos o tres más. No me acuerdo, pero por ahí está. ¿Vos lo conocés a don Pissano?

—Es mi abuelo —dice Cristóbal.

Empieza a caminar en esa dirección. Querría ir y no ir; ¿y si a su abuelo le hubiera pasado alguna cosa?, ¿y si su abuelo se hubiera vuelto chocho o hubiera perdido la memoria o lo hubieran internado con un ataque de algo? Cruza un bulevar y cuando dobla entra en una parte más antigua del pueblo, eso se le hace evidente. Las copas de los grandes plátanos con sus hojas recién brotadas se tocan arriba y forman un túnel verde claro. Casas y veredas antiguas, calles empedradas. De golpe, más que ver la casa, Cristóbal la adivina. Por el galpón y por el frente con jardín. Una inquietud en aumento le impide cruzar. ¿Y si su abuelo no quiere hablarle? Hace once años que no lo ve, desde que tenía seis. Pero por qué no iba a querer hablarle, él no tenía nada que ver con lo que hubiera pasado. ¿Había pasado algo, en realidad? ¿Por qué su madre nunca le había contado bien de sus abuelos? Vuelve a sacar la

fotografía y mira la casa en detalle. Es la misma, aunque no sabe si parece más chica o más angosta o menos algo que no sabe qué es, pero ésa es la casa. A la derecha se levanta el galpón donde dice «Carpintería». El muchacho ve que el portón de chapa corredizo está entreabierto. Por la abertura, de golpe sale un perro, olfatea por ahí y levanta la pata junto al árbol de la vereda. A Cristóbal le gusta el perro. Lo asocia con una bienvenida; que el perro haya salido justo cuando él llega, eso es algo, se puede interpretar como una señal.

Cruza.

Por la abertura del portón, mira hacia la oscuridad de adentro y es el olor a madera lo que lo arrastra, es ese olor mezclado con cola y otros olores que no sabe discernir pero que permanecen en su memoria con más persistencia que cualquier imagen, el olor al aceite de lino, a la viruta esparcida por el piso, al aserrín, lo que lo lleva irresistiblemente a la figura del hombre a contraluz, su abuelo, que se inclina y le da un camión de madera pintado de rojo. No hay timbre. Cristóbal se encuentra golpeando las manos, observado de cerca por el perro. La carpintería es grande, pero no tanto como le parece recordar. Allí vivió él en su infancia durante algunas semanas o meses de algún verano, o de varios, se confunde en esto. En el otro extremo, la puerta del fondo está abierta de par en par a la luz, y allí se recorta una silueta.

—Pase... —dice una voz de viejo todavía sonora.

Cristóbal da un paso hacia el interior y es como si su niñez lo abrazara; ahí había estado él, empinándose sobre esa mesa larga que ve ahora, con las herramientas colgadas en un tablero contra la pared.

Bautista ve al chico asomándose y un sobresalto le indica algo, difuso al principio. Da unos pasos cautelosos, sabiendo que no es nada que tenga que ver con ninguna cosa habitual.

—Soy Cristóbal... —dice una voz que apenas se escucha.

—¿Qué?, ¿quién es...? —vuelve a preguntar el viejo, mientras hace correr un poco más el portón.

—Soy yo, Cristóbal.

—¿Cristóbal?

Sale a la vereda. El pelo completamente blanco igual que los bigotes, la cara franca, redonda, curtida por el sol, los hombros cansados pero todavía poderosos de la fotografía. Bautista mira al muchacho y después lo hace girar para que la luz le dé de frente. Otra oleada de recuerdos dispersos tras el olor a tabaco de pipa envuelve a Cristóbal.

—¿Cristóbal? —Bautista levanta la mano y la sostiene al costado de su cara, la desliza y le aprieta la nuca—. ¡Cristóbal! —le pasa la mano por el pelo y lo toma por los brazos con sus fuertes manos de viejo. Lo separa y lo mira con ojos incrédulos. Al fin puede decir:

—Vamos, vamos adentro —y lo arrastra con leve firmeza hacia el fondo de la carpintería, al patio de atrás que se comunica con la casa mientras Cristóbal recupera

tumultuosamente imágenes de objetos que han guardado un lugar en su memoria sin que él lo sepa: una maceta de cuatro patas con un helecho, el patio de atrás y el gallinero, la galería, sillones anchos, panzudos, de mimbre, a los que él se había trepado y la mano de Bautista en su brazo, que no lo suelta, como si tuviera temor de que desapareciera en el aire; se le han enrojecido los ojos y sacude la cabeza. Cristóbal quiere decir algo pero no sabe qué.

—Tenía la foto y quise venir a verte —se oye decir.

—Pero qué bien, qué bien...

—Del otro lado de la foto dice San Alfonso... —Cristóbal saca la fotografía del bolsillo—. ¿Vos lo escribiste?

—¿Qué cosa, qué foto? —dice Bautista, que hace aparecer un pañuelo a cuadros, gigantesco, del bolsillo de atrás del pantalón y se lo pasa por la cara y el cuello. Toma la fotografía. Se calza los anteojos que le cuelgan del cuello sólidamente anudados con un piolín de ferretería y la mira.

—Ves, ahí —dice Cristóbal, señalando el reverso—: *San Alfonso, 1946*.

Bautista sostiene un rato largo la foto frente a su cara; la da vuelta. Cuando parece encontrar su voz, dice:

—No, ésta es la letra de Sonia. De tu abuela. Es de cuando nos casamos; fue al día siguiente de cuando nos casamos... —se queda ensimismado observándola—. Creí que se había perdido.

Cristóbal mira a todas partes esa galería inundada de sol en la que ha jugado de chico. Empieza a sentirse bien. Deja la mochila sobre uno de los sillones. Su abuelo le devuelve la fotografía, pero él hace un gesto negativo: se la ha traído para él. Bautista repite:

—Ésa es la letra de ella, de Sonia. Vamos, pasá, pasá a la cocina.

Y en ese momento, como si hubiera logrado al fin serenarse, lo mira y le da un largo abrazo.

En la cocina se sientan a la mesa. Es una mesa sólida, igual que las sillas, de madera oscurecida por los años y el tacto, de bordes torneados, que llama a tocarla, a pasar la mano sobre la superficie suave y cepillada, y eso hace Cristóbal, casi sin darse cuenta pasa los dedos siguiendo el dibujo de las vetas mientras observa la cocina austera y pulcra, en orden, donde nada parece estar de más.

—Tu madre, ¿sabe que viniste?

—Sí, pero venir es cosa mía, nadie me dijo que viniera —Cristóbal palmea la cabeza del perro que se le ha acercado—. ¿Cómo se llama?

—Indio... —dice Bautista; lo único que ha hecho en los últimos minutos es mirar a su nieto. Cristóbal estira las piernas debajo de la mesa y se deja estar. Su abuelo se pone de pie.

—¿Te acordás de la casa?

Antes de que Cristóbal responda, Bautista lo empuja hacia una puerta que lleva a la primera de las piezas. Una cama grande de madera de respaldo torneado y en una

de las paredes una biblioteca simple, compacta, cargada de libros que a Cristóbal le parecen muy viejos. Siguen por un corto pasillo, a la derecha hay un baño; en el otro extremo se abre la puerta a la segunda pieza, donde los muebles son más livianos y de una madera clara. Hay una cama chica, repisas, lo que más le llama la atención a Cristóbal es un ropero de dos puertas torneadas. Pasa la mano por las molduras.

—Roble —dice Bautista—. La pieza de tu madre; podés traer tus cosas para acá, después.

Salen a la galería y Cristóbal dice que sí, que ahora se acuerda de la casa, pero que de lo que más se acuerda es de la galería y de la carpintería. En la cocina, Bautista ocupa otra vez la silla de respaldo curvo. Cristóbal se sienta frente a él.

—¿Tomás mate o qué te gusta tomar? ¿Querés un café con leche?

¿Qué edad tendrá su abuelo? Haciendo unos cálculos apresurados según la edad de su madre y su abuelo, que era grande cuando la tuvo, Cristóbal calcula unos...

—Noventa y dos —dice sonriendo Bautista. Se pone de pie, va hasta la mesada que está debajo de la ventana.

—¿Cómo supiste? —se asombra Cristóbal—. Estaría bueno un café con leche, tengo un poco de hambre... Indio, Indio... —el perro de inmediato está al lado de la silla. El chico quiere decirle algo lindo a su abuelo, algo que al viejo lo ponga contento—: Me gustaría aprender carpintería —dice.

Bautista se queda mirando la ventana; de pronto, como si todo lo hecho antes hubiera sido ganar tiempo, de espaldas dice:

—O sea que vos sos mi nieto. Entonces hay algo que tengo que decirte.

El muchacho se envara en la silla.

—No tiene que ser ahora —dice—, vine para quedarme un tiempo.

—Pero nadie sabe cuánto tiempo me voy a quedar yo. Hay una o dos cosas que tenés que saber —Bautista enciende una de las hornallas y coloca la pava en el fuego—. Tu madre hace mucho que no me quiere, ni a mí ni a lo que pienso, y seguramente la culpa es mía.

Cristóbal se queda callado. Bautista espera.

—Está bien —dice Cristóbal.

Tal vez también había venido por esto.

—Siempre me culpó de la muerte de tu padre.

—Cómo que te culpó, por qué.

Cristóbal se sobresalta por un repentino ademán de su abuelo; el viejo espanta con el brazo a una gallina que, afuera, se ha subido al marco de la ventana.

—Cuando tu madre tenía poco más de tu edad, unos amigos trajeron a un muchacho de Buenos Aires a pasar el verano a San Alfonso; era Martín, tu padre. Al año siguiente volvió y se pusieron de novios. Me gustaba Martín; tenía sus ideas, buenas ideas. Tu padre era un buen hombre.

Cristóbal recuerda al joven de pelo largo de la fotografía, el que lo sostiene entre sus piernas mientras él trata de dar los primeros pasos.

—Tenía ideas claras y era generoso. No se dan mucho estas dos cosas juntas entre nosotros —hace una pausa sin explicar el sentido de estas últimas palabras; apaga la hornalla y vuelve a la silla; toma la pipa que, junto a la bolsita de tabaco y los fósforos, está sobre la mesa—. Nos quedábamos noches enteras hablando. Tu madre se fue a Buenos Aires, quería estudiar pero sobre todo quería vivir con él. Después que naciste vos te traían en los veranos. Eran perfectos, los tres. Tu abuela Sonia estaba loca con vos. ¿Te acordás de tu abuela? Tenías cuatro años cuando murió.

Cristóbal sacude la cabeza. Un gesto raro, algo que es como un sí y un no al mismo tiempo. Vagas sombras o intuiciones que no son recuerdos, nada que tenga una forma.

—Tu padre era uno de los pocos jóvenes con los que en esa época se podía hablar. Hablábamos mucho, compartíamos muchas cosas. Tu madre estaba celosa de eso. O, lo supe después, tenía miedo.

—¿Miedo de qué? —la pregunta de Cristóbal le sale sin esfuerzo.

—Imprimían un periódico clandestino que él dirigía. Ya habían tenido una advertencia en el 75, pero siguieron. La imprenta era chica; lo hacían de noche, sólo él con otro de los muchachos y un linotipista. En el 79 alguien les avisó que dejaran todo; la imprenta estaba identificada. Mandó a tu madre con vos para acá y se quedó destruyendo papeles. Vos tendrías algo más de un año. Ya desde antes, tu madre había empezado a tomarles odio a nuestras conversaciones. Y yo la comprendía. O no sé si la comprendía. —La cara de Bautista hace un gesto concentrado, duro, el mismo gesto de las discusiones con Rafael—. Entraron a la madrugada, inutilizaron las máquinas, se llevaron al linotipista que estaba con tu padre. De Martín no supimos nada. Dijeron que se había resistido. No se sabe si murió ahí o después. Nunca se supo. Tu madre no me lo perdonó. Era como si me culpara a mí... —Bautista hace una pausa larga—. Después vino mientras vivía Sonia. Cuando se volvió a casar no vino más. A lo mejor te costó entender lo de ese casamiento... A mí me costó. Puede que lo haya hecho pensando en vos, en alguien que los sostuviera sin recurrir a mí. No te trajo más.

—Y vos, ¿nunca quisiste vernos?

—La llamé, le escribí. Fui a buscarlos, a vos y a ella, dos veces, pero nunca quiso verme.

Bautista se recuesta en la silla. Saca el pañuelo y vuelve a pasárselo por la cara y el cuello. Los años han vuelto a pesar sobre él, todos y cada uno de sus años.

Cristóbal se queda en silencio, sin saber qué decir. Ve las imágenes, pero es como si le hubieran contado una película, como si no terminara de darse cuenta de que aquella historia es también la suya. Al fin, estira la mano sobre la mesa hasta casi tocar el brazo de Bautista:

—Abuelo... —Bautista levanta los ojos, sorprendido—. ¿Me puedo hacer el café con leche?

Tres o cuatro días después, Bautista Pissano ya sabe lo que Cristóbal piensa.

Cristóbal piensa que nunca ha estado más cómodo en su vida, en ninguna parte. Bautista no le pregunta nada ni le dice qué debe o no hacer, ni le pone horarios, ni hace comentarios sobre su pelo o sí, pero sólo para decirle que se parece al de su abuela. Cuando el viejo le indica el nombre de algún árbol, Cristóbal se le adelanta. Para asombro de Bautista, su hija le ha enseñado a su nieto los nombres de los árboles.

Esta tarde, se acaban de sentar en los sillones de la galería cuando en un hueco de silencio se escucha el sonido de las campanas. El muchacho levanta la cara.

—Las campanas de San Alfonso —explica Bautista—. A que en Buenos Aires nunca prestaste atención a las campanas.

Saca del bolsillo de la camisa la bolsita de cuero y empieza a cargar parsimoniosamente la pipa.

—¿Cuándo empezaste...? —pregunta Cristóbal.

Bautista, interrogante, levanta la pipa y lo mira. Cristóbal hace que sí con la cabeza.

—Cuando estuve preso.

Cristóbal se endereza en la silla.

—¿Vos estuviste preso? ¿Cuándo estuviste preso?

Bautista mira el aire de la tarde un rato largo. ¿Era posible que su hija hubiera negado todo hasta tal punto que no le hubiera contado a su hijo la historia de su abuelo? Se responde que sí, que es posible. Cristóbal podía ser un puente. O tal vez le gusta imaginar que será así. Desde la aparición del chico todo tiene otro color; hasta ha llegado a pensar que su vida alcanza ahora una especie de compensación final. Había resistido cambios y golpes y todavía seguía en pie. Esto le da ciertos derechos, pocos, nada más o menos que a otro hombre cualquiera.

—Entre los veintitrés y los treinta y tres.

—¡Diez años! ¿Por qué estuviste preso?

Bautista termina despacio de cargar la pipa. El aire de la galería queda en suspenso. Cristóbal tal vez no debería haber preguntado. ¿Y si su abuelo había matado a alguien? Bautista inesperadamente dice:

—¿Sabés quién era el príncipe Kropotkin?

El muchacho se queda mirándolo.

—Sí, me parece que en el colegio un profesor me lo nombró alguna vez, el profesor Mentasti. No me acuerdo por qué.

El viejo mueve la cabeza.

—No, no creo que te lo hayan nombrado en el colegio.

Cristóbal piensa que sí, que se lo han nombrado. De cualquier modo, dice:

—Entonces contame vos.

Bautista deja escapar una tranquila bocanada de humo.

—El príncipe Kropotkin...

La voz gastada por los años pero todavía firme de Bautista Pissano empieza a

oírse en la galería. Casi ha bajado el sol y el enrejado de madera proyecta rombos de sombra y luz que se adelgazan hacia la noche.